

IRIS



HOJAS CAÍDAS

IRIS

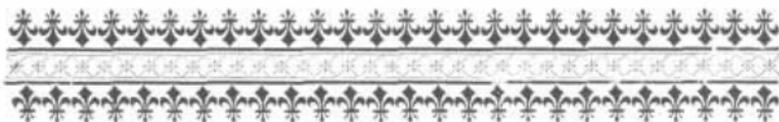
HOJAS CAÍDAS



IMPRESA UNIVERSITARIA

130—BANDERA—130

1910



HOJAS CAÍDAS

AMOR SAGRADO

JEAN D'AGRÈVE

A «SEMPER»

«Les grandes passions sont rares comme les chefs d'œuvres». «Il y a des chances pour que celles de l'amour restent inconnues». On ne les fait pas pour la gloire comme les autres. Elles fuient la lumière dont elles meurent!

Tiempo há que había perdido el dulce privilegio de las lágrimas juveniles que se lloran sobre las heroínas tristes de los libros predilectos, cuando la fuente sellada por los años ha sido

súbitamente rota en las páginas de un libro exquisito, *Jean d'Agrève*, por el vizconde Melchor de Vogüé, académico francés.

Es el libro que bosqueja el amor-tipo, el amor ideal, la pasión sobrehumana que arranca su origen del más obscuro misterio de la vida, logrando unir partes aun inconscientes en nuestra actual humanidad.

Amor al cual se llega por una evidente predestinación.

Amor que une no ya dos corazones, dos inteligencias, sino dos almas, subyugando todos los elementos constitutivos del sér humano, para producir la plenitud de una unión suprema!

Amor en que no puede existir el punto fatal en que dos criaturas se sienten extrañas la una á la otra, pues llegan á ser las dos mitades de un todo que se une en el sentimiento.

Me admira que un hombre moderno, y todavía un francés de la Academia, haya comprendido ese amor que parece traer su origen de profundidades ignotas de nuestra conciencia terrena, de ese amor que es como la revelación de la vida eterna en la vida fugaz...

Siempre he creído en la existencia de esos

sentimientos cuya misteriosa profundidad se impone á nuestro espíritu, cualesquiera que sean al respecto las ideas morales que profesemos.

Mr. de Vogüé acerca en su libro á dos creaturas que parecen continuar un prólogo anterior.

Los personajes no se descubren aquí, se reconocen solamente...

Se buscaban de lejos entre la turba humana, se hacían signos misteriosos... se esperaban confiados...

Y así la hora del encuentro es sin sorpresa, como la hora del amor es sin remordimiento.

Se pertenecían de antiguo y tenían adquirido el privilegio de seguir perteneciéndose por encima de todas las arbitrariedades humanas ó de todas las barreras sociales...

Hay amores, y el de Jean d'Agrève es de esos, que llevan en sí mismos la virtud de un sacramento divino.

Están marcados por el sello de la eternidad.

La vida trascendental los ha consagrado con su integridad inviolable...

Escapan por su propia naturaleza á las leyes pasajeras del tiempo que se imponen á los

mortales, cuyo desarrollo espiritual no ha alcanzado el grado de conciencia en que se contraen las uniones definitivas.

Cuando los seres son incapaces de unirse en la esencia de sí mismos, es preciso que las leyes intervengan para preservar el fundamento de la familia, de las debilidades de una naturaleza incompleta en su expansión.

Nada de eso obsta para que existan más allá del mundo oficial, criaturas cuyo perfeccionamiento moral pone al abrigo de las leyes establecidas, seres que llevan en sí mismos la fuerza de realizar el mismo ideal que ha querido resguardar la ley contra las sorpresas de naturalezas más débiles...

Nuestras extrañas y recíprocas complicaciones hacen que no encontremos en el amor sino ciertas afinidades.

Se unen algunas partes de nuestro sér con exclusión de las otras, lo que constituye esas uniones imperfectas y pasajeras que mantienen siempre un más allá irrealizable. En cambio, Mr. de Vogüé nos presenta en su obra el amor perfecto que une la totalidad de dos personas.

El libro mismo sienta esa teoría de que el amor verdadero es la obra maestra de la natu-

raleza. Así como en el mundo de las artes hay un Shakespeare, un Beethoven, un Miguel Ángel, en el mundo sentimental son también muy raros y muy selectos los temperamentos que pueden producir la flor de la pasión completa.

Las obras maestras del amor son más escasas que las del arte, porque necesitan, no ya de una sino de dos personas igualmente desarrolladas, que se encuentren en el momento preciso de su mutua evolución para unirse bajo todas sus faces, poniendo en vibración todas sus posibilidades de vida íntima. Y esos casos de amor rarísimos pasan desapercibidos ante la multitud porque buscan la sombra y huyen de la luz.

Voy á hacer la breve historia de este idilio, que es como la transparencia del amor supraterrestre.

Un marino, desencantado de la vida, Jean d'Agrevé, después de haber agotado los placeres de la existencia mundana y refinada, se refugia en una isla de la «Côte d'Azur» buscando cierta comunión con la naturaleza para colmar el vacío del corazón... Asiste por compromiso de su cargo á un baile á bordo del buque Almirante en el puerto militar de Tolón,

y ahí en el esplendor de una fiesta, al caer de una tarde mágica, en que el mar resplandece con todos sus fuegos, una hermosa joven que había permanecido alejada del bullicio mundano, ruega al Almirante que la presente á d'Agrève.

Lo aguarda con cierta calma solemne, le tiende su mano sin asomo de coquetería femenina, manteniendo la otra apoyada sobre la brújula de aquel navío, *La Triomphante*.

Esa mujer parece vivir lejos de la vida ordinaria y se acerca al teniente de marina con la quietud serena de una creatura que sale al encuentro de un destino que la aguarda fatalmente.

Las circunstancias de aquel encuentro son exquisitamente artísticas, son simbólicas, diré mejor, ya que el arte es un gran símbolo del invisible.

Encontrarse en la cubierta de un buque es entrar de lleno en esa inestabilidad de la vida, en ese imprevisto humano que el mar representa con tanta fuerza.

Ella apoya su mano en la brújula como nuestra vida sigue el impulso del corazón, ver-

dadera brújula de misteriosa orientación, que nos conduce á un Norte.

La fiesta á bordo hace resaltar en exquisito contraste, la potencia de esas máquinas de guerra y la dulzura frágil de la mujer que va á embellecer, por un momento, los rigores de la vida del mar.

El marino, el hombre endurecido en las grandes fatigas, gastado en las austeridades del oficio, familiarizado con las hostilidades de los climas y de los horizontes fugitivos, sabe sentir mejor que nadie el encanto de ese minuto hermoso de la vida, que recuerda la senda de un paraíso perdido.

Además, el navío con sus grandes alas de ave que cruza el espacio, diseña las posibilidades de esconder lejos, en algún ignorado rincón, esos sentimientos que á veces no encuadran en los códigos humanos...

Hélène, que así se llama nuestra heroína, *alma serena como la calma de los mares*, según la bella expresión de Esquilo, es un personaje ibseniano, que vive su vida en estrecha comunión con la esencia de las cosas... eternamente desterrada de las apariencias.

Jean d'Agrevé, ante esta mujer en cuya

alma se escuchan todas las resonancias del infinito se siente atraído por una emoción irresistible... La acompaña esa tarde hasta el tren que debe conducirla á Hyères y al día siguiente va á visitarla á su villa de los Cipreses.

La encuentra en el jardín vestida de blanco y sentada sobre un banco de mármol.

Esta hora del amor único está impregnada de una aura de serenidad griega, de armonía sobrenatural. No concebiríamos la realización de la *hora bella* entre todas las horas de la vida, en medio del torbellino de un wals, entre esos seres perturbados y frívolos que viven sus primeras sensaciones moviéndose como fantasmas que se agitasen en las sombras...

Hélène está ausente... vive en otra parte más lejos y más profundamente que en el momento presente, sus grandes ojos miran el espacio abierto y parecen transportar lo que ve para comprenderlo allá.

El le habla de los temas banales de la conversación mundana, ella no se interesa... De súbito se levanta, le echa los brazos al cuello y le pide que la ame... Es inconcebible de audacia, de inverosimilitud humana y, sin embargo, como sentimos todos los que hemos

vivido un poco la vida del alma, que eso es natural, que eso es lógico, que hay, que deben haber amores preexistentes y que, sólo son capaces de sentirlos, aquellos que viven en la profundidad de un yo inmenso lejos de las exterioridades mundanas donde se bosquejan las primeras sensaciones...

Hélène es un ser sin contacto con la superficie de las cosas, alma de integridad y de luz que comulga en la naturaleza y que va a desbordar en el amor esa vida interior de que está henchida y que necesita compartir.

El amor que ha ido á buscar por encima de todos los prejuicios como el cumplimiento de una ley suprema que tiene en sí misma razón de todo, que todo lo autoriza i que todo lo justifica, es en ella la revelación de esa fuerza sublime que embellece y dignifica lo que toca!

Nada hay tan grosero que un impulso superior de vida no eleve y santifique!

Va muchas veces á visitar á Jean d'Agrève en su *Isla de Oro*, de que se hacen en el libro descripciones que nos transportan á una égloga virgiliana, y va con ese descuido propio de la mujer que ignora el mal y los usos establecidos, va sencillamente como el agua que sigue

la corriente que la impele y se precipita en el mar con incontenible fuerza de atracción.

Ese es el amor que hemos soñado para cada uno de nosotros, amor único, para el cual querríamos vivir mil vidas hasta merecerlo. Amor más grande que las leyes de la vida, fuerte contra el tiempo que anula, contra la distancia que acorta y contra la muerte que vence!

Este amor que se realiza por excepción en la vida, que se efectúa violando las leyes de nuestra evolución presente, merece por eso mismo las más violentas revanchas del destino. La humana miseria recobra sus derechos imponiéndole todas las torturas de la limitación.

Esos pocos días de idilio en la isla, se deslizan fugaces. Llega la separación. Ella tiene que ir á Rusia por intrigas de su marido, de quien estaba divorciada. Hace á Jean árbitro de su destino pidiéndole que resuelva por ella, pero el amor verdadero que no puede ser egoísta, que no pide nunca sacrificios que impliquen injusticia ú olvido de los deberes, que no acepta la abnegación que rebaja sino la que exalta, la induce á partir.

Volverá cuando sea libre y pueda pertenecerle ante el mundo.

Durante la ausencia él la siente fría, le parece que la vida se ha interpuesto entre los dos, ya que ella se resigna al sacrificio y no lo llama á su lado.

Generalmente, el hombre no logra penetrar la vida espiritual con sus imposiciones morales ineludibles, con sus luces sobrehumanas que hace que los amores dignos de ese nombre, se realicen en el sacrificio y no en la satisfacción que es siempre mezquina y que sólo corresponde á la personalidad fugaz de la tierra, olvidando los grandes derechos del alma inmortal.

Mientras Hélène está en Moscow tratando de reconquistar su libertad para consagrársela, Jean d'Agrève es llamado por el Almirante para una campaña en China. Sus resentimientos lo hacen partir contento. Ella, entretanto, vuelve á Francia, libre, á casarse,

Las cartas entre la China y la Francia no se corresponden. No reciben á tiempo los telegramas que mutuamente se envían...

La vida no necesita recurrir, como los novelistas, á combinaciones ingeniosas para producir el peor de los equívocos en el amor, basta que tome á sus aliados naturales, el espacio y

el tiempo para que las ironías más crueles se realicen.

¡Qué martirio el de esos afectos que se buscan á tientas y que no se encuentran jamás á través de una carta mal dirigida, de un buque atrasado ó de un cambio de residencia imprevisto!

Un leve detalle puede crear el abismo entre dos almas!

Esa fatalidad implacable que se abate sobre la felicidad, esa inmensa lejanía silenciosa interpuesta entre los amantes, como agentes que son de un destino superior, me dan ese estremecimiento de la vida tronchada, de la vida que nos crea derechos sagrados á una continuación póstuma!

D'Agrève se desespera no encontrando ni un cable en las escalas del buque que lo aleja... Ella languidece de desesperación sin noticias. El ha partido sin titubear por un deber de honor militar, mientras que ella se sacrificó también sin vacilar.

El ha creído en un enfriamiento de esa mujer que no lo llamaba cerca de sí, ha creído que otros objetos de vida despuntaban en su horizonte sentimental, que esos lugareños ru-

sos de quienes se compadecía como de hermanos de dolor, le robaban algo de su afecto.

En ese mismo don espontáneo que hizo ella de su persona, él creyó ver quizás un capricho pasajero, cuando era la donación irrevocable de un alma virgen...

Hélène se ocupa tan sólo en cuidar los enfermos que vienen de China en el hospital de Bagaud. Sus fuerzas se agotan cada día. Conoce en el mismo hospital á un sacerdote á quien confía sus últimas voluntades y que le administra el Viático.

Ya moribunda recobra toda su voluntad para prolongar su vida un día más y recibir la carta del correo de China que le anuncian los cables.

Alcanzó á recibir esa carta tan esperada, que en toda vida rasga el velo humano y trae la sanción tardía pero segura, de una justicia que merecíamos...

El sacerdote queda encargado de comunicar su muerte á D'Agrève.

Lamenta que esa alma no pudiera desprenderse de las ligaduras terrestres antes de emprender el vuelo; pero sabe que para ese sacrificio se necesita una gracia especial y cree

que se pueden presentar á Dios esos lazos humanos purificados por el dolor.

Siente que esa creatura ha sido rebelde á las formas de su pensamiento católico; pero ve que ha ido á Dios, y á ejemplo de su maestro Jesús, no pregunta por qué caminos las almas se unen á él...

D'Agrève recibe esa carta en lo más recio de la campaña contra los chinos.

En la tarde de ese día sus compañeros lo vieron derrumbado sobre la brújula de la *Triomphante*... sitio de donde databa la orientación de su vida íntima, eternamente atraída por el polo de un amor inextinguible.

Al día siguiente se hizo matar por los chinos.

Al morir, ve á su Dama que lo llama... Al menos esa es la relación que hace el soldado que recogió el cadáver y que fué el único testigo de su muerte.

Con extraña delicadeza el autor ha sabido poner en los labios ingenuos el relato de la Visión celestial...

La razón ha construído un mundo en que estas verdades no tienen cabida y continúan siendo el privilegio de la intuición que no tiene

otro teatro ni otra demostración que la de nuestro propio corazón.

D'Agrevé es arrojado al mar desde la cubierta de la *Triomphante* por la coronación, según su voluntad, expresada en una hoja de su carnet. Vuelve á la nada humana desde el mismo punto en que comenzó para él la única vida verdadera...

A ella la entierran en el cementerio de la Isla de sus amores, entre los marineros anónimos que arrojaba el mar después de las tempestades, sin más nombre que «Hélène».

En el amor no debemos tener más que el nombre personal, pues es el sentimiento que desvincula de todo para unirnos en el reino de las afinidades misteriosas, que corresponden á nuestra sola individualidad.

El olvido, el inmenso olvido humano, cae como pesada lápida sobre estas criaturas que yacen una en el fondo del mar y la otra en un cementerio de aldea...

Siempre he tenido fe en los amores humanamente infértiles, pero Mr. de Vogüé ha venido á darme la clave del enigma.

Muchos se preguntarán ¿qué objeto tienen estos amores de almas? aunque sepan que no

hay cosa tan pequeña que pueda ser inútil en el concierto universal.

¿Acaso estos amores que alcanzan regiones más hondas de nosotros mismos, podrían ser menos fecundos que la unión física que transmite la vida? Por el hecho de pertenecer estos sentimientos á una naturaleza más pura y más elevada, deben estar destinados á realizar fines más altos, creando en un orden superior al que percibe nuestra conciencia actual.

Toca todavía preguntar si este amor que tan rara vez pasa por la tierra ¿será la consecuencia de un pasado ó la preparación de un porvenir? Por una parte, debe ser el resultado de causas ya iniciadas y, por otra, el desarrollo de los gérmenes que preparan los efectos que nos aguardan más lejos.

Los dolores, las luchas, las angustias de la vida, no pueden ser más que el ejercicio de las energías que tienden á preparar las creaciones inesperadas del mañana...

Y á través de la variedad de móviles que parecen impulsar la vida, el amor debe ser el fin transcendental, puesto que somete todos los demás á su imperio.

De las páginas del libro se desprende como

tésis general la convicción de que existe un *Amor* que lleva consigo los incontestables privilegios de su divina autenticidad.

Y ese amor á que nos ha preparado todo nuestro pasado, ese amor vinculado á las raíces de nuestra inconsciencia, ese amor que es como el prólogo de una obra más bella que nuestros ensueños, ese amor que ha de llevarnos á la gran luz de una vida mejor, ese amor es el único verdadero y existe por encima de todos los lazos temporales.

Amor que en el mundo no se puede encontrar sino en el correspondiente grado de desarrollo evolutivo entre los amantes. Los frutos bellos se producen en el punto preciso de la perfecta madurez y el amor perfecto que es el *capo laboro* de la vida, no puede realizarse sin el perfeccionamiento completo de las almas...

Por raro y por extraño que nos parezca, sírvanos de aliento el creer que hay un momento de la vida—no importa que sea en la mañana ó en la tarde—en que cada cual se reconocerá á sí mismo en otra alma hermana.

Esa *otra* alma, es la reivindicación de nuestras penas y de nuestros desengaños...

Cada vez que hemos escollado en el amor

hemos creado otras tantas afinidades con la futura mitad de nosotros mismos que cruzaremos antes que caiga el día á la vuelta de algún camino solitario...

Todo amor verdadero reside en la región ignota que nuestra razón no alcanza á explorar, pero el amor único vive plenamente en esa parte de nosotros que corresponde á nuestra vida eterna é inmortal y que aun no tiene personería jurídica en el mundo.

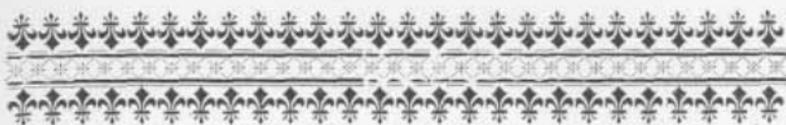
En resumen, el amor que llega á ser *único* es aquel que se compone de todas las creaturas que hemos sido en el curso evolutivo y de todas aquellas que nos han afectado al correr de la vida...

El amor único reside en la plenitud de nuestro sér que no deja nada fuera de la creatura á quien se une exclusiva y definitivamente.

Y ese amor que Mr. de Vogüé nos ha formulado en su libro, amor de verdad humana y de verdad divina, á quien el Altar y la Ley le ceden el paso, tiene un nombre grande como su origen: Es el Amor Sagrado!

13 de Noviembre de 1909.





DON LUIS ALDUNATE

ÍNTIMO

Hay un momento en que nuestras creencias parecen alejarse; en que las esperanzas se oscurecen; momento en que el anteojo familiar con que miramos la vida cae de nuestros ojos, y vemos todo en torno nuestro con no sé qué pavor desconsolado...

Así me sucedió al saber la muerte, ya muy esperada, pero siempre sorpresiva, de don Luis Aldunate.

De tiempo atrás su elegante silueta aristocrática había perdido la esbeltez de sus líneas; su rostro se había consumido en un cansancio prematuro, pero aun centelleaba la mirada de

sus penetrantes ojos azules, de un color casi incisivo, como su palabra nerviosa y como el gesto enérgico de sus manos finas, tan poderosamente evocadoras...

Su mano poseía, por sí sola, toda la expresión de una mirada y toda la personalidad de una fisonomía...

A veces empuñaba el bastón y vibraba violentamente, acentuando la fuerza de su frase, concisa, elegante y sonora.

Sus palabras tenían el relieve firme de una antigua medalla de Donatello, y su ironía la agudeza de la punta de un estilete florentino.

A pesar del decaimiento físico que los años habían traído á su brillante personalidad, siempre se sentía á través de la figura escuálida y encorvada, el alma fulgurante, altiva é inflexible del ateniense que había sido y que continuaba siendo por raza y por temperamento.

Ante las personas y las cosas tenía la actitud desdeñosa del hombre que tiene conciencia de su superioridad: actitud que se armonizaba con la distinción de su belleza fina y fuerte, y con sus expresiones que transparentaban la nitidez de un pensamiento que habría podido esculpirse en frases lapidarias...

Pero, yo estoy aquí recordando lo que todos conocen, y no es para evocar al hombre público que escribo yo estas líneas...

¿Por qué no había de reservárenos á las mujeres el privilegio de levantar la punta del velo que cubre al hombre íntimo, al que hemos conocido en las largas noches de invierno junto á la chimenea de familia, al que sonreía maliciosamente de nuestras travesuras infantiles?

Ese hombre de bastidores suele ser mucho más interesante que el de la escena.

Sobre todo, tratándose de estos orgullosos que no se han prodigado, las sorpresas suelen ser encantadoras y, sin duda, don Luis Aldunate, del hogar, el hombre tierno y afectuoso, que se escondía para no castigar á los niños, que se devoraba las lágrimas de sus mejores emociones, es un personaje muy distinto, de *aquel señor* que apenas tocaba su sombrero para saludar en la calle, y que alargaba dos dedos al tender la mano.

Esa mezquindad con que daba dos dedos, y cuando mucho tres, reservando el bastón empuñado, como defendiéndose de todo contacto, le creó sus enemigos entre los que no querían ver en aquel significativo ademán, los

rasgos de un carácter indómito que nunca pactaría con la vileza ni con los compromisos bastardos.

Yo no quiero recordar ahora sino al hombre de adentro, porque es el que guardo entre mis mejores recuerdos del pasado.

Toda mi niñez y toda mi juventud han desfilado en confuso tropel, trayéndome las alegres memorias que remontan á treinta años atrás.

Y á través de todos los episodios á que se liga la figura de don Luis Aldunate—entonces en la plenitud de su talento, de su belleza y de su actuación social—conservo un recuerdo de vivísimo afecto, pues, en medio de su aparente sequedad, poseía la ternura de un niño sensitivo.

Los orgullosos, cuando se ven sorprendidos ó cuando se sienten adivinados, muestran la delicadeza exquisita de sus sentimientos inabordables.

Como si fuera ayer, recuerdo que al darme la noticia del combate de Iquique, *La Esmeralda ha volado su santa bárbara*, (esa fué la primera comunicación que llegó por la noche después de un día de horrorosa inquietud, sa-

biendo que los pequeños buques chilenos se batían con los acorazados peruanos), se enjugaba nerviosamente las lágrimas, añadiendo «desde la muerte de mi madre á que no lloraba así».

El amor á su madre, que perdió muy temprano, constituía para él un culto de afecto tan fanático, que nunca habló de ella en ningún tiempo sin que la voz le temblara de emoción concentrada.

El sacrificio de la *Esmeralda* se gravó en mi memoria á través del enternecimiento de aquel hombre que ante el mundo afectaba la frialdad de un estoico.

¿Era acaso por ese pudor delicado que caracteriza á las almas sensibles ó por la desconfianza recelosa que inspira un medio menos víbrante? ¡Quién sabe! Es un hecho que los sensitivos se encierran herméticamente dentro de sí mismos, y á veces se refugian en la ironía para evitar el desbordamiento de una sensibilidad que puede aparecer ridícula á los que no perciben con igual finura la melancolía de las cosas humanas.

En la burla suele haber más sensibilidad adulterada que amargura de espíritu. Yo he

sentido siempre en la punta de² acero de las flechas de don Luis Aldunate, más bien la coraza con que escudaba su propia debilidad afectiva, que no una carencia de dulzura interior. Además, las personas un tanto desproporcionadas al medio social, en que forzosamente actúan, se vuelven frías y concentradas

Ninguna de estas apariencias desconcertaba, sin embargo, nuestra infantil intuición, que cuando pretendían atemorizarnos con su adusta presencia, sabíamos instintivamente que era el aliado secreto de nuestras picardías, el cómplice oculto de nuestras travesuras!

Y cuando alguna vez apareció de improviso confirmando las amenazas, nos acarició, se sonrió y se marchó, dejándonos triunfar en toda la línea.

— ¿A qué seguir trayendo la memoria de esos tiempos, hoy que, á pesar de mi fe en un más allá, siento lo irreparable de esta faz de la vida que cae en el abismo del tiempo como la hoja en la tierra en que se va a confundir...?

La soberana tristeza de esta existencia, que al fin no es más que uno de los múltiples aspectos de la vida universal, es de pasar para siempre con sus dulces puerilidades fugaces...

Esa melancolía de lo efímero, esa amargura de la perpetua transformación, constituye el carácter propio de esta vida... que saludamos y que despedimos al rodar furtivo de una lágrima!

Don Luis Aldunate, á más de ser un sensitivo que disfrazaba enigmáticas ternuras bajo su indomable orgullo, era también un cristiano de alta raza que guardaba incólume la fe de los viejos tiempos.

Su fe era de las que se reservan en el santuario. No era la fe que se exhibe como un blasón, que quiere imponerse ó que pretende transmitirse.

Era la fe de los que han sido iluminados con una visión interna de verdad y que saben que ese es el privilegio sagrado de las almas que han llegado al momento de ver por sí mismas.

Por eso, su religiosidad fué tan íntima y tan altiva como sus sentimientos.

Cumplía las prácticas religiosas sin ostentación y sin respeto humano.

Se sentía en él al convencido que ni trata de ser visto ni teme que lo vean; demasiado altanero para rendir ese tributo, á la incredulidad de los unos y al fanatismo de los otros.

Estas religiosidades que se nutren solas ó que se encierran en la propia conciencia, tienen una sinceridad ó una integridad de que carecen las que se exteriorizan.

Por los años de 1881, época de su mayor actuación política, era tan observante de las prácticas religiosas, como continuó siéndolo hasta ayer en que recibió el viático para el gran viaje, momento en el cual advirtió al sacerdote que lo administraba, la equivocación de una frase litúrgica, y en que pidió se le recitaran los Salmos del Rey Profeta.

Más de alguno se sonreirá no pudiendo conciliar en la misma persona, al expulsador del Nuncio Apostólico, con el cristiano que yo vengo recordando, pero á esos les responderé que la bendición de Dios no necesita doblarse con la del monseñor Delfrate.

En esta vida de tan brillantes exterioridades, de tantos éxitos humanos; vida que ha reunido el nacimiento, el gran talento, la belleza y la fortuna, encuentro no sé qué revés de expiación obscura, como si estuviéramos obligados á redimir en miserias íntimas, todo lo que nos levanta sobre nuestro medio, como si nuestras

mismas cualidades nos sirvieran de inevitable escollo!

Donde el mundo sólo ha visto orgullo triunfante y continuado, yo sólo he descubierto soledad, tristezas y derrotas, yo sólo he percibido los ecos de una vida que se apagaba entre los hielos del desengaño y del exceptismo humanos!

Tuvo todo lo que el mundo admira, pero su acción social se esterilizaba como sus afectos por inflexibilidad para adaptarse al medio.

No sabía contemporizar con los inferiores; la tontería lo exasperaba y la bajeza lo indignaba. Tenía demasiada altivez en el carácter y demasiada nobleza en el alma para acomodarse con las circunstancias en que le tocó vivir!

Y, sin duda, al caer como el héroe de la leyenda antigua, en la estación del año en que las mustias hojas se desprenden en revuelto y dorado torbellino al soplo de las primeras rachas heladas precursoras del invierno, ha podido decir como el viejo adalid que ha combatido contra los invisibles enemigos que se llaman... la Envidia... la Hipocrecía... los Compromisos... que ha sido vencido, pero que al morir

guarda intacto el «Panache», ó sea, la dignidad de raza, la altivez humana!

¡Qué importa que nuestros implacables enemigos parezcan triunfar, cuando la sola cosa que vale después del combate de la vida, es el esfuerzo con que hemos peleado y no el éxito que lo ha coronado!

Así como pasada la juventud qué importa lo que nuestros amores nos hayan dado en penas ó en goces si sólo podemos conservar la luz ó la sombra que dejan en nuestros recuerdos!

De lo que estoy cierta es de que don Luis Aldunate, al morir, lejos del castillo blanco que hacía tan armonioso marco á su tipo patriciano, de que al sellarse sus labios moribundos con el amarillento crucifijo familiar, que en la hora suprema de madre á hijo y de generación en generación,

«Passe ainsi tour a tour»

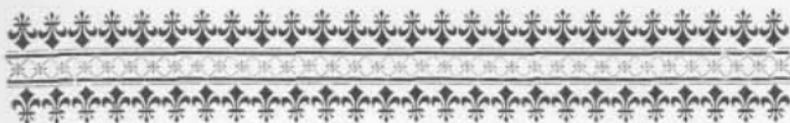
ha debido sentir el gran descanso de los que mueren en el Señor y de los que ante el esplendor de una nueva visión, comprenden el

objeto misterioso de la obscura etapa recorrida...

En este tiempo del año en que todo muere, en que palidece la luz y se despojan los árboles, ha subido de la tierra cansada, al cielo entristecido, el rumor indistinto de las plegarias cariñosas que escoltan á las almas más allá del dintel donde se encuentra la felicidad, en la luz y en la armonía soberanas!

14 de Abril de 1908.





NUEVA LITERATURA

«SUR LA BRANCHE»

POR

PIERRE DE COULEVAIN

(A mi amiga Mab, de "La Nación" de Buenos Aires)

De algún tiempo á esta parte empieza á sentirse en la novela, en el drama, en el artículo de revista, una fuerte corriente de ideas espiritualistas que vienen á marcar una tendencia ascendente en el rumbo de la humanidad.

En esta nueva literatura, que refleja un aceleramiento fuerte en la evolución del pensa-

miento moderno, figuran en primera línea los libros de Pierre de Coulevain, (pseudónimo de mujer) y entre sus libros se destaca en primera línea *Sur la Branche*, que da una visión de la vida más completa, porque es más elevada.

La autora se coloca *En la rama*, se desliga de las pequeñeces diarias y su mirada ciertamente abarca más espacio que desde el rincón de la alcoba, desde donde cada uno de nosotros contempla la vida.

Se ha situado en un lugar elevado y la vida se le presenta bella y también buena; ya es bastante! Ve al hombre como á un cooperador de la obra universal é inmortal como ella.

Sin duda que cuando la vida toma tan alta significación recupera toda su dignidad y se hace acreedora á nuestros sacrificios.

Pierre de Coulevain es una mujer.

En las primeras páginas de su libro ya sentimos ese indefinible perfume de delicadeza, de finura intuitiva, de penetración oculta que revela un temperamento femenino superior.

Se nos presenta el diario íntimo de una mujer otoñal.

La heroína del libro, Mme. de Myères, ha visto soplar el huracán sobre la felicidad de su

vida íntima. En un instante se desvaneció su dicha de muchos años.

La muerte, por cruel que sea, no tiene semejante privilegio de aniquilamiento, es menester que encuentre á la traición como cómplice, para realizar la desgracia en forma que, junto con la felicidad que se va, se envenene también el recuerdo, y una misma voráGINE arrastre al abismo todo lo que nos da una razón de vivir!

Es el caso de Mme. de Myères, mujer vulgarmente feliz en el matrimonio con un hombre á quien amaba, y cuya pasión del juego con sus fiebres y sus peligros, no alcanzaba á romper el encanto de un lazo formado en plenas ilusiones juveniles.

El marido muere súbitamente y las cartas que debían llevarle á su Club fueron entregadas á su mujer. Una de esas cartas le reveló que su marido le era infiel, quién sabe desde cuántos años atrás, con su prima, casi su hermana de infancia, Colette d'Hauterive, y de que el segundo hijo de ésta, lo era de su marido.

Todo acabó para ella en aquel momento trágico, el hombre, el afecto y hasta el recuer-

do, emponzoñado con los peores venenos de la traición.

Su primer impulso fué huir del pasado. Salió de París, cortó sus relaciones y se quedó *En la rama*. En esta situación de ánimo, propicia para envejecer, desesperada, le descubrió á la vida un sentido nuevo, comprendiendo que sólo había vivido hasta entonces, para encontrar su primera revelación de verdad en el dolor.

En el vacío de una existencia sin pasado y sin objeto, aquella mujer vió el fin que persigue la vida con sus desencantos y sus crueles sorpresas... Fin que consiste únicamente en el desarrollo de la esencia de nuestro ser sobre los accidentes inferiores que nos constituyen y que, la ley evolutiva, trasmuta mediante la espiritualización del individuo.

Junto con mirar la vida bajo esa nueva luz Mme. de Myères comenzó á sentir agitarse en ella la misteriosa fuerza de la creación literaria. Y en el momento mismo en que la desgracia parecía agotar para siempre en su existencia la fuente de la vida, afluí a ella una energía desconocida, en que á trueque de la felicidad per-

sonal, se le abría el arcano de la felicidad universal!

Tan cierto es qué por el sacrificio del *Yo* en todo lo que tiene de limitado y de estrecho, se abren los horizontes inmensos de la vida!

La creación literaria, le dió entre sus lectores una familia de almas que le devolvieron en masa los amigos y los afectos que el dolor le había robado.

Mme. de Myères desesperada, se fundió en una personalidad nueva más elevada y más humana—Jean Noël—que fué el pseudónimo de sus libros.

Este nuevo personaje la reconcilia con la vida, porque la hace salir de la esfera de los sentimientos exclusivos y comulgar en el corazón del mundo!

Mientras lo queremos todo para nosotros, la vida calla, pero cuando lo queremos todo para los demás, la esfinje silenciosa dice su gran palabra, dándonos la clave del enigma... que es un secreto de luz y de armonía, un secreto de inmortal esperanza, en que á plazos, más ó ménos largos, se nos prometen las supremas realizaciones!

El libro diseña el resurgimiento de un nuevo *yo* por el dolor, de un *yo* superior al que constituye el instrumento de nuestra vida consciente, de un *yo* inmenso y eterno como la vida misma.

Por el sufrimiento empieza á germinar en Mme. de Myères, la idea de que no es la casualidad la que preside á las extrañas combinaciones de la vida, sino un plan divino que distribuye los roles, dispone las circunstancias, prepara los encuentros, con arreglo á una sanción de oculta justicia y en vista del progreso moral de cada cual y de la prosperidad general de la especie.

En los sucesos humanos, ella ve el tejido hecho por las causas ocultas para alcanzar un resultado preciso.

Siente que la vida es un conjunto de fuerzas que contribuyen á la armonía universal, y niega el derecho de juzgarla á los que sólo perciben este fragmento que forma nuestra vida personal, sin su prólogo, su continuación y su epílogo... Ella hace crédito al tiempo, considerándolo en vía de transformación, la virtud misma le parece la purificación del vicio.

La ciencia moderna con sus fulgores súbitos

ha venido á confirmar las intuiciones de su corazón doliente, que pide á la vida razón de sus quebrantos.

Y á medida que observa, la vida habla, la vida se manifiesta y justifica sus inconsecuencias.

El amor, el odio, la simpatía y la antipatía se le presentan como fuerzas aproximadoras ó aisladoras, simples derivativos físicos de las causas morales que los han engendrado.

A los individuos del mismo carácter los considera formando parte de un mismo sistema que determina las atracciones y que hace que se encuentren en un momento dado.

Las afinidades son los hilos conductores de las aproximaciones, y los diversos contactos producen las vibraciones necesarias á la vida común.

En las múltiples etapas de la existencia parisiense, ve cumplirse el proceso de la vida que va elaborando el desarrollo de nuestro espíritu á través de los pequeños sucesos.

La mirada que Pierre de Coulevain proyecta sobre el mundo, es una mirada muy honda, mirada que traspasa la tupida red exterior para

sumergirse en el fondo de donde esos efectos arrancan su origen.

Ese fusionamiento de la vida en el mundo entero, la admira sobre todo en París, en ciertos sitios y á ciertas horas, donde hay un hervimiento más fuerte destinado á acelerar la marcha de la humanidad...

¿Es acaso un procedimiento de cristalización? En el desarrollo de las cosas humanas ella busca el ir y venir de la naveta con que la Providencia teje el destino.

Se encuentra de improviso durante un viaje en la intimidad de una familia inglesa y se pregunta ¿cuál es el objeto de esta reunión dentro de la sabiduría del plan que nos conduce? Está lejos, es invisible, no lo presente por el momento. Y pronto vemos como aquella amistad fué á formar uno de los nudos donde muchas vidas encontraron su desenlace de perdón, de felicidad ó de compensación.

La autora se siente parte integral de la obra de Dios y eso le da el sentimiento de la inmortalidad.

Cree en Dios porque cree en ella y cree en ella porque cree en Dios.

La muerte de su marido le hace sentir que

más allá del dintel de la vida se proyecta sobre las cosas humanas una luz nueva, que explica, que consuela, porque es la luz infinita que da su verdadera perspectiva á esta parte de nuestra vida personal con relación al gran conjunto.

Mme. de Myères vió flotar sobre los labios del cadáver de su marido una sonrisa infinitamente piadosa y comprensiva de cosas que a ella le estaban ocultas; pero que habían de germinar á través de su pena—para que dentro de la ley de retribución ese mismo dolor que iniciaba su desgracia, fuese el principio de una felicidad mejor.

Su espíritu inquieto, deseoso de una verdad positiva, empieza á observar el revés de la vida, á desenredar los hilos de la madeja y á maravillarse de lo matemático de las coincidencias.

Analizando entre las acciones diarias, cuales dependían de su voluntad, pudo decirse, Dios lo quiere, ó Dios lo ha querido, en vez de yo lo quiero, ó lo he querido. Verdad de inmenso consuelo y que nos quita el peso de muchas responsabilidades imaginarias.

Esa idea de que contribuimos á la obra de

Dios, que transmitimos sus órdenes invisibles, que ayudamos á la realización de la justicia, que no hay un pensamiento inútil, da á la vida su grandeza soberana.

Dentro de ese mismo orden de ideas, disminuyó la injusticia que ella atribuía á la traición de su marido y se abrió el camino del perdón, ya que, en realidad, perdonar es sinónimo de comprender.

Cuando se contempla la vida á cierta altura, todas las cosas, hasta las que más nos hieren, toman un aspecto que las coloca dentro de la lógica ó de la gran justicia de los acontecimientos.

Mientras mejor observa la vida, Mme. de Myères mejor ve que no ha dependido de su voluntad, que se le han impuesto condiciones fatales.

En la cruel traición de que ha sido víctima, busca la causa anterior; probablemente aquel hijo de su marido y de su prima necesitaba nacer y traer á la vida ciertos elementos que, á despecho de sus propios derechos, la naturaleza tenía que ir á buscar fuera de la línea de raza... Todo era necesario. Partiendo de estas premisas el perdón se impone.

Las fuerzas humanas no alcanzan, sin duda, á contrarrestar la potencia formidable que pone en juego el genio de la especie para realizar sus fines.

A este espíritu de mujer que se ha elevado, la vida afluye de todas partes con sus respuestas luminosas...

Desde los puntos de vista altos, que son los que dan visión de conjunto, se descubren las íntimas conexiones que ligan las diversas faces de la vida.

La cadena se eslabona, todo toma su colocación ó su razón de sér.

Los múltiples problemas que agitan la ciencia moderna, entran á circular en este libro con una soltura agena á las asperezas del tecnicismo.

El sentimiento intuitivo y el espíritu analítico se combinan en un juego de luces extraordinarias que la vida bien observada fulgura de sus más pequeños detalles.

La vida tiene, además, la suprema ventaja de desarrollar sus dramas á plazos largos, y para eso dispone de la eternidad, en cambio nosotros estamos condenados á ignorar los antecedentes y los desenlaces.

El privilegio del arte, sobre todo en la novela, consiste en emplear el procedimiento del *racourci*, concentrando el proceso de la naturaleza á través de los tiempos en un pequeño trozo de vida, así como el pintor hace caber en su tela inmensas agrupaciones y perspectivas.

El arte, en cualquier esfera de su actividad, desentraña la vida oculta de los seres, fija los rasgos esenciales, desprendiéndolos de los accidentes en que la naturaleza los presenta envueltos.

Los artistas son los grandes videntes que sorprenden la verdad profunda y la armonía que la belleza va realizando lentamente y que ellos tienen el dón de animar y de fijar para siempre en una frase ó en un golpe de cincel.

Ellos sintetizan la belleza, la concentran, y concentrándola concentran la vida escencial que no percibimos bajo la multiplicidad de los detalles que la encubren.

Pierre de Coulevain siente la inmortalidad y la reunión póstuma de una manera muy hermosa, creyendo que nuestras virtudes nos ponen en el mismo círculo después de la muerte

con los que amamos, para continuar la evolución reunidos.

Ella ha concentrado en las páginas de su libro el mismo proceso que la vida desarrolla á través de quién sabe cuántas etapas, y así nos presenta á Mme. de Myères encontrándose en una estación de baños con el hijo de su marido y con su prima.

Admiramos el hilo conductor que la naveta de la vida teje con los pequeños sucesos para realizar el destino.

Empezamos á sentir la trascendencia que llevan consigo cada palabra y cada acto.

La vida reivindica sus derechos para ser vida grande y noblemente. Mme. de Myères perdona á su enemiga Colette. La víctima ha encontrado una fe nueva en el dolor, la otra ha estado á punto de perderla. «¡No has contemplado la vida durante largo tiempo!» le observa Mme. de Myères, «eso exige la vida para justificarse: tiempo!» Colette cuenta su desgraciada historia á Mme. de Myères.

En cada vida hay dos clases de verdades que corren paralelas; la verdad brutal de los hechos y la verdad íntima que los ha producido.

Cuando queremos juzgar sobre la verdad de los hechos desnuda, nos equivocamos, porque los hechos, tienen una elocuencia material ajena al alma que los ha engendrado y que es únicamente capaz de sancionar el mal ó el bien que contienen.

Así, pues, Mme. de Myères, juzgando sobre un hecho aislado, no había podido medir el alcance de aquella traición cometida sin afecto y en la complicidad de las más sorprendidas combinaciones del destino. Ciertas faltas van acompañadas de la más extraña fatalidad. La autora define en una frase feliz la psicología general de la caída de la mujer.

Somos demasiado idealistas, dice, y no conocemos la fuerza de las leyes naturales.

Siente la actuación de ese poder superior que decide de la vida y adivina esa transformación del mal en bien, que si no vemos cumplirse aquí abajo es porque se continúa en el más allá...

La abominable falta es origen de muchos bienes. Desde luego, engendró á Jean Noël, que es el fruto del dolor.

Aprender la significación de la vida, es un dón inapreciable, que sólo el sufrimiento ense-

ña. Mme. de Myères hace ver á Colette cómo el dolor conduce á la grandeza moral y cómo la naturaleza nos elabora con elementos á veces muy diversos, pero que en su oculta sabiduría nos llevan siempre al bien.

A pesar de su feminidad ofendida, Mme. de Myères siente el encanto de ese muchacho *Guy* que ha heredado la fuerza dominadora, la voz y la apostura del padre.

Guy la ha llamado *Madrina* ¡ironías del destino! y le ha dado ese afecto que tanto necesitaba, envuelto en los mismos ademanes que ella amaba en su marido!

Mr. de Myères, su esposo, vuelve á entrar en su vida con un cariño nuevo, cuya dulzura ignoraba: el amor filial.

El joven *Guy* ha sacado los mejores elementos de la naturaleza del padre, y de ante pasados hugonotes del lado de la madre, ha tomado ciertas condiciones de fuerza que forman una espléndida combinación. ¿Por ventura, la naturaleza necesitaría de ese tipo de raza y lo fué á buscar violando sus derechos? se pregunta alarmada Mme. de Myères sin atreverse casi á mirar tan profundamente en la vida, porque le da vértigo...

Mme. de Myères lee á Colette el manuscrito de un libro que va á publicar y en que instintivamente la ha cogido por heroína. ¿Qué causas ocultas nos impulsan á vivir la vida en tal ó cual sentido cuando nosotros creemos ser los árbitros?

El libro inédito contiene las mejores esperanzas y hace que Colette diga á su amiga: «Guarda esa fe absoluta y triunfante que te ha puesto el perdón en el alma». Colette muere y deja á Mme. de Myères el encargo de velar sobre su hijo Guy.

La *Rueda de las cosas* voltea rápidamente para ella. Se va al castillo donde ha muerto su prima, se queda junto al cadáver; la muerte ha acentuado la expresión de fragilidad femenina en el rostro de Colette y proclama la suprema excusa de la pobre mujer.

Visita la propiedad en que Colette ha hecho tanto bien á los campesinos, bienes que representen *una expiación*; constata el provecho que ese esfuerzo ha producido, siente que en aquel progreso de la raza ha entrado algo de su propio dolor, y comprende entonces la verdad contenida en la frase de Maeterlinck: *Le*

mal est le bien que nous ne pouvons pas comprendre.

¿La lucha oculta de las fuerzas del universo no tendrá por único objeto encontrar la armonía superior? La autora sigue con afán prolijo en todas las esferas de la laboriosidad humana el avance de la evolución de la raza.

Lo ve en la vida de hotel por los *spécimens* variados que ofrece, lo encuentra en la tarjeta postal que multiplica las imágenes, en las facilidades de la locomoción moderna que nos lleva á los lugares consagrados por los recuerdos... En fin, todo contribuye á activar el movimiento de las células cerebrales.

La revelación de los secretos de la naturaleza ayudará á dilatar nuestras ideas y á acercarnos á la verdad.

Las obras de arte y los libros le parecen acumuladores de electricidad psíquica, destinados á alumbrar los cerebros y á levantar la visión humana hácia confines ignorados...

Colette, al morir, deja á Guy una carta en que le pide cuide á Mme. de Myères. ¡Qué necesidad de reparación sentía esa mujer al pretender devolverle el hijo que le había roba-

do! La ley de retribución actúa siempre en nuestro favor.

Observa la eficacia que contienen esos saludos de Año Nuevo, esos votos que se formulan, como si estuvieran encargados de atraer fuerzas benéficas ó de anular las malas, mediante esas corrientes de simpatía mutua. *Si les souhaits étaient vains, nous n'aurions pas reçu l'instinct d'en formuler.*

El libro contiene una multitud de observaciones profundas tomadas sobre los detalles de la vida diaria.

Pierre de Coulevain observa muy bien. Su mirada es exacta primero y penetrante después; pero, ante todo, ve muy claro, y como su punto de vista es tan dilatado, las pequeñas cosas entran á formar parte de un conjunto grandioso que les da toda su importancia, colocándolas en su verdadero valor de relatividad.

Tiene un estilo claro, sóbrio y elegante.

La compenetración que liga todas las observaciones de su libro, ya sean artísticas, sociales ó sentimentales, le dan un encanto de luminosa unidad.

Dentro de esa visión de la unidad de la vida, cada cosa, por pequeña que sea, toma un inte-

rés propio, como parte integral del plan que se desarrolla.

Así, la autora se siente tan atraída por la contemplación del firmamento en toda su grandeza cósmica, como por un hermoso sombrero de Virot.

La fuerza que mueve el universo, tanto como el agente invisible que trabaja en la realización de la belleza, mediante las manos de una humilde obrera, le parecen igualmente grandes.

Todo procede de una misma causa, todo tiende á un mismo fin en la escala de la vida. Lo maravilloso del plan general roba nuestro interés sobre los más ínfimos detalles.

Cuando Mme. de Myères cree concluída su misión en el mundo, se le presenta un nuevo objeto—el porvenir de Guy—que le está encomendado por una moribunda.

Guy ha sido traicionado en un amor y cae enfermo mortalmente. Mme. de Myères lo cuida como una madre y brota en ella el sentimiento maternal, fundido en ese *algo* dulcísimo y horrible, que le inspira el hijo de su marido.

Su maternidad tardía le demuestra la inmen-

sa felicidad creada por su dolor. ¿No sería eso lo que significaba la piadosa sonrisa del cadáver?

Las almas que traspasan el dintel de la vida, saben ya, sin duda, lo que nosotros ignoramos.

Los juegos del destino, las felices coincidencias, están muy bien encontradas en la luz de la visión de Pierre de Coulevain.

Mme. de Myères, consolando el dolor que sufre por una traición el hombre que es el fruto mismo de la traición hacia ella, es una buena muestra de la ley de retribución que á todos nos alcanza!

Ese mismo proceso hace la vida, pero tan lentamente, que no podemos constatar aquí abajo sus compensaciones.

Los poetas y los artistas, á través de sus ensueños, son los grandes perceptores de lo oculto, ó sea, de esa verdad esencial que el tiempo y los accidentes se encargan de disfrazarnos.

Desde el principio del libro vienen preparándose ciertas aproximaciones destinadas á producir el desenlace final, que es el matrimonio de Guy. Esa fundación de hogar parece

ser el último rescate que Mme. de Myères debe pagar á la vida.

La naturaleza, bajo su manto de la casualidad, lleva á sus personajes por caminos que se aproximan hasta encontrarse.

Mme. de Myères es íntima amiga de los señores de Lusson, cuya única hija se casa con Guy.

Hay dos sentimientos que se combaten en todos sus matices á través de las páginas del libro; el despecho de la mujer traicionada y el afecto al fruto de esa misma traición que le recuerda al hombre amado.

Hay en eso una hermosa complejidad sentimental. Una mujer cree odiar á un hombre y en el fondo sigue pagando tributo á esa ley fatal del amor, encargada de burlar nuestra razón, nuestra delicadeza y nuestra dignidad.

También se desarrolla con arte, en el libro, ese desdoblamiento de la mujer y de la escritora; la primera sufriendo de todo lo que le afecta en su *yo*, y la escritora complaciéndose en todas esas emociones torturantes que dan gran espectáculo al observador.

Se vende la antigua residencia de campo de los esposos de Myères, «*Chavigny*», y la com-

pra Mr. de Lusson para emplear la dote de su hija.

Guy se desespera de haber perdido la ocasión de comprar la propiedad, pues se sentía con derecho para ser el dueño, recordando que su padrino (así llama á su padre) le hizo tirar allí su primer tiro de fusil.

Mme. de Myères siente qué fuerza y qué grandeza ocultas hay en ese algo sagrado que llamamos: Raza! y que hace sufrir á Guy inconscientemente de no poder reivindicar el dominio paternal.

El epílogo de esta vida de mujer consiste en adoptar con el corazón al joven causa de su desgracia y dejarlo instalado en la antigua residencia de su padre, por el enlace con la joven de Lusson que es su nueva propietaria.

Qué bien se sigue en el curso de todo el libro esa dirección de las fuerzas superiores que nos complacemos en sorprender! Qué descanso y qué consuelo produce el sentir que *nos llevan!*

Mme. de Myères llega al fin de su vida, «*cae de la rama*», habiendo tenido cada vez más ocasión de admirar la primorosa organi-

zación del destino, así como las compensaciones maravillosas de la vida.

Muere comprendiendo y amando más.

Lo que la vida le quitó de un lado robándole un afecto, se lo devuelve más tarde en otro afecto de la misma sangre é igualmente dulce, por medio del sacrificio absoluto y del perdón completo!

Ese misterio de conquista por el sacrificio; que constituye el secreto de todas las religiones, la vida lo prosigue en todas las formas de su actividad y el arte se encarga de mostrarnos esa misma labor en reducción, para que podamos apreciar, en un tipo determinado, la obra de la colectividad.

El arte es esencialmente cristizador.

Mme. de Myères, al morir, revive su vida entera, el cerebro le presenta con vertiginosa rapidez, imágenes y recuerdos.

Entre ese rápido desfilarse de sus recuerdos, se pregunta ¿cuál sería el momento que quisiera revivir en el más allá, con exclusión de todos los otros? Y piensa en la tarde del día de sus bodas, cuando llegó al castillo de su marido en Chavigny, y en ese primer abrazo que

le dió la sensación de la plenitud sujeriéndole la idea del sér completo.

Esas atracciones misteriosas é irresistibles ¿no serán acaso el trabajo de selección con que la naturaleza aproxima los elementos que van á constituir el ser integral? Ese ensueño de las almas gemelas, esa lucha porfiada con un ideal que nos traiciona siempre ¿no constituirán la promesa del porvenir? Los deseos tenaces ¿no estarán destinados á realizar las posibilidades futuras?

En lo que el libro no alcanza á definir, abre deliciosas perspectivas de esperanza...

Mme. de Myères, á punto de morir, desea recibir el Viático. Hace años oyó un sermón á un fraile dominico, entonces desconocido, (Padre Didón) en que explicaba el misterio eucarístico de una manera más científica que teológica.

La comunión es una ley de la naturaleza, comulgamos en la amistad, en el amor, en la luz; ¿por qué no comulgaríamos también con el principio de vida, que es Dios?

Y cuando el alma llega á sentir el ánsia del infinito, esa sed espiritual que nada de humano puede saciar ¿no será acaso el momento en que

la comunión divina se efectúa, la verdadera, la perfecta comunión, esa para la cual todas las otras comuniones de nuestra vida no han sido más que la preparación?

Las comuniones sacramentales ¿no tendrán por único objeto avivar la divina chispa oculta y consumir con su fuego sacro todo el combustible material?

El libro de Pierre de Coulevain es un himno entonado á la esperanza, á la justicia trascendental, al resurgimiento supremo de todo cuanto somos, amamos y deseamos!

Es la trasposición completa de nuestro sér en el infinito! Ante el desconsuelo de nuestra alma moderna ofrece la mágica visión de esperanzas de humanidad engrandecida, y esas esperanzas nos sonríen tan íntimamente como nos eran extrañas las luminosas visiones místicas de la Edad Media, que carecían de conexión evolutiva con nosotros.

El ardor sobrehumano de los santos que los pintores primitivos nos muestran perdidos en el éxtasis supremo, correspondía á un adelantamiento en la raza que estamos aun muy lejos de alcanzar. Entre ellos y nosotros faltan muchos eslabones en la cadena del progreso.

El Paraíso Medioeval que pintó Fra Angélico en la apoteosis de sus coronaciones, nunca pudo alucinarnos.

El cielo de nuestros ensueños actuales está hecho de encuentros y de continuaciones.

Los libros que enfocan la idea religiosa humanizada, por decirlo así, encuadrada hasta donde se puede en la razón, arrancando su origen de la naturaleza misma de las cosas, serán los únicos capaces de hablar al alma moderna, los únicos que la impulsen á utilizar sus fuerzas y á perfeccionarse!

No dudo tampoco que al correr del tiempo, los Paraísos de Fra Angelico tendrán su cabida y serán probablemente groseros para las posibilidades últimas del desarrollo espiritual... pero, entre tanto, Pierre de Coulevain viene á dar una nota que faltaba en la orquesta espiritualista de la literatura moderna, nota que corresponde á ciertas almas que se encuentran en el fatal período de transición, no perteneciendo á ninguno de los credos catalogados, porque comienzan á percibir la plena luz que funde todas las barreras en una sola verdad!

Pierre de Coulevain pudo dedicar su libro, como Pierre Loti, á sus hermanos desconoci-

dos, en la seguridad de que constituían falange y de que llevaba un aliento á tantas almas que luchan solas entre las estrecheces aparentes de sus dogmas y la luz naciente que todo lo invade!

Sur la Branche lleva una sanción de armonía á todos los espíritus de buena voluntad, á quienes los ángeles de la noche divina prometieron la Paz de aquí abajo!

12 de Agosto de 1908.





LA CHACRA OTOÑAL

(A mi amiga A. E. de S.)

Creía encontrarme en una villa d'Annunziana,
á mitad de un otoño romano!

Tal fué la impresión de belleza clásica y refinada que me produjo aquel delicioso sitio que llamamos simplemente *La Chacra*, como decían nuestras abuelas entre dos bostezos, envueltas en el chal de cachemira, junto al *La sero* de cobre.

Las tonalidades murientes del otoño en la infinita riqueza de sus oros, de sus mordorées y de sus mohos, daban en ese día á la chacra una opulencia maravillosa de coloraciones...

La casa blanca, muy alba, bañada de sol y festonada de enredaderas, sonríe con una sonrisa italiana, en medio de sus macizos de verdura y de un ambiente lánguido de perfumes...

Los grandes árboles añosos se abren para mostrar la cordillera en mágica visión lejana... Otras veces el tupido bosque cobija una estatua antigua, cuya blancura se destaca con nobleza serena en la densidad del follaje.

La naturaleza y el arte se combinan en refinado consorcio. Una fuente pompeyana con su columnata y sus magníficos reflejos de luz, decora el rincón del parque donde se levanta el estudio del pintor.

En otro extremo de la chacra, junto   los muros ruinosos que tapizan las yerbas y esmalta el musgo, aparece alguna vetusta imagen de la Virgen, en su nicho, bajo el alero tradicional y el respectivo farol, con que en las antiguas ciudades medioevales, se conservaba la traición de algún piadoso recuerdo.

Hacia el centro del parque la blanca verja y las glorietas de una cancha de t nnis, hacen pensar en las costumbres deportivas de los castillos señoriales de Inglaterra.

Desde la baranda interior de la casa, por el

lado norte, se descubre una perspectiva soñada. Al pié de los peldaños del corredor, una fuente de mármol murmura sus notas cristalinadas que, en el silencio campestre, vibran como una cascada de perlas en un cofre de oro.

El parrón huye hacia el lago, en senda dorada, sobre su reluciente tapiz de hojas moribundas.

Los rayos de sol hacen fantásticos juegos de luces y colores en las hojas amarillas, que en la prolongación de los arcos de fierro que sostienen la vid, forman una portada edénica al confín del lago y á las manchas sombrías de vejetación que se bosquejan en lontananza... El último arco del parrón enfoca como una visión inaccesible de gracia y de poesía, el agua y los bosquecillos.

Cada aspecto, cada degradación de luz, combina un nuevo poema de colores que canta, en expresiones diversas, la melancolía de la vida que se va...

Es la primera vez que vengo á la Chacra cuando el mes de Mayo prorrumpe en la sinfonía de sus más espléndidos matices otoñales.

Tanto en las oposiciones vigorosas de sus

tonalidades ardientes como en los desmayos lánguidos de sus palideces, proclama la armonía de un conjunto único...

El parrón se encamina al lago en un dorado veneciano, un dorado tizianesco, mientras que los árboles del fondo de la ribera opuesta, tienen el verdor intenso de las hojas inmortales.

En los grupos de plantas diseminadas en torno se encuentran todos los matices de las diversas gamas, cobres relucientes, mordorées violáceos, rojos sanguíneos, mohos viejos, castaños múltiples.

Las criptomeras tristes y majestuosas, como árboles sepulcrales, mueren en tonalidades cálidas, como si una sabia más fuerte las defendiese de esa última palidez precursora del fin...

Jamás había tenido una revelación más completa de la exhuberancia de los colores otoñales que, con ser riquísimos, encuentran como aliados para destacarse en toda su intensidad, la transparencia de un cielo napolitano y la visión encantada de las grandes cordilleras nevadas precozmente á mitad de la estación.

La Chacra es celosa de su belleza; no abre los brazos de sus añosos árboles sino para

mostrar lejanías hermosas, flechas de campanarios esbeltos y se encierra herméticamente en el espesor de su follaje, cuando algo puede recordarnos la importuna vecindad del arrabal santiaguino.

Se esconde como un nido cobijante de todo lo que pudiera traer la memoria de la fealdad envilecida y de la ordinariez allí tan próximas...

Si alguna vez muestra un muro, lo reviste con la patente de una noble antigüedad y lo presenta, limitando la pradera vecina, en toda su ingénua pureza campestre.

A orillas del lago, las estatuas de Hermés, los clásicos bancos de mármol en hemicírculo, dan la impresión de una villa principesca y protegen los ocios y los ensueños de los que venimos á buscar un poco de olvido, ó á hacer un paréntesis á las materialidades insípidas.

De los árboles que rodean el lago, algunos guardan todo su verdor, otros se han dorado y muchos palidecen.

Unos pocos, sin embargo, conservan todavía sus hojas en una tenuidad casi espiritual; parecen una alucinación que el primer soplo va á desvanecer.

Ese fugaz instante de la naturaleza en que las hojas van á caer, me hace pensar en esas almas que se desprenden ya de la vida y que se marchan á otras regiones más altas.

Nos dejarán un recuerdo de belleza delicada y desaparecerán...

Quedamos con mi amiga sentadas sobre el banco de mármol, discurriendo sobre esa brillante y melancólica belleza otoñal que guarda, sin duda, íntima semejanza con el declinar de nuestra vidas humanas...

Esa suprema viveza, ese postrer resplandecimiento que todo toma al morir ¿no será la irradiación soberana de la vida que se transforma, así como en nuestro corazón la felicidad llega á su plenitud cuando se va á convertir en recuerdo?

¡Qué íntima analogía liga la vida de la naturaleza con la de nuestras almas!

Esa lucha que constituye el vivir y que es la forma de un dolor perpetuamente continuado, produce la belleza de nuestras mejores emociones, así como en los árboles ese desenvolvimiento de la vida engendra la riqueza de las tonalidades, cuyas oposiciones se combinan tan armoniosamente al morir...

Nuestra vida interior matiza de sentimientos nuestro espíritu, como la vida vegetal colora intensamente la agonía del follaje...

Sin el dolor, que es la sábia oculta de que se nutre todo lo que es noble y hermoso, faltaría esa florecencia que marca el período de un desenvolvimiento cualquiera.

La juventud que no ha sufrido, la primavera que es sólo un anuncio de vida, carecen de expresión ó exhiben la monotonía de un verdor siempre igual, que no puede producirnos esta emoción de riqueza serena, de desmayo lánguido y voluptuoso, que da el otoño de la vida y del año.

La primavera es la aspiración á vivir, el otoño es la satisfacción de la vida cumplida y sin duda es más hermosa la posesión que el deseo!

Hay un sentimiento de plenitud en la cosa vivida que no alcanzarán nunca á darnos el ansia, la ilusión ó el ensueño, por esplendidos que sean.

Es la tarde. El aire es puro y suave, intenso el azul del cielo, mágicas las montañas nevadas que se muestran por encima de los árboles, espléndidas las coloraciones que se exhi-

ben en la gama completa, degradándose desde los tonos más intensos y fuertes, hasta los más suaves, diáfanos y quiméricos...

Mi compañera y yo creemos encontrarnos en una de las clásicas villas romanas, sin que nada venga á desmentir la ilusión.

Ella misma, con sus lejanos ojos *en quête d'infini* y las líneas puras de su rostro sobre un óvalo de cera, me recuerda la expresión de ciertas fisonomías borrosas, entrevistas vagamente á la claridad de la luz vacilante de las lamparillas de las catacumbas! Hay en esta creatura el espíritu cristiano de pureza y de ardor que hizo los mártires de los primeros siglos.

Su compañía contribuye á hacerme sensible la placidez moribunda de esta tarde otoñal tan suave y tan rica!

Pensamos entonces que no es triste envejecer, por cuanto la vida ha acrecentado el tesoro interior.

No está la felicidad en las halagüeñas esperanzas que se nos brindan, sino en los nuevos horizontes que se abren ó en las comunicaciones que se establecen entre nosotros y el universo!

La juventud y el amor, con su séquito de encantos, tienen menos potencia vivificante que la vida estinguida con su cortejo de recuerdos dolorosos, de desilusiones ó de dichas perdidas...

La felicidad está en razón directa con la riqueza y con la intensidad de nuestra vida íntima.

No se acrecienta con los bienes exteriores sino con las fuerzas interiores que el dolor ó el placer desarrollan en nosotros...

No hay ventura personal, por completa que sea, que equivalga á esa comunión profunda entre nuestra alma y la vida!

Lo que nos limita, nos hace menos felices que lo que nos da expansión.—Si por expansión se entiende la entrada en las diversas esferas de la existencia, que la personalidad egoísta cierra...

La belleza otoñal nos ha dado una lección que nos reconcilia con la decadencia fatal de las cosas...

Es una faz necesaria de la evolución... hay que morir para renacer, hasta que salgamos de lo efímero y alcancemos la esencia inmortal de la vida...

Sin duda que el más triste de los otoños, tiene en sí más vitalidad ardiente, más sabia, más calor que la más exuberante y la más lozana de las primaveras... por lo tanto, cualquier declinar de vida, aun de aquellas más penosas y más vacías, será más rica, más nutrida, más luminosa que la más risueña juventud!

De súbito, la radiación inmóvil de la tarde se agita por una leve brisa de aire que despoja, en lluvia dorada, las últimas ramas de los árboles que nos cobijan...

El torbellino ondea, se mece dulcemente en el aire y cae en la tersa superficie del lago...

Al describir las hojas en el aire las graciosas curvas que las arrastran al abismo, el sol las traspasa de oro y les comunica cierta vida fantástica.

Quedan flotando, como ilusiones, sobre la superficie helada un breve instante, hasta que otra y otra ráfaga de viento, desprenden sucesivamente lluvias de lágrimas de oro con que el otoño parece llorar la soberana melancolía del fin, al sepultarse en las aguas, muertas.

Hay en esa caída de las hojas, en ese silen-

cioso y lánguido ondear, una impresión de tan dulce sometimiento al destino inexorable.

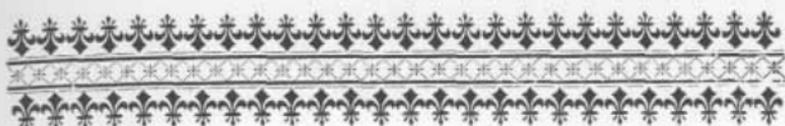
Y en todo ese ambiente balsámico y reposante hay una inmensa sensación de paz!

La paz de la lucha concluída y de la vida alcanzada en su esencia verdadera...

Siento por primera vez la belleza oculta en la sumisión á la ley evolutiva, que debe, sin duda, asociarnos á la armonía de un plan superior...

Esa misma dulzura otoñal, de la vejetación muriente, nos invade á nosotros, nos penetra, y nos hace reconocer que la más bella esperanza no vale un recuerdo, y que la vida por venir nunca tendrá la riqueza segura, la paz inalterable y la luz refulgente, de la vida ya vivida en los altos ó en los tenebrosos rincones de nuestro sér!





CASA GRANDE

(La última novela de don Luis Orrego Luco)

A los que nos hemos acostumbrado á soñar en francés por haber recibido todas las emociones de arte vertidas en esta lengua, falseando quizás nuestra naturaleza, si es que nuestra verdadera naturaleza no se ha falseado antes en la hostilidad del medio, nos ha causado un placer inusitado el libro del señor Orrego Luco, *Casa Grande*.

Asistir á las escenas de nuestra propia vida, dentro de los aspectos familiares, en un mundo de conocidos que nos sonríen como antiguos amigos, es un goce vivísimo que nos

vuelve á no sé qué dulce ingenuidad de sensaciones primitivas! Ya estamos cansados de la complejidad enfermiza y degenerada de los nobles del Faubourg, hastiados de mujeres neuróticas y refinadas, y salimos del adulterio en que giran como sobre un eje las páginas de Paul Bourget, para respirar la atmósfera sana de las buenas señoras que rezan el rosario y de los caballeros graves que dan consejos sensudos.

Cambiar á Raymond Casal, el vividor elegante, á Mme. Moraines, frívola y sensual, al barón Desforges, que representa toda la carcoma moral de una raza corrompida hasta el fondo, por seres sanos, ingenuos y limitados como don Leonidas, Leopoldo Ruiz y Gabriela, equivale á salir de la ciudad afebrada y tempestuosa para ir á gozar del aire puro de la montaña con aroma de pasto tierno y de yerbas silvestres.

La lectura de *Casa Grande* nos vuelve á las emociones que nutrieron nuestra infancia y desarrollaron nuestra sensibilidad. Al voltear de sus páginas brotan de los pliegues ya oscuros y polvorientos de nuestros recuerdos más remotos, chispas de vida de esas que enjendró

la virginidad emotiva de los primeros años, y que los grandes acontecimientos de más tarde serán incapaces de renovar.

La novela se desarrolla en cuadros que enfocan los diversos aspectos de nuestra vida social. Dentro de esos cuadros llenos de intenso colorido local vemos actuar á los personajes que forman la trama del romance.

Se inicia el libro con la *Noche Buena*, presentada en sus tonos de realismo popular y de originalidad sencilla. Vemos aparecer ahí por primera vez á los protagonistas del drama. Ya no pertenecen á los tipos genuinamente chilenos de la generación precedente, en que la buena señora se entregaba al manejo de su casa al cuidado de sus hijos y al respeto ciego de la religión, mientras que el marido, en la plena suficiencia de un señor antiguo, atesoraba dinero en sus haciendas, pronunciaba sentencias hondas como oráculos y reía pocas veces... Sobre aquellas almas íntegras que creían en Dios sin modernismos científicos, que inculcaban á sus hijos la rigidez moral, no había pasado la ráfaga de complejidades psíquicas y sentimentales que hoy agitan el alma contemporánea.

Los héroes de *Casa Grande*, Angel y Ga-

briela, no tienen la integridad de caracter que la raza poseía antes de la parodia de extranjerismo que nos invade.

Hemos querido imitar el barniz de civilizaciones más completas que la nuestra, careciendo del desarrollo interno, que ese refinamiento externo supone para ser legítimo.

La fiebre del lujo ha creado una situación artificial que perturba la vida por la lucha desesperada de competir con los de arriba.

Asistimos al despertar de un afecto entre los protagonistas y vamos con ellos al campo, ó sea, á la antigua residencia señorial ya muy descaracterizada por el ansia *d'aller dans le train de la mode*.

El señor Orrego pinta con mano segura y con abundancia de matices nuestra naturaleza feraz y nuestros hábitos. Vemos diseñarse las figuras de los campesinos hoscos, desconfiados y huraños, guardando la fiereza atávica del bosque y de la ruca.

Y nos encontramos al paso con amigos antiguos, tipos de admirable realidad humana. Hemos pasado con ellos toda nuestra vida, y al verles dar en el libro su primer paso, *un tranquito corto*, ya se nos presentan de cuerpo

entero con sorprendente fuerza de evocación! Son personas que hemos querido y, cuyos pequeños defectos, contrapeso á veces de grandes cualidades, nós han hecho sonreír.

Hay, sin embargo, una parte oscura y dolorosa en el caracter de esos personajes que no habíamos percibido en la hondura á que lo ha visto el señor Orrego, y es esa lucha sorda que el ansia de vivir en el gran mundo enjendra en ellos, así como las pequeñas depresiones de dignidad que supone el sér parásito de *Casa Grande*.

El senador Peñalver es un maravilloso tipo de vividor que encarna en sí mismo toda una filosofía humana.

La conversación entre Peñalver y Heredia, aquella noche en el campo, esculpe admirablemente los caracteres de ambos personajes.

No comprendo muy bien el tipo de Angel Heredia, pero confío en que eso no ha de imputarse á falsedad del caracter del personaje, sino á la dificultad que tengo de entrar en almas que no vibran al mismo diapasón que la mía.

En cambio, dentro de la sensibilidad de Gabriela, creemos encontrar á la muchacha que

en un tiempo ya lejano, soñaba en nosotras, de esa muchacha sencilla y pura como un lirio místico que tenía de la vida el más erróneo é idealista de los conceptos.

¡Cómo comprendemos á Gabriela las que una vez fuimos muchachas de esa generación un tanto romántica que, guardando los puritanismos y los sentimientos dogmáticos de la precedente, aun imbuída de la rigidez colonial, se caracterizaba ya, sin embargo, por un despertar de independencia sentimental!

La joven de entonces pretendía casarse por amor, mientras las madres y las abuelas aceptaron, así no más, el novio impuesto por la familia.

Se refería al respecto la anécdota de cierta conocida señora que fué bajada por fuerza del naranjo del patio de la casa á donde se había trepado, para casarla con un millonario que le dió dos docenas de hijos, muchos blasones y un trato despótico de gran señor feudal.

En Gabriela se ha juntado el romanticismo de las muchachas de hace veinte años, que leían Jocelyn de Lamartine á escondidas, con el positivismo parisiense de las recién casadas de hoy, que viven superficialmente, tomándolo

todo sin consecuencias enojosas, para las cuales se necesita más corazón y más pasión de lo que ellas tienen.

Al fin, cada uno saca el boleto que le toca en la lotería, que no es otra cosa el temperamento ó las facultades de que nos provee la vida.

Cuando se habla del pasado se pondera la rigidez de las costumbres antiguas y se murmuran á *sotto voce* los escándalos que ese mismo sistema social enjendró; pero, en realidad, ese modo de sér no era tan malo, puesto que entonces sólo pecaban las mujeres que tenían cierto derecho á vivir sus afinidades, mientras que ahora se ha abierto la puerta incondicionalmente á todas, lo que es muy triste, porque ya no merecemos la excusa evangélica...

Gabriela fué atrofiada por carencia de una educación sólida que desarrollase sus fuerzas, y acabó de falsearla la frivolidad del medio.

Así, desarmadas las mujeres, sin ideales que las protejan de las realidades vulgares, y sin afectos verdaderos que las retengan en los lindes del deber, caen en la lucha de la vida, casi siempre tan ingrata, y lo menos que pierden

es la realización, de la felicidad que habían soñado.

Gabriela representa en la novela á esa mujer de hace algunos años que unía á la delicadeza y á la abnegación del corazón de nuestras madres, un sentimiento de individualidad más fuerte, marcado por un despertar de independencia en la voluntad, ya que no en las ideas.

Ella se abandona al exclusivismo del amor legítimo con toda la integridad de un alma perfectamente honrada. El marido, en cambio, es el juguete de sus pasiones, lo que junto á su enfermiza sensibilidad lo hace agotar todas las emociones para correr desolado en pos de otras...

Pronto cayó entre ambos ese silencio tenaz que crea las peores desinteligencias conyugales. Ella, dentro de ese instinto pudoroso de la incomprensión presentida, se repliega, dentro de sí misma, y trata de aturdirse en la frivolidad, para ahogar el vacío que la primera desilusión crea en su alma. Y ya en este estado de espíritu le toca cerciorarse en medio del bullicio de un *five o'clock* admirablemente descrito, de la prueba de la infidelidad de su ma-

rido que la traiciona en las condiciones más ultrajantes.

En ese capítulo, el último del primer tomo, hay pinceladas soberbias de ironía humana, al estilo de Daudet.

Asistimos á una recepción dentro de ese barniz de buen tono que tan fielmentè se ha copiado de otras partes, y tras ese risueño miraje de mundanidades alegres, una pobre mujer agoniza de dolor al oír una conversación que la hiere en el fondo del alma.

Tiene que recoger la careta que se le ha caído del rostro, para seguir representando el papel de la mujer feliz y envidiada. Y cuando instantes después en la dulce intimidad del coche reclina su cabeza en el pecho de su hermana, esa inconsciente Magda que no alcanza á medir, ni menos á compartir el desgarramiento de su propio corazón, ¡cómo sentimos la oculta tragedia que con cara alegre paseamos por entre los indiferentes que nos envidian!

¡Qué de veces, en medio de los halagos del mundo, vamos encerrados en la carcel de nuestro corazón por un sentimiento desgraciado, carcel mil veces más lóbrega que las inventadas por los hombres para sancionar sus leyes!

Esa desesperación de la mujer que ya no es amada, está muy bien comprendida por el señor Orrego, comprendida á una profundidad en donde no toman generalmente los novelistas á las almas femeninas.

Gabriela vuelve á casa de su madre y Angel se va á Europa.

Se nos presentan diversos géneros de emociones. Una travesía con sus incidentes y sus cuadros de mar, con sus personajes y sus aventuras.

El capítulo de Granada contiene una maravillosa descripción de la Alhambra con toques de mano maestra.

Angel se encuentra allí en ese cuadro de lánguida voluptuosidad con una joven americana, de quien se ha enamorado en la travesía.

Este nuevo amor se filtró en su corazón con el pasaporte de reminiscencia cariñosa, por el parecido de esta joven con Gabriela, parecido aventajado por los años escasos, por la riqueza de un temperamento pasional más poderoso y más matizado, como fruto que es de una civilización más completa.

¿Tiene el corazón esas sorpresas? No lo sé; pero siempre he creído que la brecha por donde

entran los afectos sorprendidos, es la de nuestros ideales irrealizables ó la de nuestros vacíos íntimos y, por lo tanto, creo que siempre llegamos á amar indebidamente lo que más dista de lo que poseemos ó de lo que hemos vivido.

Este rasgo del personaje me parece poco humano, á menos que sea verdad aquella teoría de que el amor más profundo de la vida es el que sentimos por la creatura que se acerca más al tipo íntimo que nuestros ensueños han creado, y que es uno sólo para cada alma!

Además, yo empecé por decir que no comprendía bien á Heredia, ni la índole de su misticismo, que más me parece un fanatismo obscuro y atávico.

Angel vuelve á Chile trayendo el ardor de una pasión terrible por una mujer soltera, que ignora que es casado.

A su vuelta, el sacerdote amigo de la familia, ese eterno clérigo que interviene siempre en las intimidades santiaguinas, arregla su regreso al hogar y lo precipita en brazos de Gabriela, que lo ha perdonado.

Se imaginan algunos que todo se arregla con exterioridades y nudos legales, como si no

fuera falso todo lo que no resulta de nuestro estado íntimo.

Angel se acerca á su mujer por mediación de un sacerdote, llevando el fermento de la pasión que lo domina y que hará cada vez más hondas las diferencias morales que los separan.

El clérigo Correa, un mundano con traje de eclesiástico, se siente orgulloso de haber soldado un matrimonio del gran mundo.

Ese acatamiento incondicional al clero que profesa gran parte de la sociedad chilena, me ha hecho meditar más de una vez, en las palabras de don Diego Portales, que decía: «Se puede impunemente negar á Dios en Chile con tal de creer en los clérigos».

Angel, instigado por su amor, va sintiendo la sujestión del crimen, que se insinúa lentamente en él con sublevaciones al principio y con aceptaciones inconscientes después.

Ese proceso de la idea criminal abriéndose camino en un hombre honrado, es de honda psicología y de acabada finura de matices.

Se siente ese poder abrumador de las malas influencias que nos van dominando, en la complicidad funesta de una pasión que reclama sus

derechos, que habla en nuestro corazón, en nuestro cerebro, en nuestra carne y en nuestra sangre.

Hay pasiones que, casi me atrevería á decir, que tienen derecho de vida, si no conociera el contrapeso que ofrecen las grandes fuerzas del alma, que desgraciadamente no todos conocen.

El propósito del crimen vive ya en Angel, con un poder monstruoso de energías ocultas... El lo sabe y no lo sabe; en los repliegues recónditos de su conciencia el hecho está moralmente consumado y no falta más que la leve circunstancia aliada del destino para efectuarse.

Un anónimo, la sospecha infundada de un amor de Gabriela, justifican en un instante aquella idea concebida en la sombra de una región que no es quizás la de nuestra conciencia humana, sino el efecto obscuro de causas anteriores.

A la vuelta de una fiesta, el marido, en vez de aplicarle á su esposa la habitual inyección de morfina, le inyecta un tóxico que le quita la vida.

Ella lo comprendió, y en su grande alma de

mujer alcanzó á decir algunas palabras que salvaban la responsabilidad del culpable.

La manera cómo el señor Orrego presenta la gestación del crimen, me hace recordar la magnífica frase de Marcel Prevost, en el suicidio de uno de sus protagonistas: *Exterieurement libre et mysterieusement contraint.*

¿A merced de qué extraños precedentes realizamos nuestra vida? ¿Qué obscuras fatalidades nos envuelven? Todo eso se desprende en forma muy delicada de la manera cómo el autor impele á su personaje al crimen.

En resumen, *Casa Grande* es una magnífica novela que nos presenta la vida real en seres animados, en cuadros encantadores, ya sea de naturaleza ó de interior.

Sólo lamento que el señor Orrego haya tomado como tipo de su libro, no ya la *Casa Grande*, señorial, apergaminada, rígida de costumbres y de ideas, que es el más genuino trasunto de la verdadera cepa santiaguina, para complacerse en pintarnos la *Casa Grande* de una sociedad advenediza, de costumbres abigarradas, que han hecho desaparecer las viejas tradiciones, sin implantar más que el vulgar remedo de europeísmos inadecuados.

Me habría gustado que *Casa Grande* fuese la casa que conserva el patio de piedra, la reja sin mampara, la campanilla que repiquetea media hora después que hemos retirado la mano del cordón, á cuyo llamado extrepitoso acude Ña Mariquita, envuelta en el rebozo, sorda como tapia, con cara de catástrofe.

En aquellas casas tan grandes, que no viven ya familias sino tribus, las leyes humanas se están cumpliendo en uno ú otro de sus moradores, y así sucede que no falta nunca un enfermo grave, un arruinado ó un recién nacido.

El diálogo se desarrolla así:

—¿Cómo está misiá Carmelita?

—La patrona *alentáa*, pero con las piernas muy *hinchás*, le dice misa aquí en el oratorio el padre Justino, porque le hace mal el frío de la Catedral.

—¿Y la Luisita?

—Salió con bien anoche, etc.

Esa casa existe, no ya al volver de cada esquina, como hace treinta años, pero sí, en muchos conservatorios coloniales que todos conocemos por íntima vinculación.

Esa *Casa Grande* es chilena de buena ley, todo se hace bajo la dirección sacerdotal, las

listas de invitados á bailes se toman sobre los registros del partido conservador o quizas de los jóvenes congregantes de San Luis, todo se atribuye á la divina voluntad, se adornan los balcones para la procesión del Carmen, se piensa poco, se lee menos y se reza mucho; pero esas casas poseen más que la de don Leonidas, con sus elegancias modernas y sus refinamientos artísticos, el verdadero sabor de la tierra.

Con ese tipo, la novela del señor Orrego habría sido menos nueva, pero habría tenido más gusto á dulce de membrillo, lo que equivale á decir que habría sido más lugareña.

No se pueden fundar cargos en esta materia, ya que cada autor tiene sus particulares simpatías.

El señor Orrego Luco se ha sentido bien en los salones Luis XV, que desterraron los muebles de medallones, mientras yo me he quedado con la costumbre de tomar mate en el último patio con las sirvientes de razón, que cuentan historias de ánimas y que lloran la muerte de los patrones viejos.

Otro cargo. El señor Orrego Luco ha pintado un mundo de felices, con seres cuya for-

tuna ó cuyos antecedentes ponen en situación ventajosa para realizar un destino—destino á que ellos no corresponden—arrastrados por la vorágine de la vida cómoda y fácil.

Asistimos á esa decadencia de la aristocracia, que después de haber poseído la fortuna y de haber hecho la ley social, va disminuyendo sus influencias por la división de la misma fortuna que caracteres más débiles, ó condiciones de vida más difíciles, incapacitan, no sólo para rehacer, sino para conservar!

¿Por qué el señor Orrego Luco no pintó, asimismo, uno de esos tipos, y hay tantos que se han levantado de las últimas capas sociales, que han luchado con valor y que se han colocado ventajosamente sobre los que tenían, no ya una situación que adquirir, sino tan sólo que conservar?

Su libro necesitaba ese contraste de claro-oscuro, primero para ser fiel con la vida que describe y que presenta esos contrastes á cada paso, como un ejemplo de lo que pueden las energías latentes contra los gérmenes de disolución que fermentan en el seno de toda sociedad.

Y, además, el efecto artístico de su libro

requería ese contraste de luz y de sombra que viene siempre á constituir la armonía moral, que es, al mismo tiempo, la armonía de la verdad.

La sombra en que se mueven los personajes de *Casa Grande* debió servir para destacar la luz en que otros suben por la misma pendiente en que ellos se hunden en el abismo.

Es muy lamentable que el señor Orrego Luco, que observa tan bien y que ve tan claro, no haya estendido su mirada más allá de los salones, en que unas cuantas mujeres se divierten y muchos hombres se anulan, para contemplar á tantos otros que se sacrifican, que luchan y que vencerán, ya que á todo esfuerzo corresponde su recompensa!

Yo reclamo aquí por todos esos bellísimos tipos de esfuerzo y de grandeza moral, olvidados en las páginas de *Casa Grande*, por todos esos idealistas porfiados, que en el patronato, en la escuela, en los negocios ó en las artes, contribuyen al adelanto de la raza y á su propio desenvolvimiento moral.

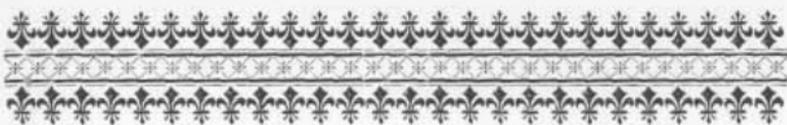
Ellos habrían ido á poner en la nébula de *Casa Grande* su rayo luminoso de esperanza en la vida que brota de todas las esferas so-

ciales, sin distinción de castas ni de condiciones.

Los elegantes héroes de la novela no habrían perdido nada codeándose con estos humildes advenedizos y, en cambio, el libro habría ganado inmensamente como verdad y como belleza artística.

Pero nada de esto obsta para que el señor Orrego Luco, que es un escritor tan elegante como distinguido, un escritor de raza, haya hecho un gran libro.





LA EXPOSICIÓN DE LOS ARTISTAS FRANCESES

(A mi amigo A. M. S.)

He nacido un cuarto de hora atrasada, y á pesar de que vivo corriendo, aun no puedo atrapar esos quince minutos que van siempre delante de mí...

Esto hace que llegue tarde á todas partes y que fuese al palacio Urmeneta la víspera de la clausura.

A través de la nube de mis ojos miopes y de la premura del tiempo, veo á medias y recibo impresiones confusas.

Sírvame esto de excusa á la brevedad de los apuntes y á los olvidos, que por lo que toca á los errores, bastará confesar que en materia de pinturas no sé lo que se llama bueno, ni lo que se llama malo, y que acuso recibo de impresiones personales sin más mérito que el de la sinceridad.

Tomando el orden de la colocación de los cuadros, empiezo por el señor Alegría, que queda á la derecha de la entrada.

Presenta trabajos exquisitamente finos. Descubro un paisaje pequeño de proporción, pero inmenso en sus perspectivas de poesía dulce y evocadora, con lejanía vaporosa que, á través de árboles y de hondonadas, se extiende hacia allá... Hay montañas, hay quebradas, hay vegetación, pero nada cautiva en particular sino por su conjunto de naturaleza interpretada en esos misterios que se insinúan en hondas lontananzas...

Entre la naturaleza y su reproducción fiel se ha interpuesto la visión de un alma que nos sumerje en el secreto de las selvas, en el encanto de la soledad...

Otro cuadrito pequeño, en que agrupa unos cuantos objetos, parece dejar impreso el sello

de un pincel muy velado y muy sobrio de expresión.

Don Pedro Lira aparece en todos sus géneros, que son tantos, en todas sus épocas, que son tan varias.

Un estudio de mujer, *Charmeuse*, muy gracioso, me seduce á primera vista, pero me retiene después todo el tiempo el retrato del señor I. H., tan hidalgamente buen mozo.

El hombre original, fino, libre de prejuicios, que ha nacido arrollando las convenciones y burlando las trabas sociales, se nos presenta en el cuadro con todo su *élan* de persona á quien nada ni nadie detendrá en su camino, seguro de sí mismo.

Sus pupilas azules, maliciosas, parecen lanzar al código mundano un audaz reto: *je m'en fiche*, mientras avanza impávido, calado el chambergó, con rubenesca y arrogante soltura.

El modelo es tan bueno, que no se puede juzgar en un retrato semejante al artista que lo ha hecho, porque parece que el original lo ha dado todo, sin dejar más que el cuidado de la copia exacta.

El retrato del señor H. nos da esa personalidad tan simpática que se ha creado derechos

que acallan todas las protestas: *Cosas de don Isidoro*.

Lamento mucho que no aparezca en esta colección el retrato del señor J. A. B., en donde se pueden apreciar las dotes del señor Lira.

La crispación dolorida de la mano derecha de ese retrato y la expresión de los ojos, cuyo primer plan es suave, casi tierno, con un fondo de acero frío, son un triunfo del arte que logra cojer á los modelos en lo que tienen de más esencial.

El señor Valenzuela Llanos presenta varios trabajos muy bien compuestos, muy hermosos, de las pintorescas inmediaciones de París, y por ahí asoman, ó más bien se esconden en vaga penumbra de ensueño, los cuadros del señor Rafael Valdés, el pintor místico, que alumbra sus telas con una luz diversa de la que ilumina nuestro día terrenal.

Bajo un puente del Sena, cuyo arco pesado y fuerte se diseña con violenta brusquedad, aparece en lejana y quimérica visión *Notre Dame* de París... imprecisa, alucinante...

Parece un templo legendario, un templo pre-

histórico, visto bajo el prestigio de una ilusión mágica.

Aquel arco macizo de piedra que enfoca la visión, contrasta en su fuerza con la silueta casi aérea, del templo perdido en la distancia.

Es un contraste que simboliza la crudeza de la realidad y la lejanía del ideal, dentro de una misma concepción.

Malo será el dibujo; puede ser! Pero eso mismo atenúa los contornos, desnaturaliza los aspectos y da una sutileza delicada al conjunto.

Hay mucho color en sus cuadros y, sin embargo, todo aparece visto á través de un tul.

Esa tenuidad brumosa que es su *manera personal de sentir*, nos presenta pintados los extraños conceptos con que el místico poeta belga, Maeterlinck, nos habla de una vida supra terrestre, en términos de honda y sugestiva vaguedad.

Los cuadros de este joven artista me traen al recuerdo, en raudales de armonías, las poéticas frases que dan forma á los inefables misterios de una vida más honda, como la luz de sus cuadros parecen marcar orientaciones más nuevas á las perspectivas del arte pictórico.

Entre la realidad natural y el ojo del artista

han pasado mundos de ideas espiritualistas, que han sutilizado el aspecto brusco de las cosas.

En esa imprecisión de líneas, en esa vaguedad voluntaria, en esa luz sobrenatural, hay un esfuerzo de progreso humano, que tiende á desprender la *divine parcelle* escondida en la materia, según dice Ernesto Hello.

Los cuadros de Rafael Valdés necesitan un momento de concentración para llegar á nuestra retina. Se esconden al análisis, pero se entregan al sentimiento.

Y viene en seguida la gran sala en que M. Richón Brunet ha agrupado sus cuadros, que él llama retratos, porque en cada paisaje se destaca una ó varias figuras.

Preside la sala, como diciendo: *A tout seigneur, tout honneur*, su gran cuadro *La entrada de los toreros á la plaza de Sevilla*.

¡Cuántas penas me habría ahorrado si hubiera tenido el cuadro á mi vista antes del viaje á España!

Fuí á los toros buscando la nota característica de una raza, y sufrí mucho, sin objeto, puesto que el único momento interesante de la fiesta es ese mismo que el distinguido artista

ha fijado en la tela con galanura incomparable.

Flamea en alto la bandera española, cual la nota de una sinfonía, difundiendo sus colores en la alegre turba que avanza alborozada, desbordante de vida bajo el altivo ondular del pabellón rojo y amarillo que sostiene el tono como la batuta lleva el compás de una orquesta.

El cielo es muy hermoso; no tiene esa calidez dura del país de Andalucía, se atenúa en nubecillas que dan al fondo del cuadro un tinte de gobelino viejo.

En la presentación de las figuras, en la armonía con que se agrupan, hay un corte de heroísmo caballeresco y antiguo, que me recuerda la entrada en escena de los inmortales, *cadets de Gascogne*.

Los toreros con su bandera enarbolada, con su garbo y su soltura parecen decir: «Somos el pasado, somos el recuerdo de la España heroica y guerrera que desprecia la vida y sostiene el honor».

Cuando logro que los toreros me suelten, y digo así, porque del cuadro se desprende una atmósfera que envuelve y que se apodera de

nosotros, pues, cuando me zafo de esos mozos tan guapos, recamados de oro y de esas chulas de ojos enredadores, me encuentro en medio de grandes retratos de damas hermosas, de niños y de niñas...

No conozco á nadie, excepción hecha de la señora Fabres, que se reclina allá lejos, cansada, en lánguido desmayo. Las demás me son desconocidas. No quiero tampoco que me las nombren, para conservar toda la libertad de mi emoción, pues, nunca falta en esta tierra un tío que no es, por cierto, el deseado tío *de América*, para vincularnos socialmente.

El primer cuadro en que caen mis ojos, es el de una señora á quien llamaré la *Dama Azul*.

Por su tonalidad dulce y armoniosa, en toda la gama del celeste, el cuadro me parece un viejo pastel descolorido.

La figura se destaca sobre una opulenta tela, de tonos desmayados, junto á una mesa dorada, bajo unos cuadros con marcos de oro mortecino.

El tono celeste del traje, de la tela que le sirve de fondo, de la pesada cortina de terciopelo

azul que se recoje para darle paso, dá una tonalidad suave y opulenta.

El modelo no ha querido dar al pintor ni un gesto, ni una actitud, ni un destello de vida; está allí, de cuerpo presente y de alma ausente, con un peinado tan exacto en sus proporciones, como un cálculo matemático.

Aquel peinado encuadra la fisonomía como un marco de azabache.

Nada de eso ha detenido al artista, y de *Nadie* ha hecho *Alguien*; lo que falta de personalidad lo ha suplido con la majestad de una presencia noble, con la elegancia del traje, con la riqueza de las joyas, con la suntuosidad del interior y con esa tonalidad tan armoniosa, que hacen de todo el cuadro un pastel desvanecido por el tiempo.

Enfrenta á ese retrato, otro retrato de muchacha que va de paseo por la orilla de un mar celeste, muy pálido, con cielo lijeramente violáceo, cuyas limpideces se combinan y se extinguen con rítmica cadencia...

La niña lleva un traje color marfil, un sombrero exquisito, confeccionado por pincel de artista y no por mano de costurera.

Marcha acompañada de su perro, con aire distinguido.

El cuadro es poético y es hermoso.

Hay un soplo de juventud en ese mar y en ese cielo, con tintes de aurora pálida.

Siguiendo por la derecha de la entrada, encuentro el retrato de una dama, que desciende de una regia escalinata.

Parece dama de gran casa, no de *Casa Grande*.

Desciende en medio de un parque, no al estilo moderno, de senderitos coquetos y esquivos, sino de un parque histórico, evocador de alegrías y de tristezas grandes.

La dama es altiva, es hermosa, se planta bien y revela un temperamento de época de gran lucha religiosa. Tiene ojos de inquisidora. No habría estado mal en la corte de Catalina de Médicis. Las golillas habrían aprisionado con ventaja la inflexibilidad de su cuello.

La *Dama del Parque*, que así la llamaré por falta de nombre, se apoya en su quitasol con toda la tranquilidad de la certidumbre, y parece decirnos: *He llegado y de aquí no me mueve nadie*.

Y los que pasamos junto á ella, inquietos

y atormentados, le respondemos: ¡Qué feliz es usted, señora, de haber llegado tan pronto, cuando á nosotros nos queda tanto que andar!... Usted bajaba y nosotros subimos...

Todo lo que rodea á esa señora tiene la solidez y el aspecto tradicional de los sitios que se quedan petrificados como un dogma.

El retrato es señorial, robusto y bien entonado.

Para reposarnos de esta imposición, casi tiránica, dos cachorros rubios, bien nutridos, y que no prometen ser ni Napoleón, ni Richelieu, retozan en un campo vecinal, montado el uno sobre un caballo negro, mientras el otro lo sostiene por la brida.

No se vé en el cuadro á la buena mamá chilena, pródiga é indulgente, preocupada de la alimentación, pero se le siente allí muy cerca, enamorada de sus vástagos, sin pedir á la vida más que la dicha de ser eternamente esclavizada por sus pequeñuelos.

A los chicos los ha envuelto el artista en una atmósfera de ternura blanda, á que parece dar forma la tonalidad dorada del campo que los circunda.

Más allá, dos muchachas en un jardín, sobre

fondo de naturaleza amable y cándida, dejan pasar el tiempo que todavía no les pesa, sentada la una sobre un banco y la otra apoyada en ei respaldo.

Los tipos de ambas niñas, el tinte de los cabellos, el color de los trajes, se oponen en contraste suave y ritman como un verso...

Este cuadro está tratado en el estilo de *panneau* decorativo y tiene cierta gracia ingenua en la composición de las figuras, como en la lejanía risueña y algo pueril que se estiende en torno de las niñas.

La mente de esas creaturas que se complacen viviendo, sin saber cómo ni por qué, no puede tener otro ambiente que el de esa campiña plácida, sin relieve, sin sombras, risueña y florida.

Allí, al lado, el retrato del señor S. nos muestra una personalidad tan definida y tan fuerte, como son embrionarias y débiles sus vecinas de hueco.

En el retrato que le ha hecho Mr. Richón Brunet, no encontramos el perfil de daga florentina que todos conocemos.

Tampoco nos muestra la máscara dantesca, por demás interesante y característica del ori-

ginal. Aquí se ha suprimido la dureza de los ángulos tomando al modelo de frente. Lo ha cogido el artista valientemente y lo ha plantado allí, sentenciándolo: *de aquí no te escaparás, el secreto ó la vida.*

Y el señor S., estrechado por el pincel que lo acosa, tuvo que traslucir una bondad de *arrière fond*, que no es moneda de circulación en su caracter cerrado y enérgico.

Como la supresión de los ángulos podría quitar fuerza á la fisonomía, el artista ha concentrado la voluntad en la boca, vigorizando aun más esa boca pequeña, fina, pero imperiosa, dura y seca como una frase rabelesca. Boca de hombre que ha amado poco y que ha mandado mucho.

A primera vista resulta un retrato desteñido, que poco á poco habla, se esplica y se hace absolver muchas asperezas superficiales por esa chispa de los ojos acerados en que centellea el alma esquiva y buena.

Llego al cuadro de la señora Fabres, última dama de la colección.

En un interior, muy elegante y moderno, ella se reclina desfallecida en un sofacito pequeño,

con una niña de pié á su lado y otro niño reclinado á sus plantas.

El grupo es muy lindo. Las figuras casi entrelazadas, permanecen, sin embargo, distantes. Los niños no absorven la preocupación de la madre.

La languidez de su actitud en el kimono de pasamanería y encaje que la cubre, dejándole los hombros caídos en indolencia melancólica, denotan cierto abatimiento triste que parece mantenerla lejos...

Su expresión muestra desencanto ó fatiga, pero yo no sabría precisarlo. No es la mujer que está allí en medio de sus hijos, satisfecha y tranquila. ¡Nó! hay una decepción que no lucha, que se abandona y sueña.

Ella dice que las realidades no valen los ideales... Quizas más que desconsuelo hay en ella cansancio enfermizo, neurastenia que roba las energías y descontenta de todo.

Al concluir la galería de los retratos, mientras los toreros y las chulas me invitan á vivir: —Olé! anda! entra en la vida que es buena,— esta mirada de mujer me retiene... ¡Cuidado! ¡qué es muy peligroso soñar!... Y yo agregaría, más peligroso aun es hacerse retratar por

un verdadero artista, que nos desentraña el alma, que nos roba el secreto, que nos viola el rinconcito solitario...

Ah! N6! Mr. Rich6n Brunet, no quiero que usted haga mi retrato, porque todavía no llevo al medio siglo, y un retrato suyo me haría perder muchos derechos bien adquiridos, divulgando secretos mejor guardados.





UN REMORDIMIENTO

(A mi amigo Omer Emeth)

El libro de Shade, *Un Remordimiento*, me ha hecho la misma impresión que hiciera en mi alma el cuadro de la Gioconda, visto en dos épocas diversas de mi vida.

Cuando tenía yo quince años; la sonrisa enigmática y burlona de Monna Lisa, me presentaba la vida como un sendero de rosas, aquellos labios levemente picarescos me invitaban á vivir no sé qué voluptuosidades tiernas y deliciosas; el misterio de las pupilas en su misma profundidad me parecía una promesa de infinito...

En aquella época, durante muchas tardes cayeron las sombras en la sala del Museo del Louvre, y yo permanecía ahí, clavada por la sugestión de una sonrisa joven y confiada...

Todo eso era el reflejo de mis quince años...

El colorido tan suavemente armónico del cuadro en que parece que los tonos se han fundido bajo la mano del tiempo—ese gran espiritualizador—da una impresión de vida más pura y más fina, que jamás hemos conocido.

Hay una placidez voluptuosa en aquella mujer que sonrío apenas y que parece contener el secreto de un ardor más casto en su misma intensidad, como si recobrásemos la pureza primitiva dentro de la exaltación de sentimientos muy hondos!

El conjunto de aquella obra maestra me producía en el aturdimiento de mi primera edad, cierto reposo extático.

Diez años después volví á colocarme ante la misma tela de la Gioconda, á la caída de una tarde cualquiera, creyendo encontrar la dulce emoción de mi primera juventud.

El cuadro me pareció obscurecido, un pliegue de melancolía se había dibujado en las comisuras de la boca, un desencanto se reflejaba

en las pupilas, y por vez primera reparé en el fondo desolado, sobre el cual se destaca la figura...

Ese fondo tempestuoso de tarde invernal se me presentaba por primera vez después de tantos años á que vivía interiorizada en el alma de esa mujer misteriosa... ó que, por lo menos, yo creía estarlo!

¡Y qué fondo aquel! Unos senderitos solitarios, tristísimos, que arrancan del primer plan, que se escurren á través de cordilleras, que se alejan, que se tuercen, que se esquivan y que se pierden en un confín de témpanos de hielo, de desolación vacía y helada!

Aquellos senderos se dilataban ante mis ojos cada vez más desolados, cada vez más estrechos y más tristes, hasta perderse en la soledad de las nieves eternas...

Y yo comprendí entonces que la tristeza de esa perspectiva es el comentario profundo de la figura que se destaca sobre ella.

Dentro de esa armonía superior, que es el privilegio del arte, Leonardo de Vinci no pudo encontrar un fondo, más adecuado al alma de esa mujer que vivió quizás intensamente y que tuvo que recorrer los senderos de atravesio,

los caminos torcidos, sin los cuales no habría llegado á la plenitud de sus sensaciones.

Y esos caminos en que se aventura la vida cuando es muy amplia, ó muy honda, conducen á los témpanos de hielo... á las desolaciones absolutas!

Idéntica impresión he recibido en el libro de Shade. Aquel espíritu de mujer, fresco, móvil riquísimo que yo admiraba con entusiasmo de *amateur* en conversaciones, en cartas, en artículos, ese espíritu *prime sautier*, que cual la *Monna Lisa* de mis primeros años me invitaba á tender el vuelo hacia la inmensidad de un horizonte infinito, hoy se me presenta en el libro que acaba de publicarse con un fondo de melancólico excepticismo, como si todas las rutas exploradas, como si todos los esfuerzos realizados no hubieran alcanzado más que el frío de la duda, la tristeza de un supremo desencanto!

Aquella creatura intuitiva y delicada que posee una asombrosa ductilidad para producir la belleza bajo todas las formas, desde su voz cálida que toma en el canto todos los matices de su espíritu y todos los apasionamientos de su corazón, hasta sus manos flexibles y firmes

que saben arrancar del piano la varias melodías, interpretando á los genios del arte musical, pues, esta creatura de selección en su libro, que no es más que el diálogo de su dualidad interior, nos muestra, también, un fondo de tristeza, que parece contener la interrogación suprema.

Ella pregunta y no responde, investiga y no afirma, busca y no halla...

El esfuerzo de sinceridad que su libro denota, me complace por encima de todo.

La autora nos muestra en las páginas de *Un Remordimiento*, la historia de dos almas; pero, en realidad, no es más que el diálogo interior que cada uno de nosotros sostiene consigo mismo.

En cada sér humano hablan, por lo menos, dos personajes, el joven excéptico y pagano que cree en la vida, que se embriaga y se complace, y la señora de más edad que le reprocha su inconsciencia y hace centellear ante sus ojos los reflejos de ideales más altos y de esperanzas más dilatadas!

El joven aquél, práctico y confiado, que quiere gozar de la vida—imajen perfecta de nuestro Yó personal—se siente cohibido por

esa otra dama—símbolo del alma—mujer de más edad, que ha vislumbrado el misterio eterno, que se siente llamada al sacrificio, que sufre y que lucha!

La complicación de lo divino se establece entre lo humano que aquel joven representa en su amor y en su confianza en la vida y lo eterno que aquella mujer deja traslucir en sus visiones místicas.

La seguridad del joven no tranquiliza á la señora y la inquietud de la señora perturba al joven.

Ella tiene mejores razones para estar inquieta, que él para permanecer confiado...

No logra ella ciertamente llevarlo á su punto de vista, pero, en todo caso, lo saca de su reposo y lo deja en marcha, ¡quién sabe á dónde!...

Es un asunto muy bien escojido para pintar esa lucha, por cierto la más interesante, que libran sin tregua en nosotros los dos Yó: el pasajero de un día, con el huésped solitario de la eternidad.

Mientras el uno quiere acampar en el oasis, el otro quiere levantar la tienda y proseguir

viaje á través del desierto infinito... á través del seco arenal y del fugitivo horizonte!

Esta lucha se empeña en toda alma que posee un grado suficiente de desarrollo espiritual.

Al elegir un joven excéptico y una mujer religiosa para entablar el diálogo, la autora ha sido sumamente feliz.

El hombre, por razones de naturaleza, comprende siempre mejor la parte práctica ó material de la vida, tanto como la mujer la desconoce y tiene el presentimiento de lo sobrenatural...

Parece que la mujer estuviese condenada á ignorar ciertos grandes aspectos de la vida humana que el hombre domina, sólo para ser más capaz de percibir y de vivir en lo divino.

Su aparente inferioridad física y mental es una grandeza moral y espiritual...

Las luces que le niega su cerebro, se las devuelve centuplicadas su corazón en una esfera superior á la de la conciencia humana...

Esas dos personas de sexos distintos, de edades diversas, joven el uno y madura la otra, reflejan bien las dos tendencias más marcadas de nuestra vida interior, el corazón eternamen-

te niño que busca sus satisfacciones aquí abajo, y el alma vieja que desprecia la vida y cifra sus felicidades más allá...

El diálogo se empeña en el retiro del campo, en comunión abierta con la naturaleza que los rodea.

Nuestro yó, íntimo, necesita siempre de la soledad y del apartamiento para hacerse sensible.

Esas dos personas, ó sea, esas dos corrientes de nuestra vida interior, se descubren en un rincón apartado, en el silencio campestre, en la intimidad normal de la vida de familia.

Se acercan esas dos creaturas y discurren, dando cada cual sus luces.

El comprende la vida temporal y ella la vida eterna.

El admira la sabiduría de las leyes naturales, ella percibe los prodigios de la vida, oculta é intangible.

Todos los temas que abordan presentan sus dos faces, la humana y la divina, y ambos discuten con un brillo de imágenes, con una poesía de sentimientos, que hacen de aquel diálogo un canto continuado.

El joven dá sus razonamientos claros, de

muestra la precisión de sus observaciones, la exactitud y la lógica de un espíritu perfectamente equilibrado; ella dá su intuición femenina, su videncia secreta, sus revelaciones íntimas, derramando por do quiera la intensa poesía de un alma abierta á las sollicitaciones de la vida universal, dentro de un temperamento riquísimo, complejo y móvil como la vida misma.

Ella posee un sortilegio que embellece todo lo que toca; si entra en un jardín, las flores se animan á su paso, toman fisonomías humanas, algunos pétalos parecen *labios sonrosados de niños que se maravillasen*.

La soledad le habla, deja oír para ella sus voces sutiles, le anima un mundo de palpitantes visiones, le dirige palabras tiernas de esperanza y de aliento.

Los astros de la noche al congregarse en la celeste esfera, le proclaman los principios eternos en perpetua alianza con las necesidades pasajeras dentro de la solidaridad del infinito.

Los aspectos más altos ó más humildes de la vida, toman significaciones profundas á sus ojos, todo encuentra repercusión, todo vibra en su alma de mujer...

A través de las disertaciones, de los juicios

críticos que componen aquel diálogo, se descubre un fondo doloroso, que es como la tela sobre la cual se han bordado tantas flores de ingenio y de belleza.

De aquel canto á la vida surge siempre como el *leit motir* de una melodía, el desconsuelo de un alma atormentada...

Aquella música nos embriaga, nos seduce, pero su cadencia lánguida y triste, nos hace sentir el encanto fugaz de una cosa bella que se escapa... á pesar de nuestros esfuerzos para retenerla!

El alma de esa mujer tan exquisita, que se ha aventurado en tantos caminos, que ha explorado tantas soledades, se siente triste, no halla la respuesta de sus anhelos inmensos, no está segura de la verdad de sus ideales.

La vida de acá no la satisface, y la vida de allá... se deja vislumbrar tan sólo, pero no se muestra en la absoluta fe de una creencia!

Ella busca, está inquieta: *malgré moi l'infini me tourmente*, parece exclamar entre suspiros con el poeta del dolor...

A lo que yo respondería con las palabras del Cristo del Misterio, de Pascal: *Tu ne me*

chercherai pas si tu ne me possédais... Ne t'inquiète donc pas!

¡Cuánto se han comentado al rededor de *Un Remordimiento*, los pequeños defectos de detalle, que en nada alteran la belleza del conjunto!

Esos críticos que sólo ven las cosas insignificantes sin percibir las bellezas, me hacen pensar en cierta señora del gran mundo, que ante el más bello horizonte de esta tierra, visto á través del cristal de una ventana, sólo se ocupó en limpiar con su guante albo y fresco, las empañaduras leves que los insectos dejaron en el vidrio, sin reparar un instanté en el maravilloso paisaje que se desplegaba á nuestros ojos!

¡Cuántos críticos de Shade, de los que nunca han manejado pluma, sólo han visto, como la dama de mi recuerdo, las pequeñas manchas que las moscas dejaron en el cristal de la visión de esa mujer, que embellece todo lo que está al alcance de su espíritu!

Asimismo, se le ha reprochado, como un crimen contra la lengua de Cervantes, los títulos, las frases ó las dedicatorias en idiomas extranjeros.

En esa manera particular de sentir sólo han descubierto la más atrevida de las *poses*.

Yo estoy cierta que ningún artista de alma hará honradamente ese cargo, pues, los pensamientos ó las emociones que se han concebido ó que se han sentido, quién sabe por qué atavismo ó extraño misterio de intimidad en una lengua, no se pueden verter á otra sin cometer una profanación de la belleza.

Conozco muchos de esos fenómenos que escapan al análisis, pero que se imponen de hecho, ya que en materia de arte no hay más verdad que la emoción propia.

Tal persona nacida en país de habla castellana, escribe sus cartas íntimas en francés, tal otra lee el Evangelio ó reza en inglés. ¿Por qué? No lo sabemos, pero el hecho es que la intimidad las lleva á emplear otra lengua que la nativa.

En todo caso, porque en ese idioma encuentran la expresión más adecuada de su alma.

De lo que estoy segura es de que ningún artista atenúa la belleza de una frase por temor á la crítica, pues, no sería artista legítimo el que no sintiera que el arte prima por encima de todas las consideraciones.

Se ha solido reprochar á la autora la abundancia de las citas, pretendiendo que ese afán de erudición es otra forma de vanidad. ¿No encerrará más bien la modestia de dejar hablar á otros que expresan mejor que nosotros, lo mismo que sentimos?

También se ha dicho por ahí, no sé dónde, que Shade se ha vestido con la sotana de un abate francés...

¡Cuánto más le habría valido al abate adornarse con las perlas y con los encajes del estilo de la autora, que á ella trocar la gracia de su atavío por la rigidez de la túnica eclesiástica!

Puede que hayan notado en el comentario de las *Siete palabras*, de *Aurora Boreal*, cierta banalidad muy extraña en el estilo original y brillante de la autora, pero esa banalidad no creo que se deba atribuir á una imitación, sino más bien á que los textos evangélicos, á fuerza de ser comentados por personas que no perciben todo su alcance, llegan á parecernos desesperantes de vulgaridad, si no nos damos la pena de remontar á su origen, aplicándoles nuestra propia visión interior, en

vez de aceptar otra que quizás queda debajo de nuestra facultad comprensiva, y es incapaz, por lo tanto, de hablar á nuestra alma, el lenguaje equivalente al grado de espiritualidad que poseemos.

Las faltas contra la gramática que el libro tenga, no las he descubierto, porque nunca he sido presentada á tan adusta persona.

No hay tampoco ningún derecho para exigir que las mujeres escriban conforme á las reglas, cuando se nos cierran las puertas de las academias, y si á eso se añade la deficiencia, por no decir la nulidad absoluta, de la educación que recibimos, queda de sobra demostrada la inferioridad de la mujer para realizar una obra cualquiera, respecto del hombre, que le lleva toca clase de ventajas.

Además, la obra de arte necesita, para producirse, de una libertad que la mujer no puede tener por razones de su sexo y por las imposiciones sociales, que en este país, son más fuertes que en parte alguna del mundo.

El hecho es que con faltas más ó menos, con giros en francés, con títulos en latín, Shade ha escrito un bellissimo libro, que nos descubre

la vida interior y que nos hace penetrar al santuario inaccesible, donde nuestros huéspedes, el joven pagano y la dama cristiana, pelean el gran combate, cuyo triunfo definitivo ha de coronar la Fé, que no discute porque posee la plena luz de la Verdad...





BLASCO IBÁÑEZ

IMPRESIONES

(A mi amigo Concha Castillo)

Fuí á la primera conferencia del señor Blasco Ibáñez, por complacer á un amigo, y por cierta curiosidad artística que me inspiraba el personaje.

No había leído sus libros, á excepcion de *La Catedral* y *Entre Naranjos*.

Las bellísimas descripciones del primero me encantaron, pero me molestó ese prejuicio tan pertinaz contra el catolicismo español, que

aunque sea el más obscuro del mundo, es siempre respetable.

Llegué á creer que, sólo mi entusiasmo por Toledo, me había hecho gozar del libro, sin concederle nada al arte, al vigor y al colorido de la pluma que me lo ofrecía.

Confieso que, por aquel tiempo, solía tener mis cuartos de hora de fanatismo.

Después leí *Entre Naranjos*, y ese venir de la primavera con el florecimiento de los azahares en la Huerta de Valencia, sentido á través de un alma de mujer, me produjo una palpitación de vida, un estremecimiento de placer, que hasta ahora recuerdo conmovida.

Sabía que Blasco Ibáñez era discípulo de Zola, á quien tampoco he leído, pues, siendo el tiempo escaso y mis ojos malos, dejo á un lado los libros que toman de la vida la parte que me interesa menos, guardándome para los escritores que han orientado mi espíritu invariablemente hacia el norte, que me atrae.

Hago estas consideraciones para demostrar el estado de ánimo en que me cojió la conferencia del señor Blasco Ibáñez, rindiendo así cabal justicia á la fuerza de su oratoria.

Desde la primera conferencia, todos mis pre-

juicios se estrellaron en el alto vuelo de su palabra, en sus arranques maravillosos.

Cuando un hombre maneja la pluma, como el señor Blasco Ibáñez, no habría derecho para exigirle otra cosa y, sin embargo, su palabra es tan rica, tan envolvente, tan fluída, tan magnética, como su expresión escrita.

Quería defenderme de su elocuencia, y monologaba conmigo misma en esta forma:

—La voz es monótona, carece de matices, pero la entonación es suave, simpática; su acción no es grandiosa ni variada, pero es nerviosa y plástica; su presencia no es hermosa, pero es sugestiva; su palabra no es fina, pero es evocadora...

Y continuaba disputando:

—Fulano dice mejor, es más sutil. Mengano posee una mímica más artística. Mi amigo tal tiene la voz bronceada, el otro de más allá tiene el jesto más enérgico...

¡Cierto, muy cierto! pero también es verdad que Blasco Ibáñez me está sugestionando, á pesar de todo!

Deberé reconocer que el poder de la oratoria no reside en ninguno de los factores físicos catalogados, pues obedece á algo más íntimo.

Esa facultad de conmovernos reside quizás en un secreto magnetismo, en un fluido nervioso que nos coje, alcanzando fibras recónditas de nuestra sensibilidad, que al tocarlas producen melodías que continúan cantando en nosotros, después que ha terminado el orador.

Un joven amigo mío me sintetizó su impresión, diciendo: *Oír á Blasco Ibáñez, produce felicidad.*

¡Eso es! si por felicidad se entiende el bienestar de una armonía interior, que se establece momentáneamente entre los elementos antagónicos que nos perturban.

En la primera conferencia la palabra del señor Blasco alzó el vuelo en rasgos hermosísimos, que me hicieron amar la España y la lengua española de que nunca he sido devota.

Hago esta confesión con todo el valor de la verdad íntima, escudada en que también dijo el señor Blasco, que el coraje propio del hombre no era el de la pelea, que le es común con las fieras, sino el de confesar la verdad interior.

Sus alusiones á Don Quijote fueron magistrales.

Cuando toma á los autores no nos hace cono-

cer la psicología de sus producciones artísticas; nos deja sin saber de qué índole fué la producción literaria de Balsac ó Jorge Sand. Pero ¿que importa? si hemos estado suspendidos de sus labios como por el gorjeo de una ave en el bosque á la cálida hora de la siesta en la inmovilidad de la naturaleza adormecida?

El señor Blasco cree, sin duda, tener un auditorio culto que conoce las diversas literaturas, sin sospechar que entre sus oyentes, algunos, como yo, han oído hablar del *Alcalde de Zalamea* por primera vez en su conferencia.

En cambio, las anécdotas que nos ha referido de los autores, hace que se destaquen en un golpe de luz sobre la masa oscura del ambiente en que el pasado los envuelve.

Una conferencia no tiene el mismo objeto que un tratado de filosofía. Una conferencia es una conversación con el público, que no da espacio ni tiempo para desarrollar temas profundos ó complicados.

El que necesita meditar sobre un tema, coje un libro y se aísla, mientras que al conferencista le toca mantener la amenidad de aquella charla con su público, estableciendo la corriente magnética que lo una á personas de índole,

de la obra de Zola, sin cambiar en nada nuestra opinión sobre esas personas y sus producciones, entramos á estimar más hondamente la parte de verdad humana que contienen sus obras, como asimismo el esfuerzo gastado en realizar los ideales que tenían.

Cada individualidad es una nota de la armonía universal, destinada á producir un fragmento del gran conjunto que la vida desarrolla en torno nuestro.

En cada uno de esos autores que trabajan en campos distintos del nuestro, debemos respetar á los peregrinos, quizás atrasados, pero siempre honrados, de nuestra propia verdad, á los aventureros empecinados de una justicia tardía.

El único poder que concedo á los oradores ó á los libros, es el de influenciarnos más ó menos fuertemente, en el sentido de nuestra organización interna, pues sólo pueden adquirir ó cambiar de ideas, los que son incapaces de pensar por sí mismos.

Ya sea que comulguemos ó no en las ideas del señor Blasco Ibáñez, el hecho es que su palabra elocuente nos ha traído una corriente de intelectualidad muy oportuna.

de la obra de Zola, sin cambiar en nada nuestra opinión sobre esas personas y sus producciones, entramos á estimar más hondamente la parte de verdad humana que contienen sus obras, como asimismo el esfuerzo gastado en realizar los ideales que tenían.

Cada individualidad es una nota de la armonía universal, destinada á producir un fragmento del gran conjunto que la vida desarrolla en torno nuestro.

En cada uno de esos autores que trabajan en campos distintos del nuestro, debemos respetar á los peregrinos, quizás atrasados, pero siempre honrados, de nuestra propia verdad, á los aventureros empecinados de una justicia tardía.

El único poder que concedo á los oradores ó á los libros, es el de influenciarnos más ó menos fuertemente, en el sentido de nuestra organización interna, pues sólo pueden adquirir ó cambiar de ideas, los que son incapaces de pensar por sí mismos.

Ya sea que comulguemos ó no en las ideas del señor Blasco Ibáñez, el hecho es que su palabra elocuente nos ha traído una corriente de intelectualidad muy oportuna.

Ha dado á las facultades mentales el precio que tienen en los centros cultos; ha enseñado el valor del arte, la necesidad humana de la poesía...

Y en esta tierra donde se estima, ante todo, la riqueza, haciendo que las mejores energías de la raza se esterilicen en la adquisición del dinero, es muy útil restablecer los fueros de la intelectualidad y del arte, dándoles el lugar prominente que les corresponde.

Con un rasgo bellísimo de oratoria, el tribuno dió el primer puesto en la vida á la Santa Poesía, que el doctor Fausto creía el único objeto digno de la existencia, cuyas cumbres ó abismos había pasado, mostrándonos á Napoleón, ese guerrero que con la punta de su espada rasgaba el mapa; ese genio poderoso, dominador del mundo, ávido de un poeta que cantase sus glorias...

El poeta no venía á coronar su destino, y todo su poder era impotente para crearlo.

Napoleón, en su grande alma de artista, sentía que sus conquistas serían efímeras si la Santa Poesía no las levantaba á las serenas regiones inmortales.

¡La idealidad del arte es la sola cosa que no muere en nuestra existencia fugitiva!

El espíritu de tantos Sanchos allí reunidos, ya vería en esa aspiración del gran guerrero, cómo la inutilidad de la poesía es la única cosa estable de que disponemos en la tierra.

En la música, el señor Blasco Ibáñez tuvo arranques de oratoria electrizantes.

La música, como la más elevada que es de las artes, no está contenida en las limitaciones forzosas de la línea, del color ó de la palabra; la música se dilata misteriosamente en el sonido, que es lo más sutil de la naturaleza á que pertenecemos, y logra, por lo tanto, alcanzar los planos superiores de la vida.

El señor Blasco Ibáñez tuvo en su oratoria tal plasticidad para dar vida tangible á las profundidades del sonido, que los más reacios han tenido que sentir la esencia oculta del ritmo, el alma de la melodía...

En la danza de las Horas, de Mozart, vimos agitarse por entre sus dedos, modelarse en sus manos ágiles y nerviosas, las rondas alegres ó tristes de esas horas de nuestra vida, que se despeñan en el abismo eterno...

Sus manos potentes y finas parecían traer

de lejos, de muy lejos... las blancas horas de la inocencia, pasando en confuso tropel y escurriéndose fugaces... después [parecía evocar las horas verdes de la esperanza juvenil, como el follaje tierno de la primavera, y luego tomaban vida en su ademán las horas de la pasión, que sacuden nuestro sér en sus fuerzas monstruosas... haciéndonos vivir mil vidas en comunión abierta con el alma del mundo... y todavía vimos esbozarse en melancólico miraje, las horas grises del desencanto y la monotonía de la sombra y de la duda...

El orador en su acento, en sus palabras, en su mímica, que, como he dicho antes, carecen de belleza propia, dejó pasar el torrente de la vida en cuadros plásticos movibles, ricos de colores y de luces, combinando la sinfonía de una música divina que nos envolvió en sus ondas melódicas...

¿Qué importa que el señor Blasco Ibañez sea grueso, que tenga el cuello ancho y la voz monótona, si logra arrebatarnos á las altas regiones del ideal, á donde se encuentran todos los que suben, aunque caminen por rutas distintas?

¿Qué importa que no sea un príncipe de le-

yenda, si tiene en su mano la llave mágica que abre el jardín encantado de los ensueños?

Las deficiencias materiales nos están probando que la *divina fuerza* no reside en los elementos de exteriorización que nosotros conocemos... significa que esa fuerza omnipotente es la misma que en labios de mujer suele decir: Ese hombre es feo, no me entiende, pero yo lo adoro!

Permítaseme ahora un paréntesis que encierre una semi-profesión de fe.

La mano es para mí la más fiel expresión de personalidad, la mano es el único rasgo en que la naturaleza no admite estafa, ya que con ojos de virgen se suelen tener á veces garras de fiera, que se imponen por encima de todas las dulzuras aparentes.

Desde la platea yo suponía que las manos del señor Blasco Ibáñez estarían en relación con su poderosa musculatura, pero desde bastidores le descubrí unas manos que parecen robadas á un asceta en la sombra de un claustro medioeval.

Me es grato dejar constancia de este descubrimiento, que esplica en parte, el caracter del orador.

Donde la elocuencia del señor Blasco Ibáñez llegó al más alto grado de lirismo, fué en el argumento de las Walkirias.

Sigfried está en su pobre cabaña viviendo su vida triste, trabajosa é ingrata.

Aparece la Visión, entra en su vida el eterno femenino, y aquel hombre se transfigura por el amor, la vida se embellece, llega á la plenitud de una comunión suprema!

La cabaña desaparece, el espacio toma los límites del firmamento azul, florecen instantáneamente todas las plantas del jardín, y Sigfried, transportado en alas de una felicidad sobrehumana, siente el *Amor*, alma del mundo, misterioso origen de nuestra existencia, finalidad soberana de nuestra vida!

No sé con qué palabras dijo eso el señor Blasco Ibáñez, no sé qué ademanes tuvo, qué acento tomó su voz; sólo sé que una corriente eléctrica nos envolvió á todos los auditores, haciéndonos por un instante vibrar al unísono del placer infinito de la vida en el amor!

Digan ahora los señores críticos todo lo que quieran, disequen, analicen, introduzcan el escalpelo, y nunca encontrarán el alma que cons-

tituye la elocuencia con que nos ha arrebatado el señor Blasco Ibáñez durante varias tardes.

Debemos convencernos de que la emoción que enjendra en nosotros la oratoria, no tiene su origen en los elementos conocidos, del mismo modo que los personajes de una novela no son reales, por lo que hacen ó por lo que dicen, sino por un soplo de vida, que está en todo y que no reside en parte alguna.

Otro tanto puede decirse de la simpatía que existe, por sí misma, sin estar vinculada, ni á nuestras facciones ni á nuestros modales.

No es la galanura de la frase, el eco de la voz, lo que pone en vibración nuestra intimidad, es algo más elevado, más espiritual, más intangible.

Y lo único que realmente importa, es que esa intimidad que constituye nuestra verdad profunda, nuestro ensueño secreto, entre en acción, y dé los frutos á que cada cual se siente llamado por su naturaleza.

Nadie nos puede enseñar nada nuevo, porque lo nuevo es una faz más elevada de la verdad que entramos á percibir por nuestro propio desarrollo psíquico.

Todo está en derredor de nosotros, pero no nos pertenecerá sino por derecho de conquista, es decir, cuando nuestra mente ensanche su capacidad para contenerlo.

La sola misión del orador es la de establecer la corriente de comunicación entre sus oyentes y la vida, seguro de que las melodías que se produzcan en cada cual, corresponderán siempre á la calidad y á la extensión del registro que poseen...

No me ha quitado el señor Blasco Ibáñez ninguna de mis predilecciones literarias, ni me ha añadido otra nueva; no me ha convencido tampoco de nada, porque sólo nos convencemos de aquello que hemos vivido—la única maestra es la vida—pero después de oírlo me quedo más fervorosa de mis ideales, más reconfortada en la lucha por la verdad y por el arte, más segura de que para cada sér la sola orientación posible, es la que marca el respectivo grado de evolución en que se encuentra.

No entrará el señor Blasco Ibáñez en el reino de mis aficiones literarias, á pesar de la admiración que siento por sus libros y por su palabra, porque pertenecemos á diversas familias

espirituales, sin que él ni yó tengamos la culpa; lo que no obsta, sin embargo, para que yo deje constancia en mi cuartilla blanca, y para que me haga el eco de la emoción que entre algunas mujeres chilenas ha producido su palabra genial.





ROMA DEL ALMA

(Por la señora Amalia E. de Subercaseaux)

La portada de *Roma del Alma* muestra un ángel que llega con sus alas desplegadas ante un pórtico antiguo, y que se abraza de una columna...

Imagen de nuestra vieja alma cristiana en peregrinación á la Ciudad Eterna, para sentir el ambiente espiritual de la infancia y de la juventud.

Nuestra alma va á Roma en busca de ese primer ardor juvenil que hemos visto agotarse al correr de los años en las estrecheces del fanatismo, en las groserías de las fórmulas, que

hemos adulterado en la devoción mezquina ó falseado en el egoísmo sectario.

Todo eso que se acumula pesado sobre las alas de nuestro espíritu religioso, y que más de una vez nos ha hecho sacudirlas y remontar el vuelo á las regiones donde la verdad no tiene rótulo, ni la belleza marca, ni el amor librea, lo disipa la más sencilla expresión de la autora de *Roma del Alma*.

Al correr de las páginas del libro, no sabemos las palabras que emplea la escritora ni las imágenes que pinta, ni las descripciones que hace, para comulgar por encima de todas las figuras de retórica, en el cristianismo primitivo.

La devoción que se desborda del libro de la señora Subercaseaux, es tan sincera, tan profunda y tan espiritual, que logra transmitirnos en cada línea, el perfume místico, envuelto en los himnos que entonaban los mártires en los circos romanos.

El alma de la señora Subercaseaux ha traído á la tierra la iluminación, el sometimiento y el sacrificio, que eran el distintivo de los cristianos antiguos.

El espíritu de la primera época se mantiene

en ella en toda su frescura, y por eso, sin quererlo, y cuando está más lejos de predicar, ya sea que contemple la naturaleza ó que se extasíe ante un monumento pagano, la misma ternura mística nos penetra, y á través de cualquiera forma de su pensamiento refinado ó de su corazón delicadísimo, entona en nosotros sus primeros cánticos la iglesia primitiva.

Este libro ha sido la más perfecta comprobación de la creencia que profeso, en que más allá de las bellezas artísticas, de los conceptos y de las formas todas que los envuelven, hay una emoción, cuya esencia se nos comunica directamente, de alma á alma, emoción que hace brotar lágrimas de nuestros ojos...

¿Por qué? No lo sé... Compruebo el hecho, y pienso que esa mujer ha puesto, por un instante, su alma en contacto con la mía, y que mediante un poder superior á la palabra, me ha impregnado en el soplo del cristianismo puro que ha mecido mi alma humana, á exclusión de todas las otras formas de verdad, con que el Espíritu Divino ha batido sus alas en torno de mi cabeza...

La devoción de la señora Subercaseaux exha-

la un sentimiento de humanidad dulce y confiada.

Ella no está reñida con las formas, á veces demasiado terrenas, con que la idea mística toma pasaporte en nuestro corazón de carne.

Todas las ceremonias del ritual y todas las expresiones de la piedad religiosa, humildes ó pomposas, la hacen vibrar.

Ante las reliquias de los mártires, como ante las ruinas romanas, su corazón se extremece y sabe vincular los aspectos de la vida exterior á la idea fundamental que la preocupa.

Y es que el espíritu de la señora Suberca-seaux es deliciosamente unitivo, y logra simplificar las vías á veces opuestas, pero siempre conducentes, que siguen las almas buenas hacia la altura espiritual que las atrae!...

Más que un libro, el de la señora Suberca-seaux, es el reflejo de un alma que, al visitar las villas y los monumentos, que al arrodillarse ante las viejas basílicas, deja por todas partes proyecciones luminosas de su espíritu religioso, tierno y delicado.

Por diversos que sean los temas que trata, históricos, artísticos ó piadosos, todo se im-

pregna del aura de pureza antigua y de contemplación mística que la arroba...

Más que las bellísimas descripciones, más que la exactitud de los datos históricos que el libro contiene, me deleita la fuerza emotiva de aquella alma rebosante de energías y frescuras.

Ella sabe animar las piedras carcomidas de las ruinas, y la modesta yerbecita del campo; ella penetra la obra de arte, y el trozo musical con una fruición de espíritu, siempre enamorado del objeto á que se aplica.

Lleva en su alma un calor de emoción y una profundidad de vida que la hace derramar sobre todas las cosas su ternura amable...

La naturaleza y el arte, el paganismo y el cristianismo saben armonizarse en el espíritu de la autora, dentro del fondo de belleza ó de verdad que les es común.

Las páginas de *Roma del Alma* exhalan esa misma sencillez ingenua y tierna que se siente en las Fioretti de San Francisco.

El pincel femenino que ha pintado los paisajes romanos, deja en los últimos planos de los cuadros que se esfuman vaporosos, el fondo

de serenidad reposante de las perspectivas de Umbría...

Hay gran similitud de espíritu, algo como un parecido de familia, entre la dulce sencillez del Poveretto y el estilo de la señora Subercaseaux, cuando deja ir su pluma libre y descuidada del efecto, para dar expansión á los transportes de su alma...

Además, ella tiene esa tendencia á enamorarse de la vida universal, por cuanto es manifestación divina, que sentía el humilde fraile descalzo, al proclamar la fraternidad con los seres inferiores.

La señora Subercaseaux tiene, además, de común con su santo favorito, esa ternura que abraza desde los esplendores del cielo hasta los pajarillos y las plantas, porque lo grande y lo ínfimo proclaman el poder y la sabiduría, que se condensan perpetuamente en amor...

Cuando la señora Subercaseaux se detiene por un momento á contemplar una fiesta mundana, busca instintivamente el hilo conductor que liga esa parte de la vida exterior, al ansia de su espíritu que no puede permanecer en la tierra sino por la relación que todos los aspec-

tos humanos tienen entre sí con la idea religiosa.

La autora no habría disonado, por cierto, entre los personajes del *Quo Vadis*.

Ha nacido en estos tiempos, y seguramente viste á la moda, pero su alma vive en la atmósfera de las catacumbas.

La viveza de la luz la molesta, necesita la penumbra de las capillas, el humo del incienzo y el eco de los cánticos litúrgicos.

El gran brillo se aviene mal con la tendencia de su espíritu habituado al amarillento palpar de los cirios y al perfume de las azucenas que mueren lánguidas en los vasos de altar.

Más que católica, es cristiana de antiguo cuño. Su religión, es de renunciación y de dolor. El placer lo acepta apenas, como un beneficio, y el sufrimiento, como ley ineludible.

Verdad que la enamoran las amapolas de la campiña romana, pero sólo porque crecen entre ruinas, y porque dan testimonio de la eternidad junto á la destrucción de la obra humana.

La embelesa el sol de medio día, cuando lo contempla desde la cima del Pincio, irradiando sobre la Ciudad Eterna, pero ella prefiere la

apartada capilla de convento, en que la lámpara eucarística parpadea en la obscuridad de la nave solitaria.

Los palacios romanos la seducen por su riqueza, pero ella se siente mejor sobre la losa de la tumba de los mártires, en las galerías de las catacumbas.

Los pintores del renacimiento la arroban, pero las Madonas de los primitivos dolientes y exangües hablan más tiernamente á su corazón de mujer que ha sufrido, que ha renunciado y que se ha abrazado de una cruz.

Las manifestaciones del culto católico la complacen, menos por lo que contienen de pompa exterior, que por acreditar los blasones de su hogar religioso, hogar en que ha encontrado todo lo que anhelan las ternuras de su corazón y las especulaciones de su espíritu, pero entre todas las pompas del culto, entre todas las grandezas del Vaticano y de los templos de Roma, hay un punto que es para ella un emblema. Es la cúpula de San Pedro.

Esa cúpula, á veces aérea, otras veces magnífica, que aparece como un símbolo del país de las almas, dominando siempre el cielo de Roma, la atrae perpetuamente.

La cúpula canta en su libro toda una sinfonía, la saluda desde el Pincio gloriosa, bajo el sol de mediodía, la contempla más tarde desde la vía Appia, esfumada como una plegaria en la atmósfera crepuscular, la evoca bajo el tibio rayo de luna, cobijando á las almas huérfanas y á los corazones dolientes.

La cúpula es para ella un nido del alma en los espacios demasiado abiertos, en que soplan las ráfagas heladas.

En otras ocasiones le parece el estandarte de una idea redentora, que ¡ha acumulado las civilizaciones y los siglos, dentro de la elevación del hombre por el dolor.

En la cúpula de San Pedro, la señora Subercaseaux encuentra el punto céntrico, á donde convergen las más altas tendencias de la vida, el oriente que luce á todos los espíritus que buscan algo, más allá de las fronteras del tiempo...

Y como esa cúpula está coronada por una cruz, ella reconoce que sin el dolor, ningún espíritu se remonta á la altura, ni adquiere el derecho de transpasar la nube del misterio...

Los acueductos rotos de la campiña romana, los [sepulcros ruinosos, la desolación del La-

tium, tanto como los palacios del renacimiento ó las villas floridas, todo le parece rendir tributo de vasallaje á aquel templo, que afirma la soberanía del dolor sobre todas las grandezas terrestres, que desafía el tiempo á nombre de un sacrificio y que promete el infinito á trueque de una renunciación...

Pero como ella pertenece á la familia cristiana de los primeros siglos, su dolor mismo es alegre, gozoso y confiado...

A través de todos los dolores humanos se entreabre para ella el cielo...

Pasea por todas partes su alma jubilante de fe íntegra, de confianza inquebrantable.

Jamás la asalta una duda, no ya sobre el fondo luminoso de su visión espiritual, que es lógicamente inalterable en toda alma elevada, pero ni siquiera sobre las más hondas miserias terrestres.

Todo la encanta, la apasiona y la descansa de las trabas de la vida.

Las grandes luces jamás se velan ante sus ojos; todas las fórmulas religiosas permanecen transparentes á su espíritu y revisten el aspecto que ama su corazón sensible y delicado.

La melancolía de ninguna tarde humana logra

plegar su frente; la aspereza de ningún contacto hiere la suavidad de su espíritu, escudado en la comunión divina, y ninguna desgracia desconcierta su seguridad.

Ella vuela alas desplegadas, sin rozar la tierra, y con los ojos perdidos en su visión interna...

Cuando alguna vez la caducidad de los afectos ó el vaivén de la vida pudieran contristarla, apoya su frente pura sobre la verja del altar de la confesión de San Pedro, y siente que por encima de las civilizaciones y de las edades, hay algo que permanece inalterable, y es el amor de Jesús, Hombre y Dios, satisfaciendo lo que nuestro corazón necesita de humano y nuestra alma de infinito!

Las páginas de *Roma del Alma* rebosan una fuerza largo tiempo contenida, una integridad de emoción que se ha mantenido prisionera, y que al encontrar un cauce en que correr libremente, salta en un ímpetu de vida que se expande...

Y ese mismo entusiasmo que la hace prorrumper en admiración ante los monumentos antiguos, lo siente con ardor nuevo ante las

rosas que brotan lozanas en la Villa Mattei, por una tarde de Mayo...

Le roban su vibración fina y delicada los sarcófagos rotos, los pórticos derruidos y los mosaicos viejos.

Esa plenitud de emoción denota una alma cuyo tesoro de fuerzas se ha mantenido en discreta reserva, hasta encontrar un reflejo celestial en las cosas para cantarlas.

En la contemplación de la naturaleza las páginas vibran con una fuerza emotiva, que se comunica al alma sin pedir ayuda á las formas literarias.

La quietud antigua, el reposo de la vida religiosa ponen á la autora en su elemento.

¡Qué fruición alegre y juvenil exhala esa entrada al convento de los Benedictinos, cuando coge violetas bajo los naranjos! En la manera cómo ella nos habla de las flores y el amor con que las toma, se siente la virginidad del alma que se conserva pura y que tiñe el crepúsculo de los años con todo el esplendor de la aurora diáfana.

Si el libro hubiera llegado anónimo á mis manos, lo creería el producto de un espíritu juvenil en la plenitud de las ilusiones... Y es

que el cristianismo vivido en sus altas cimas, lleva consigo este privilegio de perenne juventud.

Las almas cristianas son sin duda las almas jóvenes que saludan transportadas el primer destello de la verdad, y que reciben la primera caricia del amor...

A veces las frases se vuelven rebeldes y la pluma se retuerce en contracciones de impotencia que hacen rebalsar la emoción más fresca, más humeda de rocío matinal, en el alma del lector.

Cierta mañana de invierno oye misa en la catacumba de Santa Cecilia y junto con la campanilla de la elevación que proclama el comienzo del misterio, gorgoja un pajarillo que ha transpasado la abertura de piedra y ella lo siente como un tributo que la naturaleza rinde á la fe.

Esa síntesis del espíritu enamorado, ¿no es acaso la mejor revelación de la unidad que se establece en el reino de las almas?

El libro de la señora Subercaseaux denota un alma orientada, serena, imperturbable, un alma definitiva que ha entrevisto su norte y que lo persigue sin cesar.

Las vacilaciones y las incertidumbres no pueden asaltar á las creaturas que tienen una visión de verdad y de amor infinito...

Nada en la tierra puede atraerlas, ni nada tiene el poder suficiente para desviarlas...

Las almas *definitivas* siguen siempre el camino ascendente de la vida, y así como supieron dejarlo todo, habían de encontrarlo también todo.

Para almas de ese temple, Roma ó Jerusalem son los pretextos ó las formas que su ensueño místico encuentra al paso para formularse, y las ceremonias de cualquier culto son el ropaje material de sus adoraciones...

Poco importa la época en que estas almas pasan por la tierra, la clase social á que pertenecen, la raza ó los atavismos que las preceden, pues todas llevan el mismo sello, todas han entrevisto el infinito más allá del universo corpóreo y la magnitud de la visión determina la fuerza del impulso con que tienden á abrazarse de un bien supremo.

Antes que el libro, fiel expresión del alma de la autora, hay una indicación que da la clave de su alma, y son sus ojos, claros, profundos, altos y velados... ojos que no saben entre-

garse en la mirada, porque están siempre perdidos en inaccesibles lejanías...

Esos ojos nos miran de lejos, nos dan en silencio una cita misteriosa y jamás ponen nombre á su secreto.

El libro de la señora Subercaseaux nos hace sentir que nos encontramos en presencia de un alma con quien tenemos la comunidad de *algo* que nunca ha tenido fronteras, por muchas que hayan puesto los hombres, de *algo* que nunca ha tenido forma, por mucho que hayan pretendido los fanáticos de todas las sectas abrogarse el monopolio, de *algo* que es siempre nuevo, eterno é infinito: El reino del Espíritu!

Cualquier protestante ó budhista sentiría que la autora de *Roma del Alma*, al besar la Confesión de San Pedro, pertenece al mismo credo de los que ignoran la existencia del fundador de nuestra Iglesia, porque es un alma que está unida en el ardor de su fe, á todos los que profesan cualquiera forma de verdad y le consagran su vida.

Ella se empeña en asegurarnos bajo su firma que es católica, que es papista, pero ante todo es una cristiana de las catacumbas, ó más

bien dicho, es un alma enamorada de un divino ideal que se abraza de una cruz para unirse á él y que desde la altura de su sacrificio sonr­e á la visión celestial y nos convida á todos á participar de su beatitud.

Roma del Alma comienza por una bellísima dedicatoria á la Madona, se continúa y termina con tiernas invocaciones á la Virgen Madre, que no puedo pasar por alto, porque me complacen.

La Madona es la primera insinuación mística que llega á nuestra infancia, y es la devoción que nos acompaña hasta la muerte.

Cuando la fe religiosa ha desertado de los altares terrestres, todavía saluda la imagen de la Madona; cuando el espíritu orgulloso no quiere rendir tributo más que á la razón, todavía el hombre suspende de su cuello una medalla de María; cuando el corazón ha sucumbido en las borras­cas pasionales, los labios manchados imploran todavía á la Virgen.

La Madona es el sólo culto que profesan los que han renegado de todos los otros, y es el último argumento de nuestra fe religiosa ante lo indemostrable!

Almas que han emigrado á todos los ámbi-

tos del pensamiento libre y que han visto derrumbarse todos los dogmas, quedan aun ligadas al catolicismo por la atracción á la Madre Divina!

Para aquellos á quienes repugne la religiosidad de la señora Subercaseaux y para quienes su fe sea letra muerta, la Madona que ella invoca y que ella venera, será quizás el *Arca de la Alianza* con que el libro acredite su legitimidad espiritual á las almas un tanto alejadas de la comunión cristiana.

Al concluir la lectura de *Roma del Alma*, quedo convencida de que la belleza y la emoción que puede producir un libro en los lectores, no reside en la forma literaria más ó menos perfecta con que está escrito, sino en la verdad profunda y en el sentimiento del autor.

Que la pluma de la señora Subercaseaux sea á veces rebelde, ¿qué importa si su emoción es grande?

Si su lengua es balbuciente, ¿qué significa sino la enorme desproporción entre la sublimidad de sus éxtasis y los medios de expresarlos?

El libro puede estar bien ó mal hecho dentro

de lo que llaman los entendidos *reglas literarias*, però eso qué nos importa ni qué vale si hemos sentido en sus páginas el soplo espiritual que impele á las altas esferas, haciéndonos comulgar en nuestra fe, en nuestra esperanza y en nuestro amor!

Julio 16 de 1910.





SEGUNDA PARTE

LA CURA KNEIPP EN RÍO BUENO

DIARIO

Diciembre 21.—He caído en una Trapa! Y no se crea que es error de los cagistas si leen ¡*Trapa!*, que este lugar lo es del alma como, también pudiera ser *trampa* del cuerpo!

Vine á descansar en la Arcadia feliz, donde se vuelve á la vida primitiva, donde se camina con los piés desnudos y con el cuerpo libre de trabas, y he empezado el más rudo de los trabajos.

¿Cómo he caído aquí, siendo siendo tan refractaria á la vida puramente física?

Es muy sencillo. Me sentía cansada, extenuada, y pensé que allá, en los bosques del sur, había un lugarcito entre ríos y verdura, donde se rompían todos los convencionalismos, donde se vivía con patente de enfermo, donde nadie tendría derecho de imponernos molestias, convites ó visitas.

Seducida por tal miraje, me metí al tren, y aquí estoy penando.

Los viajes me encantan, porque suspenden las imposiciones de la vida diaria, porque nos desligan de muchos majaderos, porque nos alejan de las cuentas y de otros compromisos peores.

Al sentarme en el tren, me encuentro libre como una ave que escapa de la jaula.

Es la tarde. Los campos dorados ó verdes desfilan veloces por la ventanilla.

La tierra está devorada de sol, sedienta de agua y de aire fresco.

Al día siguiente entramos en la parte agreste de la frontera.

Han desaparecido los ranchos, reemplazados por remedos de chalets.

A medida que avanzamos en la provincia de Arauco, aparecen los grandes bosques, cuyos árboles quemados, levantan al cielo sus grandes brazos en imprecaciones desoladas.

La extensión de los bosques aparece como un enorme campo de batalla donde lucharán cuerpo á cuerpo el hombre con la naturaleza indómita, que exhibe su derrota en enormes claros, en troncos calcinados, en ganchos desnudos y retorcidos, que parecen clamar contra la humana barbarie.

El país arrasado, vandalizado, exhibe su tristeza de seno violado por fuerzas brutales.

En Atilhue cambiamos de tren.

Hasta La Unión el trayecto es delicioso.

Entramos al corazón del bosque virgen, por donde se escurren ríos claros, límpidos, serpenteando entre márgenes floridas, tapizadas de helechos, formando islillas, perdiéndose en confines azulados de silencio y de paz!

Reaparecen los ríos en soledades agrestes, bordeando praderas con una gracia rústica y sana que convida al sentimiento, ya que esa vida que se derrama en los campos y en el mar, es la misma que se condensa en el amor y en la ternura!

Es una naturaleza virginal, edénica, la de esas montañas fragosas, en cuya espesura alternan grandes árboles de arrogante silueta, con impenetrables matorrales, con enredaderas que se suspenden en floridas guirnaldas y con ramilletes de helechos calados como encajes.

En La Unión tomamos coche. Al cabo de una hora y media de carruaje, aparece empinado en una colina, el pueblo de Río Bueno, que dibuja en la transparencia del cielo de la tarde, el campanario de la aldea.

Tras una cuesta corta pero muy pendiente, llegamos á nuestra pensión, que es la más próxima al río.

Traía el deseo de dormir á la *belle étoile*, ambición no satisfecha de mi vida y con gran pena encuentro un cuartito nuevo empapelado y con cortinas blancas.

No había venido ciertamente á vivir como una alemana vulgar en una pobre aldea perdida en el bosque.

Ese algo esencialmente *bourgeois* que caracteriza al alma alemana, en cualquier sitio, es soportable sólo en los grandes centros, donde se escuchan los conciertos sinfónicos de los gran-

des maestros de la música encargados de explicarnos el genio de la raza.

El pueblecito es simpático, como esas personas que sin rasgos salientes nos producen agrado.

La altura en que se encuentra el hotel dominando el río encajonado en sus márgenes de verdura, dominando los campos en esa ternura idílica de naturaleza joven, me recuerda el paisaje de Divonne.

Es bello, es pastoril, es virgiliano, pero falta algo que me hacía soñar intensamente. Falta el monte Blanco y los Alpes de la Saboya, que elevaban al borde del horizonte, por las tardes cálidas, el resplandecimiento de una magia, la apoteosis de una gloria...

Los campos tienen la misma puerilidad tranquila, se respira la sencillez juvenil.

El comedor en su aspecto de fonda, me da la sensación de la Alemania antigua.

Las muchachas indígenas que nos sirven, las rollizas sajonas que dirigen la maniobra y don Pablo, con su nariz encendida, como si guardara en ella la esencia del contenido de sus toneles de cerveza, todo me da esa sensación de fonda.

Salgo de mi hotel y los ejemplares humanos que cruzo al paso, son de aquellos, que me proclaman en todos los tonos, las eternas verdades que los confesores ofrecen en meditación á sus penitentes.

Hermana que morir tenemos, parece decirme una anciana encorvada, y la de más allá, patuleca y decrepita, me repite: *Hermana que envejecer tenemos. Hermana tenemos que engordar y que arrugarnos*, parecen decir en coro todas las otras con sus deterioros, que acusan el tiempo traidor...

Por todas partes los transeuntes, en su miseria, en su enfermedad, en su vejez, nos proclaman más que las sentencias escritas en el muro de una celda monástica, la vanidad, el dolor, la muerte y el olvido!

La vejez chilena en nuestra especie es miserable como la del rancho de totora.

En otros países he visto declinar la vida con la altivez de un palacio romano, que en su fatal desgaste mantiene la gallardía.

Aquí no hay esas grandes vejeces de las grandes vidás, que han acumulado odios y amores, recuerdos ú olvidos; nada de eso! Vejeces de creaturas que han pensado de prestado y

sentido por fuerza y que llegan al término afe-
rradas á la existencia de miedo al purgatorio...

Al verlas sin pasado y sin porvenir en una
especie de limbo moral, yo me pregunto: ¿Para
qué quieren vivir? De temor á la muerte, me
responderían, si fueran sinceras...

Y al verme pasar, ellas á su turno piensan:
¡pobrecita!, tiene ideas muy raras, ¿cómo le irá
á ir por allá?...

Alguien me cruza el paso, y dice:

—Ha venido usted muy elegante!

—¿No estará enferma?

—La estética no ha reñido con mi mal, res-
pondo.

—¿Y cuál es su enfermedad?

—La tristeza y la soledad.

—¡Tan acompañada!

—La compañía no se cuenta por bultos, sino
por afinidades...

La buena señora hace una jaculatoria entre
dientes... esto de las afinidades le parece algo
de espiritismo... corta la charla y se aleja pen-
sando en lo perdida que está la gente por la
muchacha lectura y las malas ideas.

El padre Tadeo llena á Río Bueno.

La mujer chilena, clásica, que hace de la re-

ligión la razón de su vida, cuando encuentra un *sacerdote médico*, se fanatiza doblemente.

Preciso es confesar que todas las mujeres honradas necesitan estos afectos de médico, si son simplemente mujeres, de confesor, si son religiosas.

Es el amigo á quien se confía la soledad del alma ó el vacío del corazón.

Todas estas creaturas comprimidas sin felicidad vienen á Río Bueno, y el padre Tadeo, médico de alma y cuerpo, las atrae mucho; es humano y es legítimo.

Esa corriente de fanatismo me previene en contra del padre Tadeo.

¿Cómo un místico podría dedicar su vida al sostenimiento de este cuerpo, saco de inmundicias en cualquier tiempo, y en la vejez, miseria deleznable?

¿Cómo un sacerdote puede dedicarse á componer estas máquinas rotas, siendo que sólo las almas interesan, y en determinado momento de su conciencia moral?

Estoy muy prevenida para encontrar al padre vulgar, además, estoy enojada conmigo misma de haber hecho un viaje tan largo por

este cuerpo que, á fin de cuentas, bien poco me molesta para el trato miserable que le doy!

Si algo tengo de cristiana, es el desprecio de la materia, y el deseo de desprenderme de ella.

Un capuchino de larga barba negra, viril y apuesto, reparte los boletos de entrada al consultorio, y me favorece con el número 1.

Se llama Bienvenido.

Nos introducen, pero el padre Tadeo no llega nunca.

Los asientos son duros, como cuadra á una celda conventual.

Después de una larga espera llega el famoso padre.

Ni gran presencia, ni gran barba imponente, negra ó blanca.

Tipo común, á primera vista, que no se impone por ningún rasgo.

La persona más agresiva, y lo era yo en aquel momento, se desarmaría ante enemigo de tan poco bulto y de tan débiles fuerzas!

¡Qué equivocación! Los enemigos emboscados son los más peligrosos, y el padre es de esos que no asustan y que son peligrosos porque nos desarman!

Tras de sus anteojos, descubrí una mirada honda, dulce y triste, que me conquistó, no sé por qué!

Esas cosas se sienten y no se explican. Ciertos ojos llevan el sello de un alma y los suyos tienen una expresión de piedad humana y de elevación moral.

Le perdoné desde aquel momento que se dedicara como sacerdote á instruir indios, y como médico, á cuidar reumatismos de viejos.

Almas muy bellas consagran su vida á cosas ínfimas: que no son más que el pretexto del sacrificio que necesitan y del dolor que buscan.

Nada de eso me volvió expansiva ni jovial. Si este hombre entiende, me dije á mí misma, no ha de ser por palabras, y me callé.

Me miró la garganta, me descubrió un órgano enfermo, que no sé en qué parte del cuerpo lo tengo colocado, y me hizo una receta enigmática con signos convencionales: Os, Ar, Pbro, Zbr, etc.

Mi consultación se redujo á descubrirme un mal que nunca he sentido, una miopía que llevo en cartel y á hacerme un tratamiento durísimo.

Una pariente que me acompañaba, lloraba

sus dolencias en frases concisas y punzantes, heredadas del incomparable ingenio de su padre.

—«Estoy abrumada, tengo la cordillera de Los Andes sobre la espalda».

El padre la miraba tranquilo, y como sola respuesta le decía:

—«Sáquese el paletó». Un abrigo grueso para excursionar en el polo.

En cambio, mi vestido transparente y agujereado, que descubría la cutis en mil hoyitos, mereció su aplauso.

—«Ese traje es sano».

*
* * *

Diciembre 23.—He comenzado el tratamiento levantándome á las 5 A. M.

Siento un frío con reminiscencia berlinesa, frío agudo que sensibiliza dolorosamente la nariz y la punta de los dedos.

Una neblina sutil envuelve la copa de los árboles.

Mi vida no ha tenido mañanas, sino tardes.

La melancolía de la tarde es mi compañera, me impregna el alma con su misterio, pero

ese otro misterio de la promesa, del anuncio, si es menos triste que el de las cosas que se despiden, es quizás más ruboroso, más delicado.

La tarde también es anuncio, y más solemne de algo que renacerá después, en forma diversa y más completa que la actual.

A esa hora el pueblo está desierto, los jotes, como aves agoreras de mal, se quedan inmóviles en los techos.

En la plaza cubierta de pasto nos quitamos esas malvadas sandalias que recogen todas las las piedrecillas á su paso, convirtiendo la planta del pie en un molinillo de pedruzcos y arenas.

Entramos al pasto cristalizado, en que la helada de la noche ha cuajado el rocío.

Se me parten los piés de dolor, pero he de seguir atravesando aquella enorme plaza en que la yerba muy crecida se ha petrificado y cruje como vidrio roto bajo mis piés desnudos.

Vuelvo al tormento de mis sandalias con un tobillo herido y un talón pelado y tengo que resistir toda una hora, el compás del paso alemán, de mi dueño y señor.

Mi receta es feroz. Debo hacer tres patinajes en el rocío con intervalo de una hora y ejercicio continuo.

Comienzo á las cinco para concluir á las siete, hora en que se seca el rocío, con este sol tan madrugador de la estación.

Pido como gracia que se me permita entrar á una iglesia; allí el aire me parece tibio, los bancos de madera cojines de plumas y los padres que ofician las misas ángeles del Señor.

Sólo se debe desayunar dos horas después de levantarse; el café entonces me parece ambrosía y el pan bizcochuelo.

El hermoso y recién construído teatro del hotel se ha convertido en campamento. Una devota señora cuyos piés no han pisado mas que templos, habita el proscenio defendida por el telón caído, un presidente de esas sociedades que elevaron tantos castillos en España desde la calle de Bandera, habita en los bastidores, todos los palcos están ocupados por ilustres personajes de la política y de la banca.

Yo instalada en platea discurro sobre la miseria humana.

Si se levantara ese telón no veríamos ago-

nizar á Traviata en brazos de Armando, sólo se nos presentaría alguna vieja haciendo gárgaras, ó una criada lavando las orejas de algún chico á pescozones.

Corto mis reflexiones porque ya me toca el baño.

Me encamino con mis piés despedazados viendo las estrellas en las piedras y recordando los coches de posta de Santiago, que aquí me parecerían *aereoplanos* y sus barquinazos blanduras de algodón.

En el baño espero el turno horas y horas para que al fin me hinquen en un cajón con los brazos apoyados en el suelo y me arrojen un pistonazo de agua fría que me hace temblar, ya que en materia de agua no conozco más que la caricia de los 35 grados de mi tina.

Ese es el *baño de perro*. ¡Ya me lo pensaba yo que en ningún caso era de gente!

¡Mientras tiritó de frío, *Doña María* me pregunta si conozco al señor Villanueva!

¡Diablos! si ahora me desconozco á mi misma.

Tan grande es mi rabia que antes de meterme la camisa chorreando agua, le fletó á

Doña María que he sido tratada por hidrote-
rapia en París y en Berlín. ¡No se vaya á ima-
ginar que se las tiene con una cualquiera!

—Pues, si señora, y mientras los alemanes
con su brutalidad me dieron pasaporte para el
infierno, los franceses me sanaron.

—Fueron vencidos en Sedán, pero triunfan
en el arte y en la ciencia.

Doña María me mira con sus ojillos mali-
ciosos é insiste en su pregunta, que si yo hu-
biera entendido me habría ahorrado el dis-
curso.

Conocer a don Augusto Villanueva es pa-
tente de distinción que clasifica á las personas.

—Eso revela que no me ha tomado por
cualquiera.

En un instante me echo al saco de los ínti-
mos á don Augusto y á todo el Banco de
Chile.

Muy ligera y muy mojada de ropas sigo
hasta el correo, punto de reunión del pueblo
á las once de la mañana.

¡Qué gente más diversa! La devota com-
pungida que espera carta de su confesor, el
caballero que desea saber el alza de un papel,

el fraile á quien el superior le alarga ó le acorta el permiso y el triste que no espera nada.

Esperar una carta, una carta verdadera! No se necesita más para ser feliz, no digo en Río Bueno sino en París, pero la carta que querríamos recibir es la que nunca llega.

Nos fletarán una cuenta, nos mandarán una rifa de Navidad, cierto amigo nos participará su enlace y el de más allá pedirá órdenes para el Viejo Mundo, pero eso que nos interesa saber, eso que querríamos ver escrito, eso no lo dirá nunca nadie, no lo traerá ningún correo. *¡Eso* es el ensueño de toda vida, de la grande y de la pequeña, de la humilde y de la encumbrada!

No todas son penurias, que también hay sus rayitos gloriosos.

En la vida como en el rosario, los misterios gozozos alternan con lo dolorosos.

Pues así, en sandalias, con la línea rota del figurín moderno y con las protuberancias visibles de la estatua antigua, Iris tiene un admirador ferviente, admirador de provincias que no se falsifica.

Aparece alojado en un palco del teatro un

lector que desea conocerla, aunque se la figura vieja, gorda, soltera y regañona.

Iris, con un último resto de vanidad femenina, querría ir á tomar su corset en bastidores, pero no alcanza, pues su lector la atrapa.

—«Señora, a los piés de Vd.

—«Cuidado, señor, que los piés ante los cuales se postra Vd., no son de *Musa* sino de carretero viejo!»

A medio día entran al hotel, don Juan, el empaquetador masculino y doña Margarita, de idéntico oficio en el bello sexo.

Ya se sabía, porque es la conversación dominante, que don Pablo Smith y Mr. Edwards serían empaquetados.

No he presentado á este último, que es un fiel retrato de Eduardo VII, en la gloriosa época de sus aventuras principescas.

El condenado á empaquetadura, es envuelto en sábana mojada, oprimido, fajado y puesto en la actitud de una momia egipcia.

Violando el pudor un tanto conventual de este tratamiento de penitencia, penetro en la alcoba de Mr. Edwards, que permanece en actitud sepulcral envuelto en el blanco sudario que esculpe sus atléticas formas.

El color vivo de su rostro atenúa la impresión del cadáver en el nicho, y más que eso, sus estrépitosas carcajadas de hombre feliz, director de la Curanilahue, que á juzgar por tan buen humor, ha de dar un dividendo de 25 por ciento.

Recojo este dato para un amigo que es accionista y que encontrará en esta noticia 'la solemnidad de un secreto de ultratumba.

¡Qué vida más brutal! El cuerpo se lleva la preocupación de todas las horas, y los que hemos nacido rabiando del tiempo que nos roba su insípida tiranía, aquí maldecimos, no ya de vivir como bestias, sino de aspirar en el ambiente, estornudos, sudores, peladuras y diviosos.

En nuestro hotel, mitad teatro y mitad fábrica de cerveza, comemos junto á los caballos y bueyes de la cuadra.

No se habla ni se piensa más que padre Tadeo, envoltorio, baño de perro, paquete y gárgara.

Salgo á buscar refugio, y una señora voluminosa me pesca al pasar, y revestida de su mayor gravedad, me dice: ¿Cómo va la peladura del talón?

¡Qué felices son estas personas, que sólo han vivido jaquecas y reumatismo, en haber subido con sus dolencias al escenario de la es-pectación pública!

Esa conversación obligada de la vida santiaguina: *Sabes que fulano tiene cáncer y que el hijo de la fulanita es defectuoso*, se vive aquí á toda orquesta.

¡Es increíble la complacencia que nuestra raza encuentra en los males físicos!

Tengo una amiga á quien no puedo hacer alusión á enfermedad alguna, porque me dis-para con una lista de pociones y de unguentos.

Y ese odio que me inspiran las dolencias, ha sido desarrollado por el espíritu de contra-dicción á esas personas que han hecho de ellas el objeto de su vida!



Diciembre 24.—Sigo penando en las dure-zas del tratamiento.

El aire de las 5 A. M. que respiro aquí por primera vez, es renovador y refrigerante.

La caminata, durante dos horas en ayunas, produce sensación de liviandad en el cuerpo

y de pureza en el alma! A esa hora ¡la plaza está desierta.

Por un extremo aparece un bulto obscuro, de andar vacilante. Es una anciana. Levanta modestamente sus faldas con temor de descubrir las piernas, en la dulce ilusión de ser observada. Se descalza las sandalias y echa á andar por el pasto.

Por otro extremo un inglés se pasea rápidamente. *Time is money.*

Dos viejos encorvados caminan juntos taciturnos y tristes. ¡También ellos quieren vivir, y la vida no ha sido banquetel

Una beata hace el patinaje con más fervor que si rezara el Oficio Parvo.

Tras de mí, un señor de aspecto venerable, en su barba blanca dice: *paparrucha!* y sigue cruzando el pasto descalzo.

— *Ya se convertirá usted,* le respondo con mis faldas remangadas en abierta profesión de fe al aire libre.

Y para convencerlo, le muestro mis piés agrietados de *quiebra escarcha*, que le avanza su oficio al sol, á veces flojo, de estas mañanas polares.

El primer milagro de Río Bueno, es la obe-

diencia de los sublevados, el suplicio de tanto poltrón.

Si se somete la voluntad, qué extraño es que su vasalla, la materia, le obedezca!

Un senador y jefe de partido, descubre sus piés, todavía *sanos*, y respira, con fruición el aire matutino.

Está desengañado de la política, pero eso no obsta á la dicha, si todavía cree un poquillo en las mujeres.

Su esposa, una de las damas más simpáticas y distinguidas, yergue su airosa silueta y busca la reacción de sus piés entumecidos.

Un comodoro divorciado del mar, me espera como en un puerto de salvación en el banco donde voy á anclar, cogiendo mis sandalias después del patinaje.

En estos pueblos chicos se averigua todo desde el banco de madera colocado en la vereda y apoyado al muro de las casas.

Preguntamos: ¿qué cortejo es el que pasa?
Es un moribundo.

¿Está muerto acaso? ¡Vaya que sí, puesto que lo van á enterrar!

Y ampliando los datos, alguien me dice al

oído: que es una *naturala* (india) que se destostuzó.

Los chilenos no se suicidan por amor, pero acaso los araucanos que conservan vivas las energías primitivas, pagarán más tributo que nosotros á las pasiones amorosas!

En la tarde el padre Tadeo sale á visitar aquellos enfermos que no pueden moverse. Nos subimos al carrujito que él mismo maneja.

El padre piensa que el pueblo se extrañará de verlo pasear con señoritas al caer la noche. Nosotras nos desentendemos de sus escrúpulos, acostumbradas como estamos á ser más sacrificadas por los díceres del mundo.

Tenemos un furioso huracán de agua y viento. Esta lluvia en pleno verano me da la sensación invernal.

Cómo evocamos á los que nos aman cuando la tempestad ruge afuera y la lluvia pega en remolinos sobre los cristales empañados de la ventanal

La rusticidad del lugar me encanta. La cuesta con sus cercas vivas de enredaderas floridas por donde trepan tan penosamente coches y carretas, esas novedades de aldea que asoman

toda la gente á la llegada de los coches, me dan la sensación de una vida más sencilla.

*
* *

Diciembre 24.—¡Pascual! y qué triste, nadie me las dá!

Yo, la eterna enemiga de las cartas, me encamino todos los días al correo.

Quiero presumir de espíritu fuerte, que no aguarda nada y, sin embargo, cada mañana con mis piés rotos voy á recoger la carta que no llega.

¡Por fin algo! Un diario á mi dirección, *El Día*, enviado por un amigo. ¡Cómo me consuela ese recuerdo en el olvido general!

Del correo vuelven tantos seres triunfantes porque les avisan que ya viene en camino el paquete de madejas de lana que aguardan para comenzar un tejido, ú otra cosa de importancia análoga.

*
* *

Diciembre 25.—Merry Christmas! me desea Mr. Edwards á pie pelado, patinando al qui-

tarse el jokey que cubre su corona, no de Rey Eduardo, sino de bien adquirida calvicie.

No son alegres nuestras Pascuas!

Me entro en la Misión. Una misa eternamente larga oficiada por el padre Tadeo. Nadie me quitará de la cabeza que las misas largas las dicen los místicos y nunca los torpes ó los perezosos.

Los místicos se concentran, y en esa concentración alcanzan estados de alma en que el tiempo humano no existe.

Lo que mejor caracteriza á los verdaderos místicos, es esa lejanía moral que sentimos entre ellos y la vida en que están actuando como sonámbulos.

Más tarde encuentro al padre Tadeo en la calle, con su sombrero de alta copa, con su fisonomía triste y su lengua torpe, acostumbrada á hablar con los indios.

—¿Cómo va usted? Y los ojos que me interrogan me penetran con su hondura.

—*Vine sana y estoy enferma; tenía una salud de idolo de piedra y ahora soy paquete de miserias.*

—Ahí le fletó un milagro para su beatifica-

ción. Sonríe tristemente y sigue su camino sin afán, como un sér de la eternidad.

Iris hace una conquista práctica, que en la Trapa vale mas que las artísticas.

Se ha captado la simpatía de doña María, personalidad popular, que sólo descende en gerarquía al señor Lillo, secretario del padre, mozo tan bueno como amable.

Doña María, además de ser la bañera en jefe del establecimiento, es semi-médica, consultora de los *casos* que el tratamiento suscita en los enfermos.

¿Podré empaquetarme con dolor de cabeza? ¿Me hará mal el *perro* con frío? Ella todo lo resuelve con su viveza protectora.

Reducida á mi más simple expresión, cautivo á doña María, que me trata afectuosamente, cogiéndome de la mano para que haga las diversas evoluciones de los distintos baños, mientras que á las otras personas les da voces militares de general alemán: *Derecha, volver, avanzar.*

Ah! si siempre tuviera que vérselas con señoritas así, dulces y finas y, para colmo, amigas de don Augusto Villanueva, ya sería el pistón un oficio! Pero, en cambio, vienen unas

mal criadas provincianas, con todo lo que se encierra en colores opuestos á la nieve!

¡Qué abundancia de tipos sacerdotales, desde las dignidades altas de la Iglesia hasta el modesto fraile de convento!

Desde el señor Jara, bien *pris* en su sotana, hasta el curita de campo, gastado en las largas caminatas.

Hay padrecitos de hábitos blancos y de hábitos negros; todos afables, risueños, dan los buenos días, no esquivan los ojos, pero ocultan la mano al saludar.

Descuella entre todos Monseñor Izquierdo, el más distinguido de nuestros prelados por su virtud, por su talento, por su bello tipo de dulzura fina, que parece levantar con su mirada todo lo que abarcan sus ojos.

Hay personas, y son muy pocas, que tienen el dón de elevar todas las cosas á su nivel, por muy alto que sea y que nunca descienden á los planos inferiores; tal es ese hombre en quien la naturaleza ha sido tan pródiga como la gracia divina.

Lo cruzo al paso, y mientras mis compañeras le besan devotamente el anillo, yo sólo siento deseos de abrazarlo.

El único salón de la aldea es el de la señora Rivas.

Más que cuarto grande, para tener salón, se necesita ser atrayente, dulce y pródiga, y así es esa creatura, en cuyo rostro moldeado por la belleza de su alma, resaltan sus grandes ojos acumuladores de lágrimas contenidas.

Allí se reúnen, como para el capítulo de un convento, muchas señoras con trajes casi monacales, que me hacen pensar que la mujer chilena nace confirmada en gracia.

Esas mujeres han pasado por la vida sin conocer más que las penas legítimas. Han probado la hiel de todas las renunciaciones y de todos los sacrificios.

Ellas no han sabido más que someterse, perdonar, sufrir y esperar... lo que venga del cielo, pues á la tierra no le han pedido nunca nada!

El mal no ha existido para ellas, no le han presentado nunca el blanco, poniendo en práctica la teoría del gran triunfador: Napoleón.
En amor, la única victoria es la fuga!

Se discute—si es posible discutirlo,—qué clase de cariños nos satisfacen más, si los de hombres ó los de mujeres.

Se ruborizan, yo fundo mi prueba sobre la prioridad de los afectos masculinos, en que los santos se avenían más con las santas, que con sus afines del mismo sexo...

La diversidad sexual se complementa hasta en el mundo espiritual.

Después cae la conversación sobre el horror á la muerte. ¿Por qué? Pregunto. ¿Acaso no es más triste nacer que morir? El juicio de Dios es terrible, dice una señora suspirando...

Le observo que, si nos hacen la cuenta, nosotros tenemos la contra-cuenta. Dios ve hacia adentro y hacia atrás, por no decir que penetra nuestro inconsciente y nuestros atavismos, que son tan traidores, por los personajes poco santos, que en determinados momentos hacen revivir en nosotros.

*
* *

Diciembre 27.—Varios amigos nos convidan á comer con el padre Tadeo en su pensión. Me imagino una comida trapense, y me encuentro con una gran mesa en herradura, cubierta de maravillosas flores silvestres, cuyo centro ocupó el Padre, bajo un dosel de helechos en

que resaltaba su ascética figura de capuchino, como un viejo camafeo. Y al rededor de la mesa, mucha belleza y mucha alegría.

Había allí una niña con tipo de húngara, cuyos ojos dormidos pestañeaban acariciándonos, con un roce de seda.

Otra niña hermosa y distinguida, como una Hebé mitológica, destacaba su figura griega en el fondo del comedor. Frente á mí se sentaba una señora fina y diminuta, como porcelana japonesa, y á mi derecha estaba una joven morena que desbordaba toda la frescura y la gracia de las mujeres de Andalucía.

Cada cual dejó chispear su ingenio, antes que el champagne de su copa, con no sé qué fruición de penitentes en descanso.

El señor Besa ofreció la manifestación, presentando al Padre aquella guirnalda de flores de la montaña y de la ciudad que habían venido á hacerle corona.

Después tomó la palabra el Comodoro Beau-gency. Felicitó al Padre por su grande obra, que ha hecho del pequeño pueblo un centro restaurador de las humanas miserias.

El Padre escuchaba con su aire triste y algo abstraído de estar viviendo en otra parte.

Terminó el brindis compadeciendo al sacerdote por no haber conocido el amor de la mujer, única reminiscencia terrestre del paraíso perdido.

El Padre sonreía tristemente, y quizás pensaba con el poeta de la soledad.

Ma tête est trop puissante
Pour se reposer sur le sein d'une femme!

La alegría era tan franca y tan comunicativa, que no se pensaba en la hora, y el senador por Maule tuvo que suspender la sesión para poder levantarnos temprano al día siguiente.

Este banquete, al que no faltó ningún requisito, tuvo una diferencia fundamental.

Las damas, en vez de descubrir el busto, llevaron los pies y las piernas desnudas. Los ultrajes de la intemperie y las durezas de las sandalias han producido ahí deformaciones que no sufren nuestras gargantas, defendidas por las blanduras de la batista levemente agujereada.

Nuestros pies han perdido su alabastrina blancura, están hinchados, ampollados, man-

chados, y nos proclaman las miserias y las fragilidades de la carne!

Al salir del banquete, un frío polar nos azota el rostro y nos traspasa las piernas.

La luna derrama en los campos una claridad Elyseana, pero también cae una helada atroz, de esas que en Santiago miramos indiferentes, porque sabemos que el sol se encargará de derretirla, mientras hacemos la *grasse matinée*, pero aquí, donde hemos de quebrarla con nuestras plantas, la maldecimos como á una fuerza hostil y despiadada.

Es fiesta, y los hermanos de la Penitencia pueden tener su medio día libre. Doña María, feliz en su asueto del pistón, me aplica su chorro con un ímpetu doble.

Los mismos amigos nos invitan á navegar en el río.

Nos embarcamos en un vaporcito que nos lleva á través de esas aguas verdes como una esmeralda líquida, entre sus riberas edénicas, que parecen conducirnos á un mundo nuevo, puro é inviolable!

Las márgenes del río tienen vegetación de selva, formada por una masa compacta de bam-

búes, de arrayanes, de zarzamoras florecidas de blanco.

Los robles levantan con altivez su silueta gallarda por entre las guirnaldas del follaje de las enredaderas.

Los coigües dibujan en el cielo su redonda copa de pino parasol con arcáica severidad.

Los helechos en cascadas, en ramilletes, bajan de las montañas y besan las ondas cristalinas.

Cruzamos islas, nos internamos en golfos encantados, por la paz y el silencio en que nos envuelven.

Nos sentimos transportados á un mundo de serenidad y de dulzura, donde la vida sigue su victoriosa marcha ascendente á través de la materia, abandonando las formas caducas por nuevas y buscando una expresión de verdad y de belleza cada vez más sutil ó más etérea, hasta alcanzar las altas manifestaciones en que nace la conciencia.

¡Qué cobijante es la quietud de la selva, la sombra del follaje, la pureza del aire y la transparencia de las ondas que se escurren graciosas y movibles!

Cómo nos reposa en su seno la gran Madre del vaivén y del oleaje de la vida!

Sólo el viento que sopla fuerte en ciertos parajes, perturba nuestro estado nirvánico.

El viento convierte los tules de nuestros sombreros en infladas velas de bergantín. Flotan en el aire velos blancos, verdes, rosados, descubriendo caritas hermosas y atónitas.

Tras el tul verde de la niña con tipo de húngara fulguran sus ojos dormidos en parpadeos lánguidos y suaves...

El comodoro Beaugency, encontrando la cubierta de nuestro vapor estrecha á su ciencia náutica, se ocupa en prepararnos el ponche y en sostener la conversación con sus inagotables cuentos.

Los confites empiezan á circular y las copitas. El refrigerio pide canto. Loreto Fernández, con su aire flojo y satisfecho, de andaluza, que no pide á la vida más que guitarra y sol, entona una canción:

El amor de los hombres
se parece al pan caliente
que en cuanto se pone frío
ni el diablo le mete el diente!

Su voz vibrante se dilata en la extensión de las aguas y cobra sonoridades que repiten los ecos de la selva adormecida como una queja al amor. *Ni el diablo le mete el diente*, repite todavía como una mofa, el bosque sombrío y helado donde aman los pajarillos al calor de sus nidos.

La felicidad crece en razón inversa de la conciencia, me digo yo pensando en las ave-citas.

Cada grado de individualidad nos desarmoniza con alguna ley y nos atormenta. Espere-mos que de la desarmonía completa nazca la paz suprema!

Desembarcamos en Trumag. El campo lavado por las lluvias tiene un verdor y una frescura bíblicas.

Mientras contemplamos las praderas verdes, una locomotora con su convoy pasa como un anacronismo, manchando la pureza del aire con su aliento y profanando el silencio con su crujir de fierros.

Cómo comprendo la indignación de Ruskin ante el humo de las fábricas que han venido á manchar el templo de la naturaleza!

Nos sirven un delicioso lunch en cubierta,

con un banquito por mesa y nuestros dedos por cubiertos. Delicioso!

Mi vestido se bebe una botella entera de vino. La voracidad del apetito suprime todas las conveniencias del ritual. Mi marido me arrebató los bocados, y los otros maridos, excepción hecha de uno sólo, no son más amables con las mujeres ajenas, ya que con la propia, por sabido se calla, que la galantería encuentra su tumba en el sacramento.

Los compañeros se ponen silenciosos, soñadores, taciturnos...

Viene cayendo una tarde mágica.

Las márgenes del río se vuelven más densas en el follaje de sus árboles, las aguas más claras, más inquietas, más irisadas de reflejos cambiantes.

El cielo resplandece en fantasías de nubes multicolores.

Las altas copas de los árboles se doran ó toman coloraciones intensas y cálidas.

Las hojas de los helechos finas como encajes, extienden con más voluptuosa languidez sus frondas delicadas al beso de las olas cristalinas y traidoras como los labios del hombre...

¡La naturaleza entera se extremece en una convulsión misteriosa! Todo se anima, todo fulgura, todo palpita...

Es el día que muere, y al morir concentra sus fuerzas en una vibración más honda, de soberano esplendor!

Y nosotros todos entramos en el éxtasis de las cosas que tocan á su fin, y que, por vez postrera se alzan, adoran, se elevan y mueren!

*
* *

Diciembre 28.—¡Día de los Inocentes!

Fiesta patronímica de Río Bueno! Los santos inocentes degollados por Herodes protejen á todos los incautos que caen á este pueblo...

Incautos que llegan por docenas, sonrientes, frescos, asomados á las ventanillas de los coches, con aire de conquistadores.

Ignoran los pobrecillos el poder de la sugestión, creada por un poderoso cerebro que aquí les aguarda para apoderarse de ellos.

Hay una corriente de sugestión enorme que hace practicar el tratamiento á los más rebeldes, madrugar á los flojos, empaparse en agua

fría á los gatos, respirar padre Tadeo á los incrédulos...

Llegan caballeros gordos y satisfechos, clérigos con cara de problema teológico, frailes con tipo de evangelizadores del mundo, y en breve tiempo los vemos mustios, pusilánimes, derrotados.

Llegan niñas frescas, onduladas, con sombreros atrevidos y pronto aparecen con los cabellos lisos, cubiertos por modesto tul y con las bellas líneas de la silueta quebradas.

Señoras que llegan dignísimas y erguidas, poco después aparecen encorbadas y con protuberancias delatadoras del paso de la vida...

Los arribantes más airosos arrastran á los pocos días un pie reacio ó pisan con temor á la peladura creada por la hebilla de la sandalia...

Otros, los menos presumidos, ó los más adoloridos, cojean francamente...

Desaparecen las plumas de todos los sombreros, se adoptan modestas chupallas, y la toilette va quedando reducida á las prendas más indispensables, entre las que no figuran, ni las medias ni el corsé.

Esperar los coches en las tardes, es el prin

cial acontecimiento del pueblo. Se aguarda con impaciencia la hora de la *caída de los zorzales*. Se acoge á los recién venidos con la más zumbona alegría, como diciéndoles: *Ya verán Bueno en este Río!*...

El pueblo, como he dicho, está envuelto ó impregnado en la fuerza sugestiva, que produce una cabeza bien organizada y mentalmente muy robusta, como es la del padre Tadeo, que une á sus conocimientos científicos y experimentales el poder ascético—maravilloso modelador de espíritus—energía omnipotente que se va apoderando de los cerebros débiles, de los cerebros inferiores, que va creciendo en la adhesión de esas otras voluntades hasta convertirse en lo que la gerga llama *una elemental*.

Esa corriente de fe va siendo cada día mayor, los creyentes y los fanáticos aumentan; los milagros, las curaciones o las mejorías que corren de boca en boca, se van apoderando de las personas menos crédulas, y todos juntos van á engrosar la *elemental* que llega á constituirse en dominadora absoluta.

Este lugar une, pues, á las ventajas de un clima sano, de un tratamiento enérgico, de una

vida excelente, la atmósfera sugestiva y, por cierto, que en tales condiciones la enfermedad más rebelde se doblega.

Los médicos no disponen de los medios que el padre Tadeo tiene para hacerse obedecer, porque la sugestión personal, es casi nula al lado de la sugestión colectiva, y en masa formidable.

Los médicos tampoco logran poner á sus enfermos en condiciones de seguir forzosamente su dictámen, mientras que el padre Tadeo, hablando poquísimos y sin hacer recomendaciones especiales, es secundado por los fanáticos que persiguen á la desgraciada que usa corsé hasta arrebatárselo en la casucha del baño, y que resguardan con igual celo todas las prescripciones.

Los zorzales caen en Río Bueno, imaginándose que serán libres para practicar ó no el tratamiento, y se encuentran con que un poder mágico los mueve, los arrastra, los enreda en su engranaje, de donde saldrán, nó cuando ellos quieran, sino cuando el padre Tadeo lo tenga á bien.

Llegan personas resueltas á marcharse un día determinado, y el oráculo que cae de boca

del Padre sobre la amenaza de un mal ó la existencia de una enfermedad, los clava aquí y los somete á las más rudas penitencias.

Este poder sugestivo que se ejerce de manera tan sencilla como eficaz, me ha confirmado en mi terror á los seres que se apoderan de nuestra voluntad.

No tengo miedo á los calumniadores, ni á los malévolos, que sólo pueden dañarnos exteriormente, pero tiemblo de aquellos que pueden sugestionarme, porque al apoderarse de nuestra voluntad se han adueñado de nuestra libertad y disponen de nuestra vida.

Y tanto miedo le tengo al sugestionador de Río Bueno, que mi chica me lo ha puesto de cuco y cuando quiere amedrentarme, dice: *Te acuso al pare Tao.*

*
* * *

Diciembre 30.—Cómo agoniza el año!

Estas medidas de tiempo nos dan la sensación de su tránsito fugaz, de su irreparable huída!

Hoy me he dado el primer baño de vapor.

Fuí con susto porque se contaban muchos accidentes.

Al respirar aquella atmósfera angustiada, en que seis creaturas metidas dentro de cajones y con sólo la cabeza fuera, se lamentan, se quemán, se ahogan ó se accidentan, me da pavor...

Pienso para consolarme, que mis nervios no están sujetos á accidentes físicos: me lisonjeo de que son más finos y me sirve de confirmación mi tranquilidad en el terremoto.

Sin duda, no soy sensible á las cosas que espantan á la gente, por lo mismo que tengo otra sensibilidad que el común de los prójimos ignora.

Después de hacerme estas reflexiones, me meto al cajón, y cuando me encajan esa tapa por donde saldrá mi cabeza, como la de San Juan Bautista, en la bandeja de Herodías, me parece que me van á guillotinar, y siento ternura por esta cabeza humana, carcel del espíritu, pero jaula de tantas ilusiones!...

Mi sobrina me acompaña y no me abandonará—una linda sobrina con tipo de princesa oriental.

Momentos hay de angustia, hace demasiado calor en aquella hornilla.

La sobrina me consuela, *Tía, ya van diez minutos.*

Una señora clama desesperada... Se oyen gritos ahogados. La gente se atropella en el pasillo... Por lo menos se cree que la señora va á quedar difunta, pero todo no pasa de alarma.

Es una de tantas mujeres agitadas que necesitan de un drama que las ponga en vibración, y como la vida es avara de sus grandes emociones para con ellas, lo buscan en el baño de vapor.

La señora ha sido sacada del tormento y empapada en agua fría. Otra clama en la hornilla próxima. *¡Por Dios! ¡no puedo más! ¡favorézcanme!* Y toda la gente corre en tropel y cunde el pánico de la muerte por asfixia.

Como era lógico creerlo, no sufrí accidente.

Tres veces me empaparon en agua fría y otras tantas tuve que volver al cajón para renovar el suplicio, hasta que doña María, jefe del establecimiento, vino á sacarme definitivamente del tormento, con su aire protector y bondadoso.

Hay personas que llevan consigo una atmósfera de inmunidad, y así es esta mujer.

Mi agradecimiento no me sugiere cosa mejor que decirle: *escribiré á don Augusto Villanueva* que usted es el ángel tutelar de la Trapa! Y más que eso, irá impreso á las dos puntas de la República, para que sea conocida como la Magdalena del Evangelio, y en donde quiera que se hable de Río Bueno, se conozca también á doña María!

Después del sofocón siento un incomparable bienestar.

Me pongo muy contenta, de un buen humor, que me haría capaz de abrazar á una vieja que detesto, refunfuñona, grosera y antipática... Pienso en ella, y en vez de encolerizarme, me río, ¡pobrel qué culpa tiene de ser tonta y ordinaria, si la sangre y el destino no fueron más generosos con ella! lo que no impedirá que cuando se me pase el vapor del baño, vuelva á pensar con Emerson: *que en la naturaleza nada se dá, todo se compra*, y que por algo aquella vieja es un saco de hieles confitado en añúes...

Estoy muy alegre, muy perdonadora de tontos y de pesados, únicos seres que cuento en-

tre mis enemigos jurados, que no lo son ni lo serán jamás los que me insulten ó me ridiculicen, siempre que tengan ingenio.

Vuelvo á tener mi caracter de sana, mi cerebro chisporrotea, las palabras picarescas acuden á formar frases alegres y mis manos modelan todo lo que evoco.

¡Qué bueno es un baño de vapor! ¡qué ganas tengo de bailar, de reirme, de abrazar á todo el mundo!

Mi alegría sólo se esplica por la partida de los malos fluídos que los majaderos han ido acumulando en mí, hasta dejar un residuo de ponzoña.

Una amiga neurasténica, de esas personas que miran reír como un atentado á la seriedad chilena, me dice condolida: *Mañana estarás llorando.*

¡No creo en los chunchos porque no cantaron cuando vine á Río Bueno!

Si hoy me río y perdono á la vieja, mañana abrazaré á los tontos y bailaré con los beatos...

*
* *

Diciembre 31.—¡Vuelvo á creer en los chunchos! ¡Ayer reí y hoy estoy llorando!

¡Ha muerto Ramón Rivas! ¡Cómo ha tardado esta frase en caer de mis oídos á mi cerebro! ¡Cómo me ha costado realizar esta idea *Muerto!* De mi cerebro si que ha caído como un rayo á mi corazón y allí ha rebalsado hasta mis ojos en torrentes de lágrimas...

*
* *

Enero 1.º—El saludo del año recibido á las 7 de la mañana, es el telegrama en que un amigo me da los detalles de la muerte de Ramón Rivas. Circunstancias tristísimas.....

.....
El padre con que me confieso me desea que viva muchos años.

¿Qué mal le he hecho? Eso se desea á los enemigos y cuando no hay modo de perdonarlos.

En la noche, por alcanzar al padre Tadeo, en la calle me meto á un charco de agua...

¡Si me hubiera curado siquiera un ojo, no habría naufragado!

El padre, con su lengua indócil y su ademán protector, trata de preservarme de futuras caídas.

¡Si supieran los médicos cuán superior es la virtud curativa del corazón á la de la ciencia! ¡Cuánto mejor es amar que saber!... ¡Saber es medio y amar es objeto!

Toda la gente aquí en la aldea está ocupada del mismo tratamiento, lo que ayuda mucho á las personas nerviosas que son incapaces de iniciativas propias y que siguen fielmente el impulso que reciben.

Tan libres de preocupaciones vivimos, que sentados sobre el pasto de la plaza á pierna cruzada, con un amigo, él se ocupa en agujerear la correa de mi sandalia con una espléndida navaja de afeitar.

He concluído mi receta y necesito renovarla. No he visto al padre durante los quince días que tenía indicados. Soy una enferma prudente.

¿Qué habría podido contarle si los pistonazos no me han arrancado un sólo estornudo?

Mientras los baños desarrollan tantos accidentes en los enfermos, yo recibo el ultraje de

todos los chorros, sin que me produzcan ninguna de esas novedades que acusan en los pacientes naturalezas finas ó salud frágil.

Algunas personas refieren triunfantes que les han salido media docena de *diviesos* en nobilísimas ubicaciones del cuerpo y que el padre les ha hecho rezar un rosario de acción de gracias por cada uno de esos buzones depositarios del mal...

Y yo allí sin tener hazañas que contar. ¿Transpira por lo ménos en las frotaciones? Tampoco.

Me miran con la misma conmiseración con que un chico cojo, que llevaba la pierna metida en un aparato ortopédico, miraba á un amigo sano, diciéndole: *Tonto, que no tienes aparato!*

Una amiga me introduce al refectorio de la Misión para que atrape al padre Tadeo á la salida.

Me hacen tertulia varios padrecitos de diversas órdenes, que están en cura.

Me preguntan mi mal: *Soy miope*, respondo. *Más vale así, se peca tanto con los ojos*, dice uno de ellos contrito. «Padre, añadido, como el pecado es interior, los que no se cometen por

los ojos se acumulan por los oídos... Oigo lo que no veo y créame que las palabras son menos espirituales que las miradas, en todo caso son más concretas... »

En el instante en que el padre Tadeo cruza el refectorio, le corto el paso.

A la inmensa piedad humana que revelan sus ojos tristes, se une la altura del místico, el convencimiento del médico, la serenidad del vidente...

Nada lo agita ni lo perturba.

Su presencia es la más eficaz receta contra las agitaciones vanas de la vida.

Aquel hombre callado, que no trata de convencer á nadie, mueve, sin embargo, todas las voluntades en torno suyo.

Me coje el pulso y habla con mi chica: *¿A mí ó á la mamá quieres más?*

La niña no esquiva la verdad y, aunque por el momento sabe que le conviene querer más al padre, dice: *A mi mamá—¡Mentira! Es á mí á quien quieres!* » A lo que ella responde con la anticipada sumisión de la mujer chilena á la Iglesia: *Bueno, pues, padre.*

En seguida hace los signos *kabalísticos*, de la receta, siempre preocupado de la chica.

¿*Sanaré de mi miopía?*—Se calla, pero me cuenta el caso de una señora como yo, que enojada con Kneipp en Worishoffen, no quiso seguir curando una pequeña dolencia y se hizo operar en Munich, donde perdió los dos ojos.

Deduzco de este cuento tres cosas, que mis ojos son muy dignos de cuidar, que es malo enojarse con los padres y que peor aun creer en los médicos...

Otra consulta que escucho. Dice una señora: «Padre, padezco de agitación, vivo corriendo. No sé sumar ni restar, pero multiplico que es una maravilla, los males habidos y por haber...»

Obediencia; todo pasará dice el Padre. Y hay una firmeza en su acento solemne que cobija contra todos los males.

Padre, tengo el corazón sublevado, continúa. *No el órgano.*—*Comprendo, ahora está tranquilo.*

Y los ojos del padre penetran á la señora del corazón revoltoso, tan adentro, que casi le hace creer que está en calma...

Recuerdo á este propósito á un conde francés que diariamente interrogaba al doctor de

la clínica:—*Docteur comment va mon moral?* de la respuesta afirmativa, él se sentía alegre.

En la tarde nos encaminamos por las montañas, por los lomajes suaves, esmaltados de yerbecitas finas y de pastitos tiernos...

Al borde del horizonte aparece la masa de los grandes bosques y algunos volcanes blancos como conos de plata resplandecen al sol.

El pueblo se ve muy pintoresco en la agrupación de sus casas, y destaca en el cielo cristalino su campanario blanco y rojo, como una oración que remonta el vuelo.

Las praderas muy abiertas y onduladas exhiben en manchas vigorosas de color á los animales que pacen dulcemente...

Un gran bulto avanza hacia mí contra la luz, creo que es un toro con los cachos parados y amenazantes...

Mi compañero me tranquiliza... Son dos sacerdotes que vienen cubiertos por un quitasol.

No hay caminata agradable, como no hay conversación íntima que pueda efectuarse con más de dos personas y todavía de distinto sexo...

Mi amigo me acompaña, no de presencia.

sino de espíritu, habla poco, observa bien y sustituye cuando llega el caso, el terror de pretendidas fieras por la presencia de pacíficos bueyes.

Cuando el camino es bueno me declama versos y en las partes malas me lleva de la mano.

Llegamos á un paraje soñado. Descendimos hacia el río entre senderos rústicos con cercas vivas, cuajadas de flores que semejan copos de nieve sobre aquel verde tan puro, tan brillante, que dan las abundantes lluvias de la región,

¡Cómo comprendo ahora la pregunta de un criado traído de Santiago y que al encontrarse con tanta madera, con tanta lluvia y con árboles frescos y no mustios como los de la Alameda, dijo: *Patrón, ¿esto es Chile?*

Por desgracia hay en mi tierra una vejez en las almas, una ranciedad en la mente, una opacidad en la atmósfera, que cuando encontramos algo fresco, espontáneo, ligero, preguntamos atónitos, si por ventura-hemos traspasado alguna frontera...

Por entre bosques fragosos, llegamos al río que allí es bastante ancho y cuyas riberas son selvas paradisíacas, donde jamás parece hubiera tocado la mano del hombre.

Aquella magnífica flora tropical, que prorrumpe en la sinfonía de todos los verdes, que se retrata temblando en las ondas esquivas é infinitamente fugaces, hace la impresión del bosque sagrado, que habitan las ninfas y los genios.

El aire poblado de cantos de avecitas y el ruido del agua que pasa murmurando su canción de eternidad á través de los árboles que se miran palpar en su corriente veloz... todo da la sensación de una vida etérea, dulce, armónica...

Hay un inmenso reposo en contemplar esas aguas inquietas que jamás se detienen, en escuchar esas avecillas que trinan por una primavera..., mientras nosotros permanecemos...

Parece que la vida entera evolucionase en torno nuestro, viniendo á ser en su belleza frágil, el acompañamiento orquestado para solemnizar el íntimo poema...

En la margen opuesta los grandes árboles de impenetrable follaje, los boldos, los laureles, los robles, la espesa moldura de los helechos, combinan sus verdes en hojas variadísimas, que doblan su imagen, en ondas eternamente diversas, como nosotros vivimos nuestra vida en

tiempos siempre distintos y que nunca volverán...

Todo eso da una impresión de la multiplicidad de la vida, de su renovación perpetua...

Al regresar por las colinas, las yerbecillas y flores ondulaban mecidas por la brisa.

En la lejanía algunas montañas tomaban transparencias azuladas de visión. ¡Qué blandura en el aire, qué solemnidad en el paisaje!

Cruzamos en el camino un caballero ciego, de arrogante silueta. Sus ojos azules se clavaban en el cielo como si de allí esperase la sola luz capaz de alumbrar sus tinieblas.

¡Nunca la ceguera me había enternecido tanto como ante aquella mirada de hombre cerrada al maravilloso espectáculo de la tarde!

*
* * *

Enero 7.—¡Qué días tan miserables! Llevo cuatro eternos días de sufrimientos.

Mi talón herido se ha agravado y ahora parece que el alma entera se me ha caído al pie.

Toda mi sensibilidad y toda mi mentalidad giran en torno de mi infortunado talón...

Si por ventura un aerolito cruza el espacio,

yo me escapo segura de que trae rumbo fijo á mi talón...

Me he puesto coja, y no coja así no más, sino coja de palo en mano y encorvada.

Parezco bruja de cuento de hadas, relegada á tal miseria por sortilegio de hechicería. Ni se crea tampoco que tengo una cojera distinguida como la de Luis Barceló ó Byroniana, como la de Alberto Cruz.

La mía es desvergonzada y degradante, sin más lado romántico que el de hacerme *pencher du côté du coeur* como Mlle. de la Vallière.

Las gentes me reconocen con dificultad, me miran compasivas y me dicen: *¿Es usted la misma que trotaba por las calles?*

«Desgraciadamente me sobrevivo á mí misma y desde ahora todos los cojos son mis hermanos».

Así cimbrándome á compás de mi palo, con el medio pie que conservo de pasado esplendor, una coja se detiene y me aborda al paso: «Señorita, usted tiene ese mal *de nación?*... Nó, hermana mía, le respondo, no soy coja de nación, pero pertenezco sí á la Nación donde siempre se cojea moralmente de alguna facultad torpemente amputada en la niñez...»

La compañera de infortunio se consuela pensando en las invisibles cojeras que desarmonizan más rudamente con la vida y su mal le parece menos cruel...

Vienen otras enfermedades terribles en cuyo detalle no puedo entrar.

La gente en esta ocasión no me compadece sino que me envidia.

He dejado de *ser rara* para convertirme en persona normal y distinguida... Tendré derecho á visitas del padre, á consultas especiales... He crecido entre todos esos mortales que no exhiben tan gloriosas muestras de los pistonazos.

El padre Tadeo aparece por la noche en mi cuarto.

Es la única vez que lo he visto con alguna intimidad y que he podido darme cuenta del extraño ascendiente que ejerce sobre todos.

Cuando le hablamos no responde á nuestras palabras sino á nuestros pensamientos continuando un diálogo interior.

Hay una certidumbre en aquella mirada de hombre, certidumbre que se transmite en afirmaciones íntimas, en confianza sobrehumana...

Su presencia nos hace sentir una vida más intensa, más profunda.

Parece que nos introduce en la esfera de un sistema maravillosamente ordenado para llegar á resultados imprevistos por caminos de atrevimiento...

Su mirada de fraile cae sobre el alma en auras de paz... Nos penetra en nuestros silencios absteniéndose de escuchar nuestras palabras...

Aquello de ser *entendido* produce tanto descanso! Vivimos en el mundo como desconocidos...

La gente dice con sencillez: *Conozco á fulano desde chico*. ¡Estúpidos! que se imaginan que los años, la sangre ó la proximidad, descubren á las almas que actúan fuera del tiempo y del espacio y que sólo son accesibles á sus conyéneres...

El padre Tadeo con su hábito franciscano, espeso y severo, ceñido por el cordón de la orden seráfica, que marca al peregrino de la vida sin derecho á acampar en tienda alguna y su barba de capuchino larga y plateada, tiene un aspecto profundamente ascético...

Mis dolencias encantan al padre, encuentra

una docilidad sorprendente de naturaleza. *Usted va á sanar. Verá por dos y sentirá por uno.* ¡Ah! si sintiera por uno, y no por seis, me libraría de este agotamiento nervioso... sería feliz!

Después de la consultación psíquica, se piensa en el talón y, se le exhibe... El padre lo mira: *Hay que abrir...*

Me inquieto ante el bisturí que no he probado. ¿Con qué? Con *funumgrecum*.

Debe ser un instrumento de la cirugía alemana, pienso para mí... pero en realidad, *funumgrecum* es una yerba.

*
* *

Enero 9.—He leído cuanto se ha escrito sobre Ramón Rivas y no he encontrado ni en artículos, ni en discursos—algunos muy hermosos—esa que llamaría la fisonomía de su alma, la caracterización precisa de una individualidad.

Los admiradores, los amigos, han cojido al político, al periodista, al hombre, al intelectual, etc., y en cada uno de esos aspectos de su sér como en los cortes de las piedras preciosas,

resplandece la fuerza interna que animaba su alma, y que comunicaba á sus actos una potencia dominadora!

¡Qué estraña virilidad de espíritu se contenía dentro de ese cuerpo pequeño y nervioso en que se habían quintesenciado no sé qué energías árabes!

Su inteligencia estaba abierta á todos los horizontes del pensamiento.

Tenía fuerza filosófica y sentimiento artístico, tenía talento práctico é intuición mística. Era un espíritu que poseía todas las notas de la gama y que permanecía siempre armado de la cota y de la malla de sus invencibles energías...

Aquella alma matizada de tan ricos tonos parecía de otra raza y de otra época.

Las almas chilenas generalmente son desprovistas de matices, pero Ramón Rivas en plena juventud. poseía esa amplitud que dejan las civilizaciones refinadas ó las vidas largas!

Entre los articulistas nadie ha ido hasta el foco de misteriosa radiación, hasta el secreto motor de vida tan alta como intensa.

Yo querría ensayarlo, pero me faltan aquí mis cuadernos de 1906, donde se encuentran

verdaderos destellos de su alma... de esos que no se escapan de las largas conversaciones, pero que brotan de los silencios profundos!.....

Me parece que los hombres nunca se conocen entre sí. Los más amigos, los más íntimos, tienen demasiados intereses en común y actúan en el mismo escenario!

La mujer es en cambio, para el hombre, con relación á los intereses humanos, un sér de otro planeta y así el hombre puede revelarle secretas honduras de su espíritu que ella penetra de intuición y que al mejor amigo le parecerían fantasías ridículas.

Por estas razones las mujeres conocemos siempre á los hombres bajo una faz inédita...

Gabriel D'Annuzio fué el presentador mundano que me ligó á Ramón Rivas. Hicimos juntos una etapa del camino de nuestra alma.

En Zemita, por aquellas tardes de primavera, en que caminábamos por las montañas declamando á Verlaine y á Vigny, nació la amistad y el afecto que jamás olvidan.

Entonces me reveló ese fondo de espiritualismo que lo constituía, esa visión interna que

tenía de las cosas y que preservó á su fé cristiana de las deformaciones consiguientes á caducos sistemas de enseñanza.

Voy á ordenar los apuntes de ese tiempo que talvez reflejen á ese hombre que creía en la vida, porque sabía que estaba construída sobre un ideal divino, protegida por fuerzas eternas, sostenida por una ley de incorruptible equidad y sancionada por inexorable justicia!

Ramón Rivas creía, y por eso era capaz de inmolación absoluta á sus ideales!

El sabía que no trabajaba como hombre por un día, sino como agente divino en la eternidad... donde cada pensamiento tiene repercusiones infinitas y alcanza no ya nuestra limitada órbita de acción, sino la colectividad inmensa de los seres pensantes en esferas análogas.

Ahora ha empezado la vida verdadera, de que ésta fué prólogo.

Ha llegado á la ribera del Infinito, ha entrado en la gran Paz que sucede á la lucha y al esfuerzo continuo de una vida noble y profundamente vivida, acompañado del cariño y de las plegarias de todos los que lo amábamos!



Enero 24.—*Somos dueños del primer acto y esclavos del segundo...!* Sobre esta máxima gira como sobre su eje uno de los más bellos libros de Paul Bourget, mostrándonos el férreo sistema con que la primera falta forja el eslabón de esa cadena que nos ata para siempre á una fatalidad implacable...!

Dentro de mis ideas de libre arbitrio, era hasta cierto punto dueña de mí, cuando dije en un momento de cansancio: *Voy á Río Bueno.* Pero qué esclava soy ahora, que suspiro diciendo: *Quiero irme.*

¡Qué difícil es irse de Río Bueno!

Todos recibimos del padre Tadeo algo así como un movimiento inicial, y seguimos girando hasta que se acaba el empuje.

Al concluirse la cuerda tomamos la resolución de partir, y muy entonados nos presentamos en la Misión *pour prendre congé...*

Estamos desencantados, no hemos ganado ni un kilo, hemos sufrido mucho y queremos irnos.

En nuestro cuerpo llevamos marcas indele-

bles del tratamiento; la tierra se nos ha incrustado en las rasgaduras de los piés, hasta formar algo así como el *tatouage* de los marineros, dibujando extrañas figuras que parecen hablar de leyendas exóticas... Mi talón lleva una cruz que marca la tumba de muchas vanidades.

Me pregunto, sobresaltada, si el abrazo de bienvenida que me dará mi corsé, será tan efusivo, que me obligue á divorciarme perpetuamente de él, y si mis zapatos se dignaran todavía hospedar á mis piés groseros en su cavidad diminuta?

Estamos en estas reflexiones tristes, cuando se presenta el Padre; nos mira indiferente, no dice una palabra para alentarnos, no escucha tampoco nuestro relato y escribe una receta que durará otro mes entero...

Receta que recibimos agradecidos y que nos ponemos á practicar con el mismo fervor.

El proyecto de viaje se acabó... Nos han vuelto á dar cuerda y seguiremos andando hasta que Dios quiera!

Vine por dos semanas, y si salgo de aquí en cuatro meses, presumiré de espíritu fuerte.

Doblando mi receta, me encaminé al baño

desolada. ¡Dios mío, cuándo saldré de aquí!
¿Chi lo sá?...

Una amiga sonríe. A ella le ha pasado lo mismo, lleva ocho meses de permanencia, ha perdido 10 kilos, la ropa se le ha despedazado en el cuerpo, sus pies no pertenecen á ninguna raza, su calzado á ninguna época histórica y su talle á ningún estilo.

En la casucha del baño dicen: ¡Qué lástima, se me han quebrado los anteojos! No le importe, responde la vecina, piense que á mí se me ha quebrado un diente...

De pronto se nota gran agitación, á una señora se le ha perdido un anillo, era un *recuerdo*... y aquí la voz toma resonancias...

¡Qué significa perder un anillo, cuando se ha perdido el cuerpo, el color, el modo de andar; y para colmo, se ha perdido la voluntad...!

Somos ruedecillas de esta máquina inmensa, cuyo manubrio mueve el padre Tadeo con mano distraída, dando impulso á capricho...

En este tranquilísimo rincón, donde alternan en paz frailes y ateos, patinando juntos sobre la yerbecita tierna que el buen Dios hace crecer, lo mismo para los que lo adoran que para

los que lo niegan, suele también haber sus ráfagas tempestuosas.

Un conservador de esos que creen en los privilegios exclusivos del cielo y de la virtud, entra á misa y pregunta á un devoto señor en qué parte se encuentra el sacrificio divino.

—*En los trompones!*—le contestó su interlocutor—y le arremete con una feroz bofetada...

Inútil es decir que era loco... y que muchas veces los insanos traducen nuestros deseos...

En el pórtico de la Iglesia, el padre Tadeo, entre sonriente, socarrón y preocupado del carpintero que hace un trabajo, me dice:

¿Quiere que le componga el ojo, y vé como un águila?

Varias personas lo rodean.

Una joven averigua en voz baja si el jarabe para la vista le volverá las pestañas; una mamá pide con timidez remedio para las pecas de su niña... una vieja quiere saber en cuántos días le reventará una hinchazón...

Me escapé, meditando en la vida de nuestro Divino Maestro... Sin duda que la Pasión no fué lo peor: fueron los discípulos...

El teatro del hotel, ese albergue de la ilu-

sión humana, desterrada de la vida, está convertido en la más triste realidad, sirviendo el proscenio mismo de aposento á un niño con alfombrilla.

Las mamáes, encantadas de hablar *pestes infantiles* y sistemas nuevos de combatir las. Experimentan tanto placer en saber que las frotaciones bajan la temperatura, como yo en conocer el éxito de *Chantecler* en París.

Cada cual siente y piensa según su naturaleza, con esta diferencia: que el sentimiento elevado comprende al grosero, en tanto que el inferior desprecia al superior.

Me ahoga moralmente esta atmósfera de preocupación egoísta y material que domina á las personas.

Tropiezo á cada instante con viejas de tipo ruin, mal ajustadas, de corpachones deformes, que me miran iracundas, sintiéndose ellas el ejemplar digno de imitarse del orbe...

Una de estas viejas penetra consternada á una casucha del baño, se detiene, trágica, en el umbral, y con un acento que tiene algo de la grandeza apocalíptica, dice: *Compasión!*

De seguro que el chorro de agua fría será para su cutis lo que una descarga de carabina...

Y todavía mira antes de cerrar la puerta fatal, como diciendo: *Ténganme lástima y encontrarán misericordia el día del Juicio Final.*

Cada uno de estos ejemplares de raza me haría estallar de cólera, si no llevara del brazo por vía de compensación, para restablecer el equilibrio á una creatura encantadora, de inmensos ojos doloridos y sonrientes, ojos que llevan impresa la nostalgia de una vida más alta...

Mis cóleras secretas encuentran en ella una armonía de bálsamo. Si hay seres cuya inferioridad hace maldecir de la especie, otros hay que nos reconcilian con la vida, cuyos grados evolutivos son tan diversos...

La muchacha tiene embutido un chambergo rojo, puesto á manera de tricornio, que hace resaltar el verde de sus ojos infinitos...

Sobre la falda corta y ajustada lleva una capa negra que proclama en la última decadencia del tiempo, el sello de su noble origen.

Así vieja y ajada, todavía logra imponerse, altiva, entre las largas levas pretenciosas é ingratiabiles, por entre las amplias capas flamantes y modernas. *Soy Doucet*, dice, «y tanto en

París como en la Araucanía encuentro admiradores de la marca infalsificable de mi raza... »

Me acompaña en mi baño de vapor la niña de los ojos que ríen y lloran. Me embuten en el cajón y el vapor comienza á caldearme... deseo que transcurra el tiempo, pero la aguja se ha inmovilizado en el cuadrante.

Entretanto, la niña me toma una caricatura con su lápiz, y no deja correr más que los minutos precisos para sacarme un ojo imbécil y angustiado.

Sólo cuando ella termina su tarea, el reloj ha andado los cuarenta minutos prescritos.

El retrato resulta la receta más eficaz que el padre Tadeo pudiera escribir contra los encantos de Iris.

El que tomara esa receta habría bebido las mitológicas aguas del Leteo...

Mientras me gotea la cara y mis ojos de sonámbula no se fijan en nada, una beata alarmada me pregunta: *¿Cómo se siente?* Recobré toda mi energía para decir: *Mis dramas son psíquicos*, con cierto desprecio de las sensaciones físicas que ella rebosa en su pequeña vida...

Todas las señoras se quieren meter al mismo

tiempo á los seis cajones del baño de vapor, pero la bañera, que es sólo una, y que aunque se llama *Crecencia*, no logra multiplicarse por media docena, protesta: *Después se empiezan á desmayar en los cajones...*

Mira á una niña que tiene la cabeza congestionada y que suda gotas gruesas, como lágrimas vertidas por novio en la guerra, y entonces dice: *Tanto reparo que al principio tienen las señoritas con su cuerpo y tan poco después...*

El padre Tadeo va por la calle con un general de la República que no ha perdido miembros en las batallas, pero sí, sentidos en la vida...

Observo que el corazón del viejo militar late en desórden... El Padre se enoja: *Siempre las mujeres reparan á los hombres, en vez de mirarse á sí mismas y rezar Mea culpa.*

Muy solidarios son ellos, pero más somos nosotras, me digo con satisfacción profunda al alejarme, sintiendo el inmenso poder de la colectividad.

.....
He pasado un día delicioso. Esta vista del campo, que abarca mi ventana, en inmensa perspectiva, pone en mi espíritu su luminoso

rayo de ensueño y en mi corazón su misteriosa palpitación de vida...

¡Tiempo há que no sentía esta dulzura de existir, este impulso de avanzar hacia un Norte lejano, y este *bourdonnement* de ilusiones en torno de mi cabeza!

Leo comentarios del sistema de Pitágoras. La ciencia de los números dá la clave del Universo. Comprendo bien esa unidad de la vida y esa creación de fuerzas diversas, por la mezcla de los elementos naturales en proporciones diferentes.

Las grandes visiones sobre el Kosmos y sobre la vida transcendental, centellean como ramilletes de luces en el más allá de nuestra existencia.

Sabemos que todo está en vías de desarrollarse, de perfeccionarse y de alcanzar un fin.

Hacemos crédito á la vida en nuestras penas, y esperamos confiados en el tiempo, que siempre devuelve lo que lleva, dentro de este plazo infinito de las realizaciones.

Cada día me siento mejor en esta existencia sencilla, si por sencillez se entiende la supresión de tantos accesorios en beneficio de nuestra vida esencial y verdadera.

Suprimidas las visitas inútiles, es decir, las que no traen intercambio de ideas ó sentimientos; suprimidos los arreglos de *toilette* la vida se concentra entonces en nuestro cerebro y se centuplica en vez de dilapidarse en fruslerías.

En materia de elegancia, mi *toilette* se reduce á concluir de gastar los uniformes con que mi hija hizo su tercer año en el Sagrado Corazón, traje que por su fealdad, suprime brusca-mente todas las preocupaciones estéticas...

Embromé al padre Vargas, sobre la singular caridad de los católicos, que no se sienten obligados más que á trabajar por ellos mismos, desconociendo la fraternidad humana en Cristo, y me respondió de una manera tan hermosa, que la sonrisa picaresca se heló en mis labios; ante el calor moral de aquella alma, saturada en la dulzura del Evangelio, y abierta á la amplitud de sus horizontes...

Tanto como me encantan los místicos me cargan los fanáticos.

Hay por ahí un beato que es para mí la pesadilla del catolicismo enervante.

Se arrodilla, campanillea, se golpea el pecho en perpetuo sacristanismo inconsciente y torpe.

Es de esos devotos que sólo han visto en

la religión fórmulas huecas y que se sienten príncipes de la Iglesia y excomulgadores de todos los que no comparten su rudeza de espíritu.

He notado que esa clase de beatos, en materia de dogmas, ignoran la comunión de los santos, pero creen á pié juntillas en la resurrección de la carne...

Con las medicinas de Río Bueno resultan algunas equivocaciones, (no tantas como querían los boticarios) en todo caso graciosas é inofensivas.

Un amigo mío debía llevar á Santiago dos remedios enviados por el padre Tadeo. Uno de los frascos contenía tintura para que le saliera pelo al desnudo cráneo de un director de la alta finanza, y el otro frasco llevaba miel para endulzarle los ojos á una dama. El amigo se equivocó, y mientras el señor Gerente se confitó su impúdica cabeza con el jarabe de la dama, la misma señora se encendió los ojos con la tintura destinada para el pelo del caballero.

Esta quietud de la vida sencilla me tiene cada vez más encantada. Han abandonado mi

vida muchos accesorios inútiles y he quedado reducida á su parte esencial y provechosa.

Hasta las cartas parecen traernos las flores de todos los afectos, despojadas de las espinas que á veces nos punzan en el trato de las personas. Sin duda, nos quieren más de lejos que de cerca, porque la distancia borra nuestros defectos y agranda nuestras cualidades.

Patinando en la plaza con unos amigos, cruzamos dos viejas, afrenta del sexo hermoso... Las dos van armadas de largos báculos y resueltas á conquistar la salud y la vida á cualquier precio. Las observo airada, y les digo: *¿Desean vivir?... ¿y para quién?*

Ellas creen que converso con mi amigo, y siguen impertérritas á la conquista de la vida... que se reducirá á refunfuñar con el gato junto á un brasero solitario, en que no retozarán los nietos... Y semejantes armazones de huesos tienen el valor de venir á incomodar al padre Tadeo!

También atraviesa la plaza, al mismo tiempo, una solterona filuda, flaca y convencida de la nobleza de sus pergaminos.

Al mirarla pensé: ¿cuál es el contratipo de la mujer francesa, blanda, dulce y flexible, que

enlaza al hombre? Sin duda es esta *laucha seca*, ignorante del objeto soberano de la vida.

Si á la legítima mujer de Adán le preguntáramos: ¿para qué hemos venido á la tierra? respondería sin vacilar: *Pour l'homme...* ¿Para qué nos vestimos?... *Pour lui plaire...* ¿Para qué se vive? *Pour être aimée de lui...*

Yo llamo solteras á todas las mujeres que no sienten así, aunque estén sacramentadas.

Otra, también soltera, me detiene en la calle, y por vía de prólogo me dice: ¿Sabes que hablan muy mal de ti? ¡Vamos, qué novedad! ¿Ellos ó ellas? Sí, *Ellos*, desolada; sí, *Ellas*, encantada.

Mi interlocutora se pone seria, porque *nunca ha dado lugar á las hablillas*. Terrible es pasar mal,—añado,—y que digan bien; mientras que pasarlo bien, aunque digan mal, es sin duda lote más ventajoso!

A pesar de tanta agua fría, no faltan exaltados que disparan con balas en un tumulto. Cierta señora asustada escapó á Santiago. No sabía la pobre que el proyectil de nuestro destino nos atraparé en todas partes y que todos los demás nos pasarán por alto.

* * *

Enero 28.—Ayer fué el cumpleaños del Kaiser. Aproveché para saludar al señor Rettig, distinguido súbdito de Su Majestad y para quien soy personalidad casi sagrada, desde que sabe que fuí presentada á Guillermo II. Tan gloriosa creatura le parezco, que me ofrece su caballo para que excursione. ¡Bendito sea el Kaiser, cuyo primer favor disfruto hoy!

En la porfía de uno de esos insomnios majaderos que agotan de enervamiento, salté de la cama y me instalé en el balcón.

Eran las tres de la mañana, ese momento solemne de la noche profunda, con su majestad de silencio, de pureza y de evocación!

La vida oculta, el alma de las cosas, se exterioriza, mientras la humana y convencional vida se sumerge en la inconsciencia del sueño.

La luna, velada por espesos nubarrones, vertía una claridad tétrica. El río murmuraba una plegaria indistinta de alcoba mortuoria...

El gran silencio, ese silencio tan pavoroso de las altas horas, se ahondaba en el rumor metálico de los grillos, que para mí tiene una

inmensa dulzura de *berceuse*, una inmensa quietud de música anónima, de voz de las cosas que no tienen nombre y que se eleva como una queja doliente del fondo de la tierra cansada, hasta la piadosa luz de las estrellas!

El padre Tadeo viene á visitar un enfermo acompañado de un sacerdote polaco, de tipo fino, claro, nervioso.

El Padre le embroma: *Usted pertenece á una nación despreciable, que ha necesitado tres administradores!...*

El polaco se contrae, el gesto se le aguza y los ojos azules le centellean...!

—*Tres aves de rapiña*, responde.

Entretanto, el padre Tadeo me hace una receta, y yo, desertando cobardemente la causa de los débiles en beneficio personal, digo: *que no hay lucha posible entre Beethoven y Chopin...*

—*Y Moskowsky y Paderewsky ¿dónde quedan?*, añade el polaco...

—*Los guardo para darles el golpe de gracia con Wagner.*

A sotto voce pregunto: *¿De dónde es el padre Tadeo?*

—Y el polaco me contesta: *Es bávaro ó, para ser más exacto, es un bárbaro.*

«Entonces declaro en alta voz, para evitar que el padre me recete un *vapor*, que la locura de un bávaro es superior á la cordura de cualquier hijo de vecino», y ahí están los castillos del rey Luis para probarnos que hasta la insensatez es hermosa en los hijos de Baviera.

Ha concluído la receta y he salido libre.

Toda persona es explotable por el amor patrio, á excepción de yo misma cuando estoy en Chile... Pero, cuando salgo, pertenezco también á la régla.

*
* *
*

Febrero 3.—Cansada de prosa humana, busco una velada exótica... Voy á pasar una noche en otro mundo más en armonía conmigo.

Me encamino á la casita rosada que se empina sobre el precipicio en que se encajona el río...

Me introducen en un cuartito perfumado á sándalo, con reminiscencias de templo oriental, entre tapices desleídos, de tonos desmayados, puestos sobre los pocos muebles...

La señora tiene una bata con fondo naranja, en que cabalgan negros dragones ó extienden sus alas sombríos murciélagos.

Sus brazos marmóreos se escapan lánguidos de las mangas flotantes y su mirada ingénua y *câline* fulgura sobre mí los reflejos de ónix de sus ojos de esfinge...

Las muchachas rodean la mesa... una de ellas con su tipo de ángel *rieur pleureur* proclama en su aspecto no sé qué inmensa desproporción entre la vida y el ensueño.

Hay un *regret* en la tristeza de sus ojos profundos, en su voz ardiente y redonda como una invocación, en la sonrisa de su boca luminosa y franca...

Confinan de tal manera en la expresión de esa niña las lágrimas y las sonrisas, que parece un alma colocada en el dintel de la tierra en que todo muere y del mundo en que todo renace...

Las otras muchachas con sus ojos claros, preñados de videncias sobrenaturales, y con su aire de creaturas que viven por encima de lo humano, completan el pequeño cenáculo.

La atmósfera es exquisita y sugestiva.

Se abre un libro de Maeterlinck: *La Prin-*

cesse Maleine y aquella lectura bajo la lámpara familiar, en ese silencio tan penetrante de los campos dormidos, junto al río que murmura levemente en sordina, las frases sencillas de los personajes del drama, dan todo el alcance transcendental que encierran...

¡Qué puerilmente actúan en sus palacios ó pasean en sus bosques esos reyes y esas princesas, pero su vida así, común y sencilla, logra transparentarnos la esencia de inmortalidad que contiene.

En el fondo de esos tipos familiares, se esculpe el alma vieja en eterna lucha con la vida fugaz, en pugna con el destino...

Los personajes muestran ese fondo oculto que han vivido más ó menos profundamente las creaturas de todas las épocas, en cualquier rincón del mundo á donde las condujera su estrella.

Sus actos más insignificantes nos dan la sensación de efectuarse en el umbral de una ignota y peligrosa región, donde nuestra vida toma ampliaciones infinitas...

Sentimos el peso de responsabilidades que aun no pertenecen al dominio de nuestra conciencia... vemos alumbrarse en el misterio, las

reivindicaciones felices y los resurgimientos seguros...

El Poeta místico ha abierto el jardín encantado de los sueños... á veces en una frase banal se traduce el más allá obscuro que mueve nuestra voluntad...

Maeterlinck nos habla en símbolos, en parábolas bellísimas, accesibles á todos los entendimientos.

Nuestra vida diaria sirve de espejismo á la vida del infinito en que estamos sumergidos... Así como los falsos devotos no entienden el Nuevo Testamento, los espiritualistas de esta fa no penetran tampoco al místico belga.

Max Nordau dijo que Maeterlinck tenía el *sentido raro*. A lo que *El Figaro* de París contestó, en un bellissimo artículo, que el *sentido raro* era infinitamente superior al *sentido común*, tan apreciado por los espíritus mediocres, que niegan la existencia de lo que no poseen.

En aquel silencio nocturno, en aquellas frases transparentes y puras como una sentencia evangélica, sentimos el alcance infinito de esta vida que nos encadena en sus anillos de acero, viniendo á formar aquí abajo, la embrollada urdiembre de un gobelino, cuyo maravilloso

dibujo se pinta del otro lado de nuestra conciencia terrena...

No sé expresar esa repercusión que los episodios del drama iban produciendo en nosotros...

Sentíamos que nuestra existencia se dignificaba en virtud de la conexión que liga el más pequeño de nuestros actos, al gran conjunto en que un orden superior los envuelve, prolongando las vibraciones de nuestro ser entero, y haciéndolos inherentes á un pasado y á un porvenir prodigiosos.

Al terminar la página última, el Poeta místico nos había arrebatado al mundo de los divinos misterios, que presentimos en luces errantes á través del horizonte eternamente fugitivo del desierto que cruzamos!



Febrero 11.—Día de la aparición de Lourdes. ¡Por algo habré venido al mundo en el momento preciso en que la humanidad tuvo una manifestación material. por decirlo así, de la maternidad divina!

Soy hija de este siglo, que ha merecido una

revelación en forma tan poética y tan dulce de la Madre del Espíritu. Y como es lógico creer que los recursos vienen en razón directa de las necesidades de la especie, esta raza terrestre que se purifica, que se eleva, y que se encuentra ya en un momento de soledad moral, ha debido también encontrar mejores respuestas de los planos invisibles...

A esto se debe, sin duda, la aparición de Lourdes.

Entramos á vivir en una parte de nuestra conciencia moral, en que los auxilios terrestres no nos alcanzan, y una mujer se presenta entonces como la madre de nuestra alma, tendiéndonos sus blancas manos, y diciéndonos: *Soy la Madre de Dios*, es decir, favorezco todos los nobles impulsos, protejo todas las aspiraciones elevadas que sientes germinar confusamente en tu espíritu...

Nosotras hemos respondido á la invitación viniendo diariamente á rezar la Novena de Lourdes, que terminamos hoy.

Hemos pedido luz para nuestra alma y consuelo para nuestro corazón á la blanca imágen que alumbraban los cirios y que perfumaban

las flores de la montaña, mientras un coro de voces juveniles entonaba el *Ave Maria Stella*.



Febrero 12.—Tengo varios lemas, pero uno de los más queridos es éste: *J'y suis et j'y reste!*...

Río Bueno me ha confirmado el lema, y ha dicho: *Tu est donc tu reste!*

Este lema no reza más que con mis afectos, pues, en cuanto á mis ideas me envanezco en decir que evoluciono sin cesar: *Vers la lumière!*

No soy de los que creen que cambiar es desertar, para mí, cambiar es avanzar...

Todo cambio que obedece á un esfuerzo sincero ó á un sacrificio penoso, es progreso indiscutible...

Quiera ó no quiera, no puedo irme de esta aldea. Se me acaba la cuerda y me la renuevan por otro mes.

Me acompañan unas amiguitas que me hacen pasar ratos deliciosos. Y digo en disminutivo, porque son jóvenes y podrían ser mis hijas.

Tienen unas almas sencillas y videntes que

me descansan de la eterna mentira convencional.

Esa mentira chilena infiltrada en la sangre, que hace que sólo se puedan decir las cosas que *debieran ser* dentro de cierto protocolo tan arbitrario como falso, y nunca las cosas que son en verdad.

Lo que no entra en el molde es malo, ó cuando menos, raro, y por no caer en este anatema, los niños desde pequeños mienten, y sobre su naturaleza verdadera crean un forro de falsedades que llega á adherirse á la conciencia más que la cútis al cuerpo.

He pasado mi vida diciendo la verdad, y con asombro descubro que nadie me cree... ¿cuál será el hábito social de la mentira que nadie conoce la cara de la verdad?

En cambio, mis amiguitas han llegado á la tierra, desprovistas de prejuicios falsos, de convencionalismos estúpidos y sobre sus almas ha escrito la vida palabras misteriosas, inefables revelaciones!

Ellas han presentado al mundo un espejo limpio de imágenes, y allí se han reflejado visiones sublimes.

Ellas han visto y han sentido, fuera de los

moldes deformadores de espíritus, y su personalidad ha brotado como el lirio del valle, alto y puro entre los matorrales...

Discurríamos entre todas sobre el bien que á un alma le hizo la lectura de *En Route*, y yo me convencía más y más de que hay una forma de verdad, que es la nuestra, y que nunca será la del vecino. Y eso que pedimos al decir *El pan nuestro...* no puede ser sino esa parte de verdad y de amor particular á que nuestro espíritu tiene derecho!

*
* * *

Febrero 13.—He sentido todas las impresiones de la muerte y sigo creyendo que nos han metido en una falsa alarma al decirnos que es terrible.

Mi tercera vaporización fué trágica. Tanto me había envanecido de la finura de mis emociones, que el cuerpo rencoroso hubo de probarme á lo que se reduce cualquier espíritu debil ó fuerte, sin su ayuda.

La bañera me encajona y vuela de un lado á otro para servir á sus clientes y evitar que se tuesten ó se queden tiesas en los cajones.

Me pongo muy valiente, á pesar de una pequeña laxitud que se produce en las articulaciones.

Una beata mete la cabeza por la puerta entreabierta y con ojos atónitos me pregunta si tengo calor, advirtiéndome que en aquel instante la rosa de Jericó me estaría pálida...

—*Siento el fresco de la cumbre de Los Andes*—le contesto furiosa.

Momentos después la fatiga cunde, soporto con energía, porque es preciso sostener el pabellón de persona que no se abate por lo físico. Me digo que la voluntad todo lo vence.

Querer es poder. Mi pensamiento vacila, y sin pensar ya más, veo turbio, veo negro, no veo nada... ¡Fallezco!...

Cuando volví en mí, no recordaba nada, no sabía si regresaba del purgatorio ó del cielo, (en el infierno no he caído ni en pesadilla) verdad es que tampoco lo supo Lázaro...

Estaba rodeada de figuras espantadas que me parecían visiones de naufragos del diluvio universal... Y yo misma me sentía habitante del Paraíso Terrenal en plena inocencia primitiva.

Eso sí que ya no mordería la manzana del

árbol de la ciencia ni mucho menos la daría á mi compañero...

De algo me había servido vivir en Chile, con las penurias consiguientes! Toda la ciencia del árbol de vida se me había asimilado...

Pálida y triste salgo del baño y estrecho con efusión la mano del primer amigo que encuentro al paso. Casi no nos vemos más... El amigo se enternece. ¡Triste muerte habría sido! ¡Viudez para los literatos, horfandad para la bohemia artística, lindas necrologías y un entierro muy chic!

Un oficioso refiere al padre Tadeo el lance con sus más negros colores, haciéndole pesar sus responsabilidades de médico, y él, con un profundo conocimiento del corazón humano, oye sin inmutarse... *No es nada! Tema de artículo!...*

Tras de mí hay siempre un testigo irónico que me ve actuar con su mueca de burla.

Ninguna vez he sido bastante actora que no haya sentido al inmutable espectador.

Mientras yo fallezco como mujer, aquel testigo cruel me ve morir impasible, me encuentra ridícula, me descubre posturas anti-estéticas y

no hay acuidad de sensación tan poderosa que logre abstraerme á su espionaje!

Tengo una doble vista de las cosas, que si por un lado es fuerza por otro 'es miseria, ya que á todo le quita su sencillez de acto inconsciente y ligero.

Así como la voluntad acude tarde á la cita emocional, el testigo terrible precede casi siempre al despertar de la conciencia del acto mismo, dándome un reflejo aparte de la impresión que experimento, como si se me doblase en un espejo.

*
* *

Febrero 15.—Deseo excursionar y me busco un acompañante grato. Mi elección recae en don Mauricio Rettig, distinguido ciudadano alemán.

Se apera para montar como rico propietario que es de 4 000 cuadras, junto al lago Ranco y como primer alcalde que ha sido, y así expléndido en sus brillantes arreos y en su tipo germánico, nos lanzamos por esos campos hermosos. Hablamos del empuje que la emigración

alemana ha traído á esta raza de tan musulmana indolencia.

El paseo á caballo me encanta porque dá la sensación de volar.

En el goce de la marcha liviana y rápida á través de la montaña, por caminos variados que ondulan y descubren perspectivas bellísimas, la conversación rueda sobre Berlín, que es la ciudad más linda del mundo y sobre el Emperador, que si hubiera nacido en Francia, habría sido otro Napoleón I, más amado de las mujeres.

Bordeamos el Río Contra, que en ciertos parajes se encajona á vertiginosa hondura entre sus márgenes sombrías y espesas de vegetación.

Llegamos hasta el *Salto* en que se precipita furioso con ímpetu ciego en el abismo profundo en que sus aguas se excurren murmurantes y rápidas.

Don^s Mauricio tiene todo ese buen humor del hombre que vive en prosperidad y en salud.

Los negocios surgen en Río Bueno, el pueblo se extiende prodigiosamente.

Si el padre Tadeo les dura, aquello va á ser una riqueza incalculable.

Yo muevo tristemente la cabeza... El Padre no durará, porque ningún hombre resiste el peso de las múltiples vidas que él vive, como fraile, como cura parroquial, como capellán de monjas, como médico universal y como boticario.

Si no le secan la médula cerebral *los casos de conciencia* de las monjas, le consumirán las fuerzas las majaderías de las viejas incurables que quieren vivir sin provecho de nadie.

La vida de un hombre no es base de negocios estables.

En los lacets del camino de regreso, bajo la sombra de enormes árboles, se nos juntaron tres caballeros alemanes propietarios de las intermediaciones.

Don Mauricio, que es muy popular en la localidad, me presentó á estos señores con solemnidad.

Admiré la belleza del paisaje y recordé que el Kaiser llama á Valdivia *mi provincia*.

Privilegiado lugar que merece el pronombre posesivo del Soberano más buen mozo del mundo (no dije artista porque los alemanes en

Chile se contagian de nosotros y creen que el arte es ociosidad) y que se hace representar en el Congreso por Paulino Alfonso.

No dudo, dije á mis acompañantes, que ustedes son electores del actual diputado, por el espíritu de progreso que manifiestan.

Dos de ellos asintieron orgullosos, y el tercero manifestó que lo sería en las próximas elecciones, porque el diputado correspondía á las esperanzas del pueblo.

Aquí coloqué mi panegírico, cuidando bien de exaltar el talento y la rectitud del señor Alfonso, pero guardando como pecado mortal lo que constituye mi admiración.

Ya verán mis lectores que cuando voy á caballo no sólo escucho los pajaritos y contemplo las nubes, sino que preparo el barbecho de la candidatura de los amigos.

*
* * *

Febrero 16.—¡Cuánto se hiere el pudor de las gentes sin querer!

Me instalo cómodamente en la Iglesia, siguiendo la regla de Santa Teresa, que aconseja posturas holgadas para meditar con fruto.

Mi vestido es corto, como requiere la vida que llevamos, las medias no se usan, porque así lo exige el tratamiento, y al colocar mi pierna sobre la compañera, descubro un pedacito más de lo consagrado por el uso diario, yendo á herir con esto el recato de una beata que me lanza proyectiles de indignación con sus ojos airados, proyectiles que no alcanzan, por cierto, hasta el plano espiritual á que yo he llegado en alas de mi fe...

Cuando desciendo á la tierra veo el desastre, la beata me fulmina de una mirada y un caballero conservador se golpea el pecho, escandalizado...

Yo, con mi conciencia pura, me entro en las hermosas palabras del texto: *Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia!*...

Por la calle cruza una amiga que marcha con ademán resuelto. Nos detenemos, me pregunta por los míos, y yo para ser igualmente amable, le pregunto por su marido, y me contesta triunfante: *Lo tengo empaquetado.*

Y en la calidez de su acento vibra ese contento de la posesión absoluta, que siente quizás por primera vez en este mundo, donde apenas nos prestamos y nunca nos damos...

Esa misma señora que dejó á su marido empaquetado, lo encontró pocos pasos más allá, bebiendo champagne con un amigo. Y creamos después que somos dueños de alguien...

¡A qué tristes reflexiones ha dado lugar para mí esa respuesta que tiene mucho de cómico en su puerilidad y mucho de doloroso en su alcance velado!

¡Qué necesidad sentimos de retener lo que siempre se nos escapa!

Guy de Maupassant dice en alguna parte: *Ainsi que nous restons seuls malgré tous nos efforts, ainsi nous restons libres malgré toutes les étreintes. Personne jamais n'appartient à personne. On se prête malgré soi à ce jeu coquet ou passionné de la possession mais en ne se donne pas. Est ce qu'une femme vous appartient jamais? Savez vous ce qu'elle pense même si elle vous adore!...*

Si eso dicen ellos, qué diremos nosotras y qué pensará la señora del empaquetado caballero que rompió sus ligaduras, no ya por un atractivo de esos que hacen saltar todas las vallas, sino por un miserable plato de lentejas!

Voy á visitar una amiga que habita una casita en la eminencia que forma la márgen del río y que abarca desde sus ventanas pequeñitas como la mansión de una Geisha, perspectivas que envidiaría el palacio de un príncipe romántico...

Desde allí se domina el curso del río, perdiéndose en lejanías quiméricas, á través de sus márgenes de verdura.

Por un lado se ve el puente, el camino coqueto que trepa las cuestas, los pequeños chalets diseminados como moradas de idilio, y por otro lado se ve el río extendiendo en lejanos confines su cinta de oro con centelleos y brillos diamantinos bajo la hoguera de los rayos del sol que caen en magnífica radiación.

La señora se instala junto á su mesa con la cara apoyada indolentemente en la palma de su mano finísima.

Tiene un tipo griego, con ojos de pureza y de ensueño, á la vez tiernos y fríos...

Leemos juntas cartas de mujeres, que guardamos de tiempo atrás.

¡Qué cartas tan diversas en la forma y tan análogas en el fondo!

Cada una es documento humano, pues, la

mujer que no escribe cartas de negocios, sino de afectos, ignora esa mentira escrita que el hombre cultiva por necesidad.

Las mujeres, en cambio, mienten tanto con los labios, que la pluma en sus manos, es un instrumento de sinceridad.

Esto se refiere á las personas que no llevan *diario* y que no satisfacen en parte alguna la necesidad de verdad que todos los seres honrados sentimos... que en cuanto á las otras, pueden posar por escrito como en un teatro.

Entre las cartas que vimos había *tipos* que Marcel Prevost envidiaría para sus colecciones.

La carta trágica de la mujer de naturaleza exaltada y que tiene una visión fantástica y enfermiza de las cosas.

La carta con fondo de inercia de la mujer que ya no aspira más que á la comodidad personal, la carta mundana y *potinière* de la mujer que vive fuera de sí misma almacenando chismes y sorpresas sensacionales.

La carta sentimental de la mujer de otoño, que va siempre en busca de la felicidad, como tras un miraje falaz, que nadie alcanza, y mucho menos los que sólo han pensado en atraparla.

Otra carta de la esposa de un poeta, que á mí me atrae mucho, carta escrita en español con ayuda del diccionario, pero de donde brotan á través de las frases tiesas, verdaderas explosiones de alma.

Las ideas rebalsan por encima de las palabras estrechas, dentro de una conjugación de verbos que dá á las expresiones un colorido y un sabor exquisito.

Las asperezas, las deficiencias todas del lenguaje no sirven en aquella carta sino para dar mayor relieve al ardor de un afecto tan entusiasta como real.

Otra carta deliciosa de una mujer que amó, escrita con todo el desaliño y el abandono de su caracter inquieto y turbado, de maga sin estrella, que embelesa á todos, sin que nadie la encante á ella!

Una chilena escribe desde Europa y habla de modas. Para nuestras compatriotas, París es un sombrero, un corset, una joya...

La chilena deformada por la educación cuando se encuentra por primera vez con el legítimo ejemplar de su sexo, quiere reivindicar su reino perdido y se empeña en vestirse.

Se viste, ¡sí! y se viste como un figurín,

pero no puede atrapar el movimiento, la diablura, la gracia, la espontaneidad, que llevan siglos de atavismos y que no se improvisan en una sola vida!

Hay que rescatar el censo de falso pudor y de buen tono tieso que nos legaron las abuelas.

Todas estas cartas dejaron en nuestras almas profunda melancolía... Todas con distinto estilo, dicen lo mismo... lo inaccesible del ensueño... la esquividad de la dicha!

Todas esas mujeres tienen *fame di vivere*, y una sola que ha vivido entre ellas siente el cansancio supremo.

Oscar Wilde decía: hay dos tragedias en la vida, la de los ideales satisfechos y la de los ideales frustrados.

La primera es más dolorosa, porque mata la esperanza!

Mientras mi amiga con su aire lánguido sumergía la vaguedad de su mirada en el horizonte lejano, los rayos oblicuos del sol poniente, atravesaban el río dejando en la atmósfera una nube de oro...

Y luego la luz declinaba, las líneas se precisaban, el horizonte tomaba tonalidades de

pastel y llegaba la hora de la ternura plácida, de la armonía fugaz pero intensa, del fin de las cosas que se combinan al morir en un destello de infinita belleza!

* * *

Febrero 17.—He leído en la *Revista Católica* un artículo sobre el padre Tadeo.

El sacerdote que lo escribe se burla de los diagnósticos del Padre. Había sido operado del hígado, y el padre no vió la enfermedad. Lo atribuye á deficiencia de exámen por falta de tiempo.

Es curioso que la generalidad de la gente no logre darse cuenta de que esta clase de diagnósticos, no se fundan sobre un análisis material de los órganos afectados, sino en cierto golpe de vista interior, mil veces más profundo y más certero que lo que pueden constatar nuestros sentidos.

Esto me hace recordar lo que muchos necios me han dicho: *¿Cómo vé usted tanto, siendo ciega?*

—Por la misma razón porque usted no ve

nada, teniendo ojos de *lince*, respondió inmutable.

Se van meditando, y quizás nunca descubren que la tontería es la más incurable de las cegueras.

Se imaginan que para ver hay que abrir los ojos y aplicarlos á un objeto... así mismo miran los animales y no ven lo que vemos nosotros!

Para cuántos oídos muy finos como órgano auditivo, la música es un ruído indistinto; y en cambio, Beethoven, sordo, creó armonías sublimes.

El órgano de la visión está dentro de nosotros, está en nuestro cerebro, está en nuestra alma, y el que posee esa visión interna, no sólo ve *debajo del agua*, según la expresión del articulista, sino á través de los cuerpos sólidos y sutiles, á través de los sentimientos y de la conciencia...

Sucede también que ciertos clérigos llegan aquí, á Río Bueno, creyendo disponer del padre Tadeo á su antojo, por el hecho de pertenecer á la casta sacerdotal.

Además, algunos católicos exageran la máxima *de que la caridad comienza en casa*, y para

ellos se queda tan en casa, que nunca sale de paseo por el mundo.

Dentro de esta teoría inconfesable, pero á veces practicada, de hacer el bien sólo á los propios, experimentan esos mismos católicos una gran sorpresa cuando encuentran que el padre Tadeo no vé sotanas, sino cuerpos humanos más ó menos estropeados, así como en su confesonario no escucha el crugir de las sedas de su penitente, para oír tan sólo la confianza del alma humana que allí llega y que tiene á veces entre sus encajes más miserias que la última infeliz cubierta de andrajos.



Febrero 20.—Todos los días no son iguales, aunque se hagan las mismas cosas, así, por ejemplo, hoy me han dado un duchazo feroz.

Doña María grita constantemente al muchacho que achica la bomba: *Agua, Lucho, suavcito*, y el tal Lucho, que parece que tuviera conmigo cuentas pendientes, me envía al bombearme, más que un chorro, una descarga cerrada.

Casi me derriba por el suelo la fuerza de

aquella manguera, en que don Lucho me echa la catarata del Niágara, mientras doña María furiosa, (no conmigo, sino con Lucho) parece escribir sobre mi cútis la palabra: *Némesis!*

He recibido un libro: *El alma perdida de la Princesa*, por Leonardo Pena.

Aun no lo he visto, pero me sabe á cosa exquisita en el estilo de D'Annunzio.

En el Ateneo subió á la tribuna, hace algunos meses, un joven de cabeza ancha y melnuda, una de esas cabezas que parecen abrumadas por la gran inspiración ó por el talento excesivo...

Cabezas cargadas de ocultas sugestiones buyentes de luz, orientadas en rumbos nuevos y sorprendentes.

Pocos momentos después todo el público estaba arrebatado por la palabra de aquel hombre que tras de cada una de sus frases parecía dejar un reguero de fuego...

¡Qué explosión de ideas, qué brillo de imágenes!

En sus períodos amplios, redondos, llenos de pensamientos incidentales, tomados al vuelo, en el desborde de aquella elocuencia enorme,

parecía arrojarnos á los ojos puñados de diamantes.

Aquel joven era Leonardo Pena!

*
* *

Febrero 21.—Es domingo y se anuncia una fiesta en el Fuerte, vieja construcción colonial, cuyos macizos murallones están rodeados de fosos muy hondos.

Y allí junto á la obra potente del empuje español, la Naturaleza tiende su manto de verdura y el río desliza sus ondas livianas.

Los cañones apuntan todavía sus cureñas negras sobre la placidez de los campos, sobre la azulada cinta del río... tomando mayor relieve en esa diafanidad purísima de las cosas...

Sobre la impotencia del esfuerzo humano, la Naturaleza se dilata ufana, sintiéndose aliada de los principios eternos.

Las entradas á la fiesta se habían peleado y los pobres penitentes pensábamos en restaurar nuestras perdidas fachas.

Del fondo de nuestros baúles sacamos galas olvidadas, y sus finuras desarmonizaban con la rudeza de nuestras personas.

Las medias, esas antiguas amigas de tiempos mejores, ahora nos hacen cosquillas.

Nos calzamos en lucha desesperada con nuestros zapatos... logrando dar apenas pasos inciertos.

Los tacones nos hacen perder el equilibrio. Los vestidos no nos cruzan, y si un broche logra encajar en su hembra, todas las costuras quedan tronadas.

Las mechas indómitas han olvidado las ondulaciones de antaño y se yerguen porfiadas sobre la frente desnuda...

Salimos al fin como provincianas que bajan á la Pampa para bailar la cueca en el Dieciocho.

Vamos almidonadas, crugientes, viendo por todas partes candelillas de dolor en los piés.

El desfile que observo sobre el puente levadizo, es triste.

Los sombrerones emplumados, traídos de Santiago, han salido de sus cartones á respirar por una tarde, y disuenan como nota falsa en la sencillez de la aldea.

No soy yo sola quien hace pruebas acrobáticas sobre los piés, me consuelo observando los pasos vacilantes de las demás señoras.

Nos instalamos en primera fila y sobre un montículo lleno de arbustos que sirve de prosenio, se ha ocultado la orquesta y los cantantes del coro.

La música y las voces, saliendo así anónimas de entre los árboles, toman no sé qué poesía de encantamiento.

La señorita Carmela Barriga, cantó el solo del coro con su bellísima voz, que en el aire puro daba vibraciones cristalinas...

En seguida las niñas Morla representaron una composición dramática: *La Ciega*.

Soplaba un viento descompasado, bufante, loco.

Sentía que el cuadro iba á perder su encanto de serenidad, reprochaba al sol su falta de galantería para esconderse en el momento de la invocación de la ciega.

Al fin aparecen en medio del vendaval sobre un fondo gris desolado, en lo alto del montículo, la Ciega, admirablemente caracterizada por Carmen Morla, en traje de mendiga, con dos trenzas blancas haciendo marco á un rostro de sonámbula y avanzando apoyada en su bastón, con pasos vacilantes y ademán incierto hacia la fuente milagrosa.

Su hijo la conduce, un muchachito precioso —Gimena Morla— que con un saquito de percal adherido al cuerpo y con su cabello rubio, casi suelto, apenas retenido sobre la frente por un pañuelo azul, hace un cuadro digno de gran pincel.

El huracán le desgrena el cabello á cada instante y se lo avispa en mechaz locas sobre la cara.

Ella, con el gesto delicado de sus lindas manos, que tan bien saben expresar el hastío de la vida, propio de los infelices, lo tira hacia atrás y muestra la pureza de su frente preñada de inocentes angustias.

La madre ciega no quiere acercarse á la fuente milagrosa; el niño, con su voz cálida de vibrante persuasión, la incita.

La madre pregunta al hijo cómo es la naturaleza que los rodea, y el niño, con su vocecilla pura pero llena de alma, le dice: *En primavera las flores brillan, madre, en seguida se entristecen... es el otoño...* y en ese instante su cuerpecito tiene un movimiento de desmayo lánguido, como flor que dobla su tallo, mientras sus dolientes ojos proclaman la hondura de una tristeza sin nombre...

Después las flores inclinan la cabeza y mueren... es el invierno...; y su voz tierna y sonora pone allí una inflexión de estremecimiento de vida que muere...

Hay una extraordinaria evocación en esas dos creaturas allí enlazadas sobre el fondo gris de la tarde...

El viento arremolina cada vez con más furia sus figuritas frágiles, hincha sus vestidos transfigurándolas, para acentuar la incógnita de la existencia ante el misterio de la vida... incógnita que se abre obscura y profunda trás de cada sér humano.

El niño trae al fin agua de la fuente en su sombrero á la madre ciega, y le moja los párpados.

La madre vé, con el agua milagrosa; el mundo corpóreo entra en sus muertas pupilas, y su impresión primera no es de deslumbramiento, es de pena...

Mira á su hijo, y dice: *Ese eres tú!* Mira la naturaleza toda y, siente que las visiones de su mundo interior, que el ideal de su alma es mucho más bello.

La ciega no quiere ver más... quiere volver

á las tinieblas que contienen para ella un mundo de bellezas inexplicables...

La concepción es hermosa, de hondo simbolismo y expresada con delicadeza y poesía.

La ciega hace que su hijo le vende nuevamente los ojos y declara que quiere ser siempre ciega.

Coje su bastón, y con pasos vacilantes se sumerge en la obscuridad que abre las visiones de otro mundo mejor...

Recordé al autor—Carlos Morla—que ha escrito tantas cosas lindas...

Es muy ingrata la tarea de los escritores de teatro, pues, el público se encariña con los actores y olvida al autor, que tiene mucha comunidad de destino, con Cyrano de Bergerac, en aquello de besar con el alma, por labios extraños á la dama de su corazón.

*
* * *

Marzo 1.º—No hay pluma, ni habría pincel que lograse pintar los cielos de esta aldea.

Las nubes y las luces combinan fantasías sorprendentes, en tonos multicolores.

Se hacen figuras extrañas, cabalgatas de

mónstruos, castillos de hadas, se producen incendios, desgarraduras que muestran paraísos, se construyen palacios encantados, en que el topacio, el zafiro y el rubí, los cristales y las aguas marinas crean armonías que producen deslumbramiento en los ojos y fatiga en el cerebro.

El cielo de Río Bueno es maravilloso; tiene algo de evocación mágica.

Perder una tarde, me parece un sacrificio, porque cada tarde dá entrada á un templo, en que se honra la inaccesible divinidad.

Desde la terraza ví ayer la puesta de sol.

Inmensos nubarrones orlados de fuego velaban el astro, que descendía al ocaso incendiando la atmósfera y los campos con soberbio esplendor.

Al desprenderse el sol de las nubes, se agruparon éstas en torno, haciéndole marco y colocándolo al centro de una guirnalda de arrebales... y en el momento de hundirse en la montaña, las nubes, siempre formando nicho, se broncearon en un resplandecimiento de altar vacío de su Ídolo.

En ese instante, las campanas de la Misión rompieron á repicar, y su resonar purísimo so-

bre las ondas del río me transportó á Florencia, la ciudad de las músicas aéreas que vibran y mueren tan dulcemente en el Arno.

Esos repiques á la caída de la tarde, me parecen el *hosanna* de la tarea cumplida, de la cosa vivida definitivamente y que queda atrás para siempre en el largo camino polvoroso...

Mientras el cielo de la aldea suspende sobre nuestras cabezas sus magníficos espectáculos, la vida de abajo tiene todas las miserias consiguientes á los pueblos improvisados!

Un ilustre señor habita un palco del teatro, dividido del vecino, no ya por tabiques, sino por telas muy delgadas.

Durante el sueño, su cabeza se incrusta en el cabello de una alemancita que tiene su lecho tras de la imaginaria pared...

¡Cuántos simpáticos encuentros se realizan más allá de las fronteras en que se divide el sueño de la vigilia!...

Un político retirado, tose como un trueno, una antigua belleza se suena como una trompeta, un chico gime de dolor de muelas. La mamá cree que es la del juicio, que le asoma...

Otro señor extremece de tal modo el catre y los tabiques del cuarto al darse vuelta en la

cama, que me despierta asustada, en pleno terremoto de Agosto.

El proscenio del mismo teatro, ocupado ahora por cuatro señoritas santiaguinas, dá sus representaciones á telón corrido... preparando el gusto del público al estilo moderno, hecho para las evocaciones sùtiles.

Los asistentes á platea sentimos caer el agua de las frotaciones en los *tubs* de goma. No vemos nada, pero la imaginación nos basta.

*
* * *

Marzo 3.—Hemos excursionado en gran caravana al bosque de los copihues.

Atravesando el río, la aldea aparece al lado opuesto, pintorescamente suspendida en la montaña.

El molino de la pensión Dopking despliega sus aspas al viento de la tarde.

Se nos han reunido muchos compañeros nuevos que vienen de otras pensiones.

Observo ese tipo de la devota soltera, amilanada de espíritu y temerosa de todo.

Es una vida que no se ha ensanchado en la

expansión completa, y que al marchitarse, como la flor, guarda la rigidez del botón.

Observo otro señor de tipo fuerte, moreno, de anteojos. Le gusta el bello sexo. ¿Cómo lo sé, si lo veo por primera vez?...

Porque el *galantuomo* tiene una manera particular de cuadrarse ante la dama que lo delata á primera vista.

Nos acompaña también un padre Carmelita, de fisonomía ardiente en su misma pureza. Parece uno de esos santos de rostro exangüe que los pintores primitivos arrodillaron estáticos ante las madonnas.

Entró al convento casi niño, ha visto el mundo á través de un ensueño místico y guarda en sus pupilas esa dilatación de horizontes que deja en los marinos la perpetua visión del mar. Nos canta aires vascuences que me traen ecos de los Pirineos.

Hay una melancolía profunda en el acento de esos cantares, que evocan la soledad de la montaña, á la vuelta de cuyo sendero, la cruz extiende hacia el caminante sus brazos negros, diciéndole: *Spes Unica!*

¡Qué intensa armonía hay entre los paisajes y las canciones populares! El arte vincula las

opuestas faces de la belleza en un plano invisible haciendo que se correspondan y se reflejen!

Con grandes proezas, los caballeros intrépidos de la comitiva, (pues también los había muy poltrones) logran hacernos atravesar pantanos pegajosos, mediante piruetas sobre troncos de árboles que giran á veces bajo los piés y nos tiran al charco...

Hubo partes en que preferimos arrojar las sandalias y echarnos á pie desnudo. Algunos piesecillos anémicos guardan su blancura y parecen trozos de mármol en los pastos.

Al saltar los troncos de los potreros, algunas señoras que conservan todavía su recato intacto, quieren huír de la vista de los caballeros, pero se les hacen reflexiones, y queda demostrado que en este pueblo, tanto dá una pierna como un brazo... El uso ha consagrado la lejítima exhibición de ellas... como de ellos...

Entramos á un bosque espeso. Con enormes esfuerzos los caballeros que no hacen *pares* y que se quedan *nones* penetran en el fragor de la montaña y vuelven rasmillados por la zarzamoras.

Un señor muy buen mozo trae la cara ensangrentada por abrir paso á unos mozalvetes feos que se cuidaban la averiada cútis, de los arañazos de los árboles.

Los copihues enredados en el follaje semejan lágrimas de sangre que tiemblan en el delgado filamento que los sostiene.

En la extensión del bosque, aquellas flores escondidas, rojas y largas, dan no sé qué aspecto triste, como si los árboles se ocultasen ruborosos para llorar sus lágrimas en la espesura impenetrable del follaje.

El río, muy ancho allí, al pié del bosque de los copihues, forma codo en una vuelta violenta y parece un lago maravilloso en el relieve que le dá la vegetación de sus orillas.

Gruesos paquetes de hojas de pangue, anchas, encarrujadas y recortadas, tocan las inquietas y rizadas ondas, prolongando sus reflejos verdosos en el cristal del agua, en fantásticas deformaciones que conservan sus matices y toman nuevas irradiaciones de luz. Las imágenes palpitan, se estremecen y se transforman con rítmicas convulsiones.

Me pasaría las horas enteras leyendo lo que dice á mi alma el inquieto correr del agua, fugaz

como nuestra vida, y aquel ondear de visiones que se suceden sin cesar como las ideas en nuestra mente.

Sentada en una piedra al borde del agua, Carmela Barriga cantaba con su privilegiada voz las bellas frases del poeta:

—Ninon! Ninon! Que fais-tu de la vie?

—Tu n'as pas d'étoile et tu vas dans la mer

—En voyage sans livre, au combat sans musique

—Quoil! Tu n'as pas d'amour et tu parles de vivre!

.....

Y en la embriaguez de la melodía sentíamos todos, el bosque y el río que sin los amores, daríamos por nada nuestra vida.

La canción, como en lánguido *ritornello*, continuaba siempre: *Moi pour un peu d'amour je donnerai ma vie!* y el eco repetía mil veces: *ma vie! ma vie!*

En este mundo en que todo tiende hacia un centro mejor, el río va hacia el mar, el pájaro á su nido, el hombre á la mujer y el alma hacia Dios!

Volviendo por los potreros, el camino sigue á cierta altura que domina el paisaje, con sus

campos ondulados, con la cinta del río color acero engastada en la lujosa verdura de sus márgenes y con la visión lejana de los volcanes, levemente rosados al borde del horizonte azul.

¡Qué inmensa quietud lleva consigo la vida natural en su lenta evolución, mientras nosotros luchamos entre las luces de arriba y las sugerencias de abajo!

La naturaleza alcanza su objeto en perfecto reposo, en tanto que nosotros actuamos en un momento fatal de transición, entre la vida que presienten nuestros ideales y otra que nos retiene en sus redes.

La naturaleza entera nos proclama la confianza en el impulso que solicita nuestro desarrollo íntimo y nos confirma en la seguridad de una próxima conquista... *Suivre son essor* mediante sacrificios tristes en cambio de felicidades soñadas!

La tarde cae en los campos. El gran círculo del horizonte tan abierto como en el mar, se redondea magnífico en torno nuestro. La bóveda del cielo muy tétrica en sus nubes plomizas, suspende sobre nuestras cabezas una cúpula de fierro que deja un borde luminoso al borde

de las montañas que se recortan en su claridad. Del lado oriente el pueblo se destaca entre nubarrones de cobre viejo ó de platino brillante.

En aquel momento me sentía dueña de la vida, de mover, de agitar ó de desviar las leyes físicas con mi sola voluntad; por ese oculto poder que reside en el fondo de nosotros mismos y que toma su cetro sobre las creaturas inferiores, cuando hemos aprendido la ciencia del sacrificio.

Llegamos al reinado íntimo cuando avasallamos nuestra humana voluntad.

Haciéndonos esclavos de todas las leyes, concluimos por dominarlas.

Caminando por la montaña, ya bastante tarde, encontramos dos padres capuchinos: uno de ellos es el Superior del Convento de Buenos Aires que ha venido á curarse. Alto, muy pálido, con ojos de infinita vaguedad, que llevan en sus pupilas no sé qué lejanías tristes—nostalgias ó ausencias—la boca fina, de pliegue enérgico y la gran barba rubia que cae magnífica sobre su pecho enjuto, de hombre que se ha consumido en el trabajo, en la lucha ó en la soledad!

Para hablar tiene una viveza nerviosa y una finura extremada de gesto que engasta y cincela sus ideas altas y sus sentimientos hondos. Se le nota enfermo y ansioso de respirar oxígeno, de recobrar en la naturaleza esa fibra de vida, esa chispa de electricidad, que la existencia diaria nos roba en su incesante desgaste.

En vano, querría ocultar bajo el hábito y el cápuz una distinción de raza que supone el producto de varias generaciones.

Es vasco, hermano de Ramuntcho, ese tipo de hombre que combina altiveces viejas con delicadezas enfermizas, fundidas en esa melancolía especial de los altos montes que estremecen las furias del mar Cantábrico:

Ignoro por qué este hombre me hace imaginar cuando lo observo, en alguna tristeza íntima, que fuera la base de su vocación religiosa. Me parece sentir una renunciación suprema en el secreto de aquella bellísima alma de fraile, ardorosa i grande. Hay, sin duda, tristeza de recuerdo impotente en el fondo de sus ojos fugitivos!... ¿Qué irrealizable ensueño le ha ceñido ese cordón de peregrino humano con que San Francisco recorría el mundo invitando á

las más modestas avechitas de la creación á formar parte del reino de Dios?

¿Qué tempestad de esas que remedan los pinos en los altos picachos, le ha soplado en el alma y lo ha puesto en la ruta del sacrificio?

Al separarnos en la puerta de la Misión le hablé yo del padre Jerónimo, ese fraile capuchino tan eminente que conocí hace tiempo en otro convento del Sur, y lamenté, dentro de mi pobre criterio terreno, que tales almas huyesen del mundo y se sepultasen en la Araucanía, (Dios sabe que fuerzas enjendrarán esos sacrificios). A lo que él me respondió «que la soledad de la inteligencia era más dura que la del corazón».

—Por lo menos es más confesable—agregué mentalmente.

* * *

Marzo 4.—Nuestro paseo de la tarde fué á casa de la lavandera doña Fernanda. Nos sorprendió encontrar un hogar limpio y confortable. La casita de madera es hermosa. En las ventanas tiene cortinillas blancas y maceteros de flores.

Adentro hay un jardín bien cuidado, jarrones de cemento, hortalizas, un huerto con preciosos árboles. Las manzanas coloradas como amapolas y las ciruelas azules, cuelgan de los ganchos en grandes manojos.

Aquel interior tan distinto al rancho y á la ruca me hizo pensar que por allí habría otra mezcla de sangre distinta a la de araucano con español, que sólo ha formado una raza nómada, sin raíces, habitando charcos, ó amontonada en ratoneras.

Doña Fernanda nos recibió amable; vive con sus padres viejos, una chilena y un francés, que aclaran el enigma del hogar agradable. Luego me cuenta que su padre es forastero y todavía no se le quita lo *cerraó pá hablar*; es de un lugar que lo *mientan Arcachón*.

Preguntamos por la mamita.

—*Está cosechando un puñdo de trigo que sembró pá las aves*. Allá en el potrero, entre unas cuantas gavillas, está replantigada una viejita delgada, simpática, con la boca hundida y la cabeza cubierta con un pañuelo de florones amarillos, anudado debajo de la barba.

La suerte suya, señora, que es casáa con gringo—le digo yo—y por eso tiene casa bonita, to-

dos los huesos en su lugar y pocos retoños, que si le toca como á mí uno de estos naturales (mostrándole á mi marido) viviría con los chanchos, tendría más de una costilla hundida y no le acabaría de aprender los nombres a los chiquillos... La viejita se sonríe maliciosa porque sospecha que mis costillas están tan tranquilas como las suyas, de pura lástima se casó con ese gringo forano y muy bueno que le ha salido, vive contenta en su casa, no vá pal pueblo, (distante diez cuadras), desde hace quince años, porque no hay quien la desempeñe.

Se acuerda de Mr. Edwards que le pidió una nieta *pá casarse, aunque aquel malvado gringo tenía más cara de buscar pá malo que pá güeno.*

¿Hasta cuando se quedan ustedes? Hasta que maduren las ciruelas. Es decir hasta que las desengañe el padre Tadeo.

—Señora cuesta mucho desengañarse de los hombres y la prueba es que usted todavía le cree al gringo...

La casa i la viejita, encantadoras. Cuando la mujer chilena une su suerte a un extranjero y sobre todo, a un francés, pierde esa fatalidad que la raza lleva consigo. El espíritu se alivia

na, la vida deja de ser carga i se convierte en don. Nuestra raza atraviesa un momento de la conciencia moral que tiene mucho de la fatalidad antigua, sin sus luces y sin sus refinamientos!

Esperando al padre Tadeo en la misión encontré á un magestuoso señor, envuelto en su macfarland, con el rostro encuadrado por espléndidos favoritos blancos. Me miraba con unos ojillos bailarines *petits yeux de cochón* y como yo tambien lo observaba complacida, al fin me dijo: *Señorita este padre Tadeo es más resbaloso de pescar que un bagre*. Pensando yo entonces en aquello de que *el estilo es el hombre*, me respondí sin titubear: *este señor ha freído pejerreyes*. Después supe que era dueño de un famoso restaurant.

Estoi nerviosa, he amanecido de malas y todo me incomoda. Junto á mi casucha de baño, chilla un niño. ¡Majadero! La mamá enojada contesta. *Mas majadera es usted*. «Queda clasificada de poco ocurrente, replico, puesto que no ha cambiado de palabra para contestarme». Y más enojada la mamá agrega: *¡qué inteligente debe encontrarse usted!*

«Nada, señora, cuando me analizo, pero mucho cuando me comparo».

* * *

Marzo 5.—Llueve, la noche está negra, el pueblo dormido... Rompe el silencio el tamborineo del agua en el techo y el correr monótono del río que nos mece como una queja secular... Una gran tristeza desolada en el ambiente, una impresión de angustia pavorosa en las almas...

Nos sentamos en derredor de una mesa y bajo la pantalla de una lámpara abrimos las páginas de *Los Ciegos* de Maeterlinck. El cuadro en que el Poeta desarrolla el drama es muy sugestivo.

Los ciegos aparecen en la escena reunidos á la orilla del mar junto á un sacerdote que los dirige y que los ha sacado á pasear fuera del hospicio.

Un grupo de sauces llorones cobija el triste grupo.

Todo aquel cuadro en su desolación y en su tristeza representa un momento de la conciencia humana... Momento en que caminamos á

tientas, en un sendero obscuro, guiados por otra alma que ve más que nosotros en la vida interior.

El mar allí próximo, es el símbolo del infinito que nos rodea, de que estamos separados por pocos pasos, así como nuestra existencia humana dentro del cuerpo no es consciente de la vida universal que nos circunda.

Que profundamente evocador de un estado de alma bien conocido es el cuadro en que Maeterlinck hace actuar á sus personajes.

Los ciegos se dividen en ciegos de nacimiento y en ciegos de accidente.

Los primeros no se interesan por nada y no recuerdan nada, así como esas almas que nunca han tenido revelaciones íntimas y que niegan los inefables milagros de la vida interior.

Los otros que han perdido la vista por accidente tienen orientación de espíritu diversa.

Hay muchos grados de conciencia entre esos ciegos; cada cual es un ejemplar del alma humana en determinado momento del progreso evolutivo...

Así, por ejemplo, el ciego más anciano, como desprendido que está de la materia, presiente cosas que los demás no vislumbran.

La ciega joven tiene más esperanza, más alegría humana, está más dentro del plano terrestre.

Todos ellos sienten la angustia de la soledad. Están juntos, pero no se ven.

Experimentan la misma angustia que nos oprime á nosotros, cuando á través de todos los besos, sentimos nuestras almas extrañas lejanas, incomunicables...

Los ciegos dicen: *Il y a quelque chose entre nous.*

Sí! hay algo que sentimos todos los humanos, y que es el peso de lo inexpresable, de lo que no tiene voz en el lenguaje, de todos aquellos destellos fugaces de alma que no encuentran reflejo en parte alguna.

Tocamos las orillas de un mar desconocido, de un abismo misterioso que está allí junto á nosotros sin que podamos ayudarnos, ni sondearlo, ni siquiera evitarlo.

Es el infinito que se aproxima, que nos coge, que nos va a sumergir en su seno, y nosotros lo presentimos sin verlo y sin poder auxiliarnos.

Los ciegos advierten el silencio del sacer

dote que los guía y se imaginan que los ha abandonado.

Sufren todas las amarguras de la incertidumbre y del miedo.

Cuando escuchan una campana en el silencio del campo solitario, la distancia del sonido les advierte la lejanía del hospicio, pero no les indica si las doce campanadas que han oído marcan la media noche ó el medio día.

Ignoran el paraje en que se encuentran, el rumbo que llevan, la colocación en que están ellos mismos.

Hermosa imagen del estado de alma que atraviesan esos seres, que sufren el dolor sin explicarlo, que soportan la injusticia sin comprenderla, que aman y que no son correspondidos!

Es idéntica situación á la de esos ciegos que viven el momento presente cargado de amenazas, envueltos en perpetua obscuridad. No perciben que toda vida humana es un segundo de la eternidad, que sólo se explica por sus antecedentes y por sus consecuencias.

Los ciegos de nacimiento no querían salir del hospicio, no gustan de ir al campo, ni de ponerse bajo el sol como los otros.

Asimismo, ciertas almas que ignoran las luces de adentro, no conceden á los que alguna vez las han tenido, el derecho de salir nuevamente en su busca.

La lectura se interrumpía á cada rato. La lluvia caía monótona en el zinc del techo y el río murmuraba lejano y triste.

Todos hacíamos comentarios, repetíamos las frases de los ciegos y cada expresión nos parecía el reflejo de nuestra vida secreta, complicada y profunda...

En cada palabra encontrábamos la fórmula escrita para explicarnos un estado moral semejante al nuestro.

Todos estábamos ahí reunidos y, sin embargo, cuánto de ignoto y de obscuro entre nosotros mismos.

Nos estrechábamos las manos ansiosos, pero ¿acaso hay alguna efusión humana capaz de aproximar las lejanías del espíritu ó, de fundir las barreras de almas?

Entre esos brazos que se estrechan anhelantes, entre esos labios que se oprimen ardorosos ¡qué enormes secretos irrevelables, qué tristezas no compartidas, qué soledades inconfundibles!

Se ven las lágrimas que corren sobre las mejillas, pero las otras que corren por el corazón ¿quién las vió jamás?

Seguimos la lectura en aquella solemnidad de la noche de campo tempestuosa, mientras la lámpara vierte su luz sobre los rostros frescos de las niñas que bostezan lánguidas.

La angustia de los ciegos, entretanto, crece... *Il y a quelque chose entre nous.* El mar sube cerca de ellos, sienten algo como pasos sobre las hojas secas pero nadie se aproxima.

Y los pobres ciegos siguen comunicándose sus secretos-terrores, y dicen que no tienen miedo de eso que sienten sino de *otra cosa.*

Todos nuestros terrores explicables van doblados de otros terrores misteriosos de que los primeros no son más que el anuncio.

Terror del alma ante el misterio de la vida, desfallecimiento ante las fuerzas que nos dominan, desaliento ante la fatalidad, angustia ante el impenetrable más allá...

Terror del alma ante el enigma de la vida que no tiene nombre y que no podemos expresar en ninguna lengua.

Aparece un perro, y luego llora el niño de la ciega. Estos seres de instinto en la obra de

Maeterlinck como en la de Goëthe, tienen la misión de revelarnos algo que se esconde á nuestros sentidos materiales.

El animal y el niño están más cerca, sin duda, que nosotros, del plano oculto de la naturaleza, y su instinto los previene primero de los peligros que nos amenazan.

El perro busca algo. Los ciegos lo siguen y descubren al sacerdote muerto en medio de ellos.

Ah! ese sacerdote muerto, ese guía único desaparecido en el conflicto ¿no representa aquí esa luz interior que nos ha guiado en el tortuoso camino y que de súbito se apaga en una catástrofe íntima, dejándonos indefensos ante el misterio, dejándonos abandonados ante la Esfinge de Piedra?

Los ciegos están invadidos por el mar que los devora y claman misericordia.

El Poeta místico, con frases comunes tomadas de nuestra vida diaria, ha logrado introducirnos á las tinieblas de nuestra vida interior, á las sombras infinitas de nuestro inconsciente...

Maeterlinck ha evocado en una página sublime el momento doloroso de la conciencia

que teme y que no ve todavía encenderse los faros de una playa bendita en medio del tumultuoso mar de la Vida...

Aquella lectura en la noche triste sirvió para vincularnos en los secretos del alma, haciéndonos comprender la incógnita que nos separa y que nos hace desconocidos al rededor de la misma mesa en que nos estrechamos tiernamente las manos, mientras la lluvia y la obscuridad envuelven la casita en que nos encontramos perdidos en un rincón de provincia.

*
* *

Marzo 6.— Todo podrá pasar en Río Bueno: el auge de la aldea por conclusión del balneario, la fertilidad del suelo por cataclismo, pero lo que permanecerá siempre como una gloria de la región, es la belleza de su cielo.

No he visto crepúsculos más lindos en ninguna parte del mundo. Los tonos mas atrevidos, las visiones más esplendorosas, se pintan súbitamente en la atmósfera.

A la hora crepuscular el cielo escribe sus grandes leyendas, diseña su país de ensueño, crea fantasías exóticas y audaces.

No hay más que levantar los ojos para contemplar cuadros que la mente sería incapaz de concebir.

Abajo, en torno nuestro, todo es plácido y dulce, niuguna montaña presenta forma dura y violenta, ninguna cosa tiene aspecto atormentado, pero así como la tierra es de suave y de armoniosa en sus blandos lomajes y en sus reposantes perspectivas, el cielo es, en cambio, trágico y grandioso, en la disposición de sus nubes i de sus fuegos.

La tierra nos habla de paz y el cielo de guerra. Tan pueril es el campo como terrible el firmamento.

Si mirando al rededor no sentimos más que evocaciones bellas y tiernas, mirando hacia arriba descubrimos tremendas sugeriones de luchas, vemos sangrientas ó gloriosas visiones, se nos presentan lejanías mágicas y desmesuradas...

Este doble cuadro me hace pensar en nuestra doble vida moderna que es humanamente tan blanda, tan grata, é interiormente tan agitada, tan dolorida, tan orientada en rumbos grandes y en sacrificios penosos.

Nunca había encontrado una imagen más fiel de nuestra doble existencia, humana y espiritual, que en este pueblo donde abajo todo es pequeño y tranquilo, y donde arriba todo es grande y trágico, oponiendo visiblemente el espectáculo de los dos mundos que adentro de nosotros pelean su eterno é irreductible combate: el de Aquí y el de Allá...





DON PEDRO MONTT

PÁGINAS ÍNTIMAS

(A mi primo Hermán)

Comenzaba la misa en un oratorio privado y yo me rebujaba en mi manto, cuando alguien me dijo al oído: ¡Ha muerto don Pedro Montt!

Se me produjo una conmocion nerviosa... Es la hora sintética de nuestros afectos... esa en que constatamos la desaparición de una persona querida...

Parece que hacemos el balance de nuestra cuenta y que por primera vez sabemos el saldo

favorable ó adverso que arroja el capital de nuestro corazón.

Subía el sacerdote al altar y comenzaban las oraciones litúrgicas... *Introibo ad altare Dei...* pero yo, lejos del altar del Señor, recorría mi vida hacia atrás en esa amistad con don Pedro Montt, que databa desde mi venida al mundo...

Y con la figura de aquel joven, que era el mismo don Pedro Montt, treinta años atrás, resurgían en mi recuerdo otros tantos muertos queridos, cabezas blancas de ancianos que me sonreían, cabezas adorables de mujeres, desaparecidas temprano del mundo... seres á quienes se vinculaba mi memoria de los primeros años... junto con el ilustre muerto.

No podía preguntar ningún detalle del suceso. Cambiaban el misal y me ponía de pié para el Evangelio...

¿Qué importan los detalles? me contestaba. ¿Qué importa cómo y dónde abandona un alma la vida? Sólo importa ese hecho: el tiempo humano acabó para El... Ahora esa misma vida, que vivió intensamente, le cobra ó le paga con intereses crecidos... Sale de lo transitorio á lo definitivo, de la mentira á la ver-

dad... de la ilusión á la realidad, de la injusticia á la justicia!...

Una inmensa ternura me invadía el alma, mientras el sacerdote levantaba en alto el cáliz como una ofrenda de vida.

Sentía gran afecto por ese hombre que había muerto lejos después de cumplir una gran misión; por ese hombre que había traído á la tierra tan alta conciencia del deber... que no había conocido de la existencia más que los deberes penosos, los esfuerzos duros; y que se había derrumbado después de una vida entera de sacrificios sobre su misma mesa de trabajo...

Esos caracteres tan magníficamente templados inspiran profunda veneración en medio de los desfallecimientos y de los quebrantos de nuestra propia voluntad!

Don Pedro Montt no conoció los aturdimientos juveniles ni las exaltaciones pasionales; fué el obrero obscuro de un ideal de orden y de justicia.

La vida abrió desde muy temprano ante él un camino áspero, rudo y triste que había de atravesar entre desconocimientos, maldiciones é injusticias, que no alcanzarían por cierto á

debilitar la firmeza de su voluntad ni la orientación de su espíritu.

Era un gran patriota. El no fué á la política buscando los triunfos efímeros, los aplausos ó los honores, fué sólo á cumplir en la administración pública, el deber que le marcaba su conciencia de ciudadano... y por eso siempre el halago lo encontró frío y la lisonja insensible.

Para las almas que tienen profunda conciencia de su deber particular, la vida se realiza lejos... muy lejos de las sanciones humanas, que no han buscado como objeto y que tampoco han de servirles de tropiezo.

Sonaba la campanilla de la elevación... Yo me postraba y ofrecía la Divina Víctima en propiciación de aquella grande alma que había partido para siempre... y mi vida pasada resurgía con nueva fuerza...

Me veía pequeña... hace ya mucho tiempo... buscando refugio en ese joven moreno y muy tosco que era entonces don Pedro Montt, de mi vieja niñera que me venía a buscar para llevarme á acostar cuando las roncadas campanas de una torre muy alta que tenía por aquel tiempo la Catedral de Santiago, tocaban las nueve de la noche.

Aquel mozo, tan rudamente tallado por la naturaleza, representaba para mí inocencia, un refugio contra las prescripciones de un orden demasiado severo.

Nunca tuvo para mí esos mimos que los niños regalones con alguna bonita tía casadera, obtienen de los jóvenes que buscan novia.

Jamás me acarició... Tomaba brúscamente un diario ó un libro y me hacía decirle las letras con esa terquedad afable i algo tímida que era la suya... Más tarde me hablaba en inglés ó en francés para constatar mis progresos. Y cuando toqué mis primeras piezas de música me arrastraba al piano y me sentaba a viva fuerza para que ejecutara lo que sabía... Creo que no le gustaba la música; en todo caso, la mía de aquél tiempo no podía halagar á ningún oído fino, pero él sólo buscaba la manera de estimularme, satisfaciendo así su anhelo de enseñar el esfuerzo y de premiar el trabajo...

Pocos días ántes de partir á Europa, me mandó un recado: *Que me fijara en hacer editar mis libros con igual formato para que la biblioteca que había de completar (?) resultara armónica.*

¡Siempre el orden y la corrección llevada al conjunto como al detalle de todas las cosas!

Lo recuerdo todavía en un baile de palacio llevando del brazo á una bellísima diplomática, fina, alba y mignon como una gatita de angora... Por más que ella se colgaba muellemente de Su Excelencia, le quedaba siempre despegada del brazo. No pude resistir al deseo de murmurar al oído de la señora: *Ne faites pas languir ce garçon, il a le cocur tendre*. Y mientras la dama continuaba apoyándose regalona y monísima en el brazo algo rígido que la sostenía, el Presidente entre risueño y brusco me dijo al pasar: *No se te quita la maldad*.

El día de su partida tuve el irresistible impulso de ir á darle un abrazo. Los nerviosos somos intuitivos. Cuando llegué al andén de la estación estaba repleto de gente.

Peché como pechaba en las procesiones cuando era chica, y después de empujar á varios señores graves que fruncían el ceño enojados por el empujón, en menos de medio minuto había atrapado la mano izquierda del Presidente que tendía a su derecha á los innumerables amigos que lo despedían.

Le sacudí la mano que le tenía cogida y se

volvió rápidamente... Al mirarlo de frente me asustó su palidez y su tristeza... Lo abracé con esa ternura efusiva de algo que ignoramos pero que presentimos... Me sonrió con bondad, me oprimió las manos... y lo perdí en el tumulto....

Entré esa mañana á mi casa llorando... Don Pedro no volvería... y con el amigo de toda una vida me parecía que perdía nuevamente á mis muertos!

Pocas son las mujeres que comprenden la política ó que siguén las vueltas de sus complicadas rodajas. Ignoramos los resortes que mueven á los hombres, pero sabemos descubrir y admirar siempre en ellos la rectitud, el esfuerzo, la constancia y el sacrificio.

La vida de don Pedro Montt puede resumirse en un sacrificio nunca interrumpido por su país... Así como los hombres en general van al Gobierno por ambición de honores, de poder ó de conveniencia personal, él se sentía el modesto sacerdote de la religión del deber, tomando á su cargo con igual entereza los puestos oscuros y los brillantes, fiscalizando los abusos y reprimiendo las injusticias.

No buscó el aplauso ni temió las censuras,

manteniéndose recto, honrado, infatigable y sereno ..

Tenía un gran sentimiento de justicia y la practicaba sin miedo.

Es el chileno de mi época que ha tenido una vocación más definida para la administración pública y que la ha cumplido de una manera más completa, más constante y más concienzuda.

La naturaleza que sabe adaptar los medios á los fines que persigue dentro de su alta sabiduría, dió á don Pedro Montt todas la cualidades de un luchador público, suprimiéndole hasta los adornos que hubieran podido servir de escollo á su vocación.

Su físico era sólido, pero rudo como para evitar que viviese las dulzuras que deprimen el carácter; tuvo inteligencia, sin imaginación, memoria sin fantasía, serenidad sin osadía, bondad sin sensibilidad, patriotismo sin exaltación...

La vida le suprimió los atractivos exteriores de gracia ó de modales para que realizara la existencia austera del funcionario público sin los triunfos de hombre del salón...

Dentro de su reserva algo terca, era inacce-

sible á los halagos y á las frivolidades mundanas, pero muy capaz de las amistades fieles y de los afectos hondos...

Así mismo los hombres llamados por la naturaleza á una labor prolija, carecen de vistas de perspectiva que los perturbarían quizás en el ejercicio de su misión especial ó dentro del mecanismo detallado de las cosas pequeñas.

Había en don Pedro Montt tal integridad individual, que todo su sér, desde la brusquedad de sus movimientos hasta su voz suave pero algo cortante, proclamaban la concentración de las energías en un solo punto... Su sonrisa tímida, su mirada miope, delataban la austeridad grave y algo triste del hombre de un esfuerzo constante mantenido á través de todos los obstáculos...

Cuando la persuasión no venía en auxilio de su voluntad de hierro, tomaba las vías de hecho y así una vez que me levanté del piano sin concluir la pieza empezada, don Pedro Montt extendió sus brazos en círculo y me dejó encerrada á viva fuerza... en una actitud de testarudez invencible, pero convencida... que era su gesto humano y personal.

Dentro de su conciencia del deber no exis-

tían transacciones... había de conseguir lo que se proponía por la razón o la fuerza.

El lema de la moneda y del escudo nacional era también la consigna secreta que trajo á este mundo el alma de ese gran patriota.

La fuerza de los hechos podía vencerlo, pero no disuadirlo de su propósito... Y ese esfuerzo tenaz que ponía para lo grande, lo ponía igualmente para los detalles mínimos.

En Roma se le ocurrió recibir la Eucaristía de manos de León XIII, en circunstancias que el Papa estaba enfermo. Y su empeño fué tan grande, que no sé cómo, pero el hecho es exacto, que se quedaron sin recibir la comunión algunos peregrinos venidos de muy lejos con ese sólo objeto, mientras don Pedro recibía la sagrada hostia de manos del Pontífice esa misma mañana en la capilla Sixtina cerrada al público.

Comprendo que esta pertinacia de propósitos le crease profundas enemistades entre todos aquellos que se sintieron combatidos en sus intereses, ó defraudados en sus esperanzas...

Dentro de la natural óptica de su espíritu debió ver el interés general por encima del

privado... más de una vez sacrificaría á los suyos por los extraños, si servían mejor el interés público!

Su espíritu analítico y prolijo de los detalles debió á veces robarle las vistas de conjunto, pero todo eso entraba en la realización del plan en que la vida lo había hecho su fiel instrumento!

Ignoro en absoluto su labor política. Ese es un campo cerrado para mí. Apenas he podido entender lo que se designa con el nombre de conservador ó de liberal, y aún esa designación me ha solido parecer ilógica ó arbitraria; pero lo que sí entiendo es que hay hombres que me gustan para políticos y otros que me desagradan, y así suelo decirme... Fulano me encanta para amigo, pero no serviría para mandatario porque es exaltado, injusto, ambicioso... en cambio, Mengano me aburriría mucho en la amistad, pero sería buen director de hombres por su tacto, por su integridad y por su altura de miras.

Dentro de este criterio esencialmente femenino, me gustaba para la administración don Pedro Montt, por su conciencia escrupulosa del deber, y por su sentimiento de la justicia.

Recién subió á la Presidencia noté á los políticos muy disgustados, decían que el hombre no correspondía á las esperanzas cifradas en él.

Nada de eso me hacía mella, porque yo creía en don Pedro Montt con esa fé íntima que no destruyen ni la opiniones ni los hechos, ya que esa fe está fundada en una conciencia interior que para nosotras las mujeres es un tribunal inapelable.

Además, eso mismo habían dicho de don Germán Riesco, á quien sus enemigos de entónces querrían hoy poner la banda presidencial. Y yendo todavía más lejos, ¿qué no se dijo de la administración de don Aníbal Pinto ántes que tomase su puesto en la historia? Las mujeres vivimos fuera de la pasión política y los díceres no nos alcanzan.

En cambio, la primera vez que me alejé de Santiago, donde bullen las pasiones de las camarillas políticas, me encontré allá en el fondo de las provincias del sur con la novedad de que don Pedro Montt era un gran Presidente... más que eso, era el gran Presidente de Chile.

La aldea, el pequeño pueblo, la capital de departamento, lo bendecían por el bienestar, por el progreso que les había dado, con el fo-

mento de la industria, con los ferrocarriles, caminos, agua potable, puentes etc.

Las provincias elevaban un coro de alabanzas á ese *despilfarrador testarudo*, que había roto el equilibrio de las finanzas públicas...

Dicen que la voz del pueblo es la voz de Dios que habla por boca de las masas... y esta vez era lógico creerlo, puesto que la rectitud y la voluntad inquebrantables de un hombre, puestas al servicio de una existencia entera, debían producir un resultado enorme.

...Y este pobre hombre ha sucumbido á la dureza de una existencia horrible, encorvado sobre la mesa de trabajo, ajeno a los placeres de la vida... Los apremios últimos de su enfermedad le arrancaron moribundo de la tarea diaria y lo han ido á fulminar en tierra extranjera.

Sus ojos, que se habían agotado recorriendo las bibliotecas en el estudio incesante, se negaban á darle luz para continuar la labor ingrata; y él, sin embargo, continuaba impertérrito ajeno á los avances del mal... hasta ese día—el 16 de julio—que lo vemos partir con el semblante casi iluminado por el reflejo de la

eternidad... con su sonrisa triste y su frente contraída de eterno luchador...

Tocan la campanilla. El oficiante va á consumir. Me arrodillo... los ojos miopes me miran por última vez... y en esa mirada me parece leer la amargura desconsolada de los que han llenado una gran misión aquí abajo, entre odios é injurias, y sienten que de este lado no hay nada que esperar... Nada! cierto! pero todo está del otro lado del abismo de la muerte... allá está la justicia, la verdad y la paz... Este es el revés obscuro, allá está el anverso luminoso...

Me persigue todavía la mirada de ese hombre que me sonrió desde la niñez hasta esa última etapa de su jornada terrestre...

Ecce agnus Dei... dice el sacerdote, levantando en alto la hostia santa... y yo pienso que todos los grandes destinos llevan una propiciación dolorosa... que para cosechar en gozo, hay que sembrar en lágrimas...

¡Qué importa el desconocimiento y la injusticia humana si el hombre ha vivido dentro del deber que le marcaba su concienzual... Yo creo en tí, Señor; creo que eres el juez omnipotente que recibes en los brazos de tu infinito

amor á las almas que han luchado y que han sucumbido entre la indiferencia de unos y el odio de otros, poniendo esa buena voluntad que nos pides en tu Evangelio, como única condición de progreso y de salud!

El sacerdote distribuye la sagrada comunión:

Ecce qui tollis peccata mundi. Me acerco al altar, diciendo, desde el fondo de mi alma: Señor Jesús que fuiste crucificado por los hombres, que viniste á redimir, acoge en tu misericordia el alma de ese gran patriota que acaba de entrar en la eternidad...

¡Que la injusticia humana sirva de prenda á la divina y eterna reivindicación de las almas buenas que se van después de cumplir una alta misión en la tierra!

Agosto 17 de 1910.

